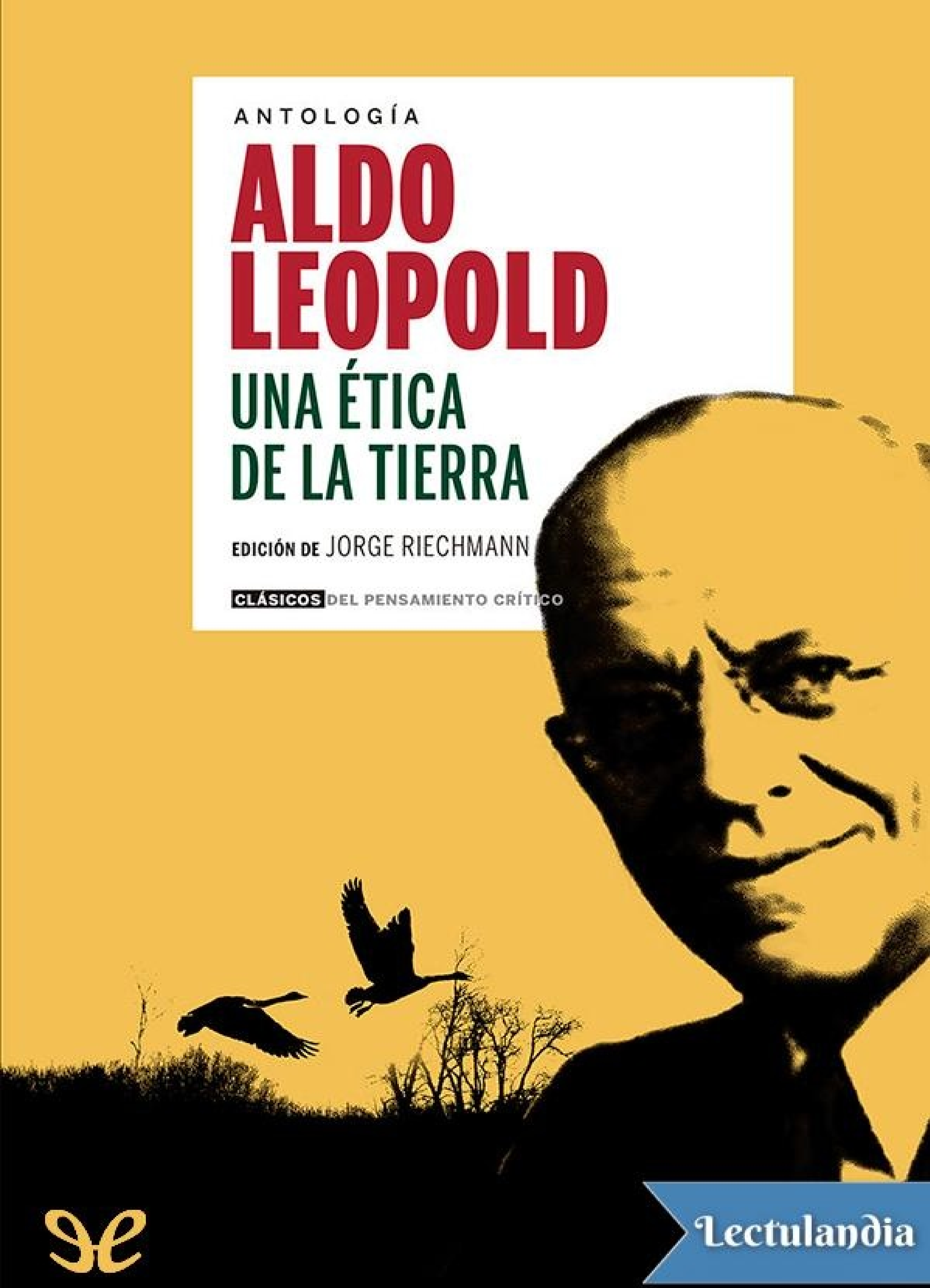


ANTOLOGÍA
ALDO LEOPOLD
UNA ÉTICA DE LA TIERRA
EDICIÓN DE JORGE RIECHMANN
CLÁSICOS DEL PENSAMIENTO CRÍTICO
Lectulandia

En 1999 se cumplieron cincuenta años de la primera publicación de uno de los clásicos absolutos que ha generado el pensamiento ecologista: «A Sand County Almanac» (Almanaque del Condado Arenoso), la obra cimera del ingeniero forestal y ecólogo estadounidense Aldo Leopold, concluida justo antes de su muerte, en 1948.

Este libro, donde han hallado alimento intelectual y espiritual varias generaciones de ecologistas en el mundo anglosajón (allí es considerado una verdadera Biblia), y que dio origen a la ética ecológica como disciplina filosófica de perfiles nítidos, aúna con inimitable frescura las observaciones naturalistas de primera mano y a la reflexión de fondo sobre la relación entre el ser humano y la biosfera. El esfuerzo de Leopold a lo largo de toda su vida por llegar a comprender la tierra como un sistema ecológico dinámico, y al mismo tiempo como una comunidad moral de la que todos los seres formamos parte, culmina en el famoso ensayo «La ética de la tierra», cuyo título se ha escogido para dar nombre a esta edición castellana casi íntegra de «A Sand County Almanac».

Aldo Leopold nació en Burlington (Iowa) en 1887, cultivó desde niño un intenso interés por la naturaleza y desarrolló una larga vida profesional, primero como ingeniero forestal al servicio de la conservación de los bosques estadounidenses y después como respetado profesor universitario especialista en la gestión de la vida silvestre. Murió de un ataque al corazón, el 11 de abril de 1948, mientras intentaba apagar un incendio en la granja de una vecina que amenazaba sus propias repoblaciones forestales en la granja familiar The Shack.

Su libro «Almanaque del Condado Arenoso», junto con «La primavera silenciosa» de Rachel Carson, son sin duda las dos obras del siglo XX que más profundamente han influido en el desarrollo del movimiento ecologista en EE. UU.

Lectulandia

Aldo Leopold

Una ética de la tierra

ePub r1.0
Titivillus 21.06.2019

Título original: *A Sand County Almanac*
Aldo Leopold, 1949
Traducción: Isabel Lucio-Villegas Uría & Jorge Riechmann
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

INTRODUCCIÓN: ALDO LEOPOLD, LOS ORÍGENES DEL ECOLOGISMO ESTADOUNIDENSE Y LA ÉTICA DE LA TIERRA

Jorge Riechmann[1]

> «La Naturaleza virgen es lo que preserva el mundo».
>
> Henry D. Thoreau, *Caminar* (1851).
>
> «El mundo sensible (…) no es algo directamente dado para toda la eternidad, siempre el mismo, sino el producto de la industria y del estado de la sociedad. (…) La naturaleza que precedió a la historia humana no existe hoy en parte alguna».
>
> Karl Marx y Friedrich Engels, *La ideología alemana* (1846).

Aldo Leopold es seguramente el pensador que articuló primero[2], en una exposición coherente a la vez que literariamente atractiva, la idea de una ética que fuese más allá de las relaciones entre individuos humanos, y de una política que dejase de considerar a la naturaleza en términos puramente mercantiles. Contextualizar su obra más importante, *A Sand County Almanac* (cuya traducción parcial se ofrece en este volumen titulado *Una ética de la tierra*), requiere abordar primero el nacimiento de la idea de protección de la naturaleza en EE. UU.

EL SENTIMIENTO ROMÁNTICO DE LA NATURALEZA

Una de las raíces de la moderna protección ecológica la encontramos sin duda en el sentimiento romántico de la naturaleza, frecuentemente ruralizante y antiindustrial, preñado de aristocrática nostalgia hacia un mundo virgen, que es constatable entre las clases altas europeas y entre una parte de la sociedad norteamericana en la segunda mitad del siglo XIX. Resulta significativo que la

primera (minúscula) reserva natural del mundo se cree en la Francia del Segundo Imperio en 1853-1861… precisamente por iniciativa de un grupo de pintores que conseguirá la protección de 624 hectáreas en el bosque de Fontainebleau[3].

Desde mediados del siglo XVIII, tanto en Europa como en EE. UU., numerosos escritores habían llamado la atención sobre la importancia y el significado espiritual de la naturaleza; a mediados del XIX prolifera en revistas y libros una abundante literatura de viajes, que confluye con el legado literario del romanticismo para estimular el interés por lo natural en capas más amplias de la población (en EE. UU., más que en Europa, este interés se extenderá hasta segmentos de las clases populares[4]). Se trata, en general, no tanto de una voluntad explícita de proteger el medio ambiente cuanto de pautas de apropiación estetizante de los paisajes amenazados por la industrialización; pautas vinculadas con el ejercicio de los tradicionales deportes de la caza y la pesca y con el desarrollo del turismo entre las clases ociosas. Así lo corrobora, por ejemplo, una rápida ojeada al nacimiento del conservacionismo estadounidense:

> «A diferencia de sus colegas británicos, los precursores del movimiento ecologista moderno en EE. UU. sentían más preocupación por el exceso catastrófico de explotación de los bosques que por los aspectos sanitarios e higiénicos de las nuevas, y totalmente contaminadas, ciudades industriales. (…) Al final del siglo XIX, la mayor parte del territorio norteamericano había sido cedido o vendido a propietarios particulares, de manera que la mayoría de las decisiones en cuanto a la disposición de los recursos quedaba en manos del sector privado. (…) Una fuerza importante detrás del movimiento progresista de conservación la constituían ciertos grupos "preservacionistas", como el Sierra Club y la Audubon Society. La mayoría de los conservacionistas, principalmente de clase media y alta, eran miembros de algún pequeño grupo excursionista, y estaban preocupados por el hecho de que la rápida pérdida de terrenos públicos, junto con la destrucción progresiva de los bosques y otras zonas excursionistas, amenazaba con destruir los pocos hábitats naturales que quedaban»[5].

Autores románticos europeos como Chateaubriand, de Tocqueville o Byron practicaron el «turismo revolucionario» de la época, visitando los EE.UU. y prodigando alabanzas a sus bellezas naturales; por otra parte, entre hombres de la frontera como Daniel Boone se desarrolló gradualmente una apreciación de los valores estéticos de la naturaleza virgen.

EL TRASCENDENTALISMO EN EE. UU.: EMERSON Y THOREAU

En Estados Unidos, la expresión literaria más poderosa e influyente del sentimiento romántico de comunión con la naturaleza la encontramos en los

escritores del *trascendentalismo americano*, sobre todo Ralph Waldo Emerson y Henry David Thoreau. Emerson (1803-1882) comenzó su vida intelectual como pastor de la Iglesia Unitaria; viajó por Europa, donde conoció a los poetas ingleses Coleridge, Wordsworth y Carlyle (con el último anudó una profunda amistad); de vuelta a los EE. UU., en 1836 publicó varias conferencias reunidas bajo el título de *Nature (Naturaleza),* donde leemos: «La constitución de todas las cosas es tal (…) que las formas primarias como el cielo, la montaña, el árbol, el animal, nos proporcionan *en sí mismas y por sí mismas* un estremecimiento de delicia».

Este libro es la auténtica «biblia» del trascendentalismo americano, una filosofía panteísta que enfatiza el concepto de *self-reliance* (confianza en sí mismo: pero no en un sentido trivialmente psicológico, sino como confianza religiosa en la experiencia interior de lo divino, del dios dentro de uno mismo). Para Harold Bloom, en su ensayo «Emerson: The American Religion», «su logro mayor fue la invención de la religión americana. (…) La mente de Emerson es la mente de América». El fin de la vida, para Emerson y sus discípulos, consistía en purificar el alma humana de los elementos personales, sensuales y egoístas, para hacerla capaz de unirse a Dios. «Soy una parte o una parcela de Dios», escribió Emerson, despersonalizador del yo empírico, que sentía los bosques como «plantaciones de Dios» donde veía «las corrientes del Ser Universal circular a través mío». De él se ha dicho que «probablemente ha ejercido una mayor influencia sobre el pensamiento norteamericano en general que ninguna otra persona»**[6]**.

Otro escritor amigo y discípulo de Emerson, del máximo interés si se trata de localizar la progenie espiritual de Aldo Leopold, es Henry David Thoreau (1817-1862). Su ensayo «Del deber de la desobediencia civil» (1849) inspiró directamente la práctica noviolenta de Gandhi; su obra *Walden, o la vida en los bosques* (1854), donde propugna la frugalidad y el retorno a la naturaleza, es un clásico de la reflexión moral sobre el sentido de la vida; su conferencia «La sucesión de árboles en el bosque» (1860) analiza aspectos de lo que después llegó a ser la ecología forestal; la conferencia «Caminar» (pronunciada inicialmente en 1851) fue su obra más popular en vida, e insufla directamente el *ethos* del conservacionísmo estadounidense, que ensalzará la naturaleza silvestre como fuente de inspiración moral, espiritual y patriótica. Algunos temas de Thoreau anticipan ideas que desarrollarán Aldo Leopold y autores posteriores. Así, por ejemplo, la idea de Leopold del ser humano como miembro de la comunidad biótica está prefigurada en el siguiente paso de Thoreau:

«Quiero decir unas palabras en favor de la Naturaleza, de la libertad total y el estado salvaje, en contraposición a una libertad y una cultura simplemente civiles; considerar al hombre como habitante o parte constitutiva de la Naturaleza, más que como miembro de la sociedad»[7].

Empleó un concepto de comunidad que incluía tanto a los seres humanos como al resto de la naturaleza; en cierta ocasión criticó la incoherencia de cierto presidente de una sociedad antiesclavista que vestía un abrigo de piel de castor[8]; y escribió que «lo que llamamos naturaleza silvestre (*wildness*) es una civilización distinta de la nuestra»[9]. En el uso de la naturaleza virgen, lo silvestre o salvaje (*wild*), como criterio moral suenan igualmente acordes que en nuestro siglo retomará más de un filósofo consagrado a la ética ecológica.

«Ben Jonson exclama: ¡Cuán próximo a lo bueno está lo bello! De la misma forma, yo diría: ¡Cuán cercano a lo bueno es lo salvaje! La vida está en armonía con lo salvaje. Lo más vivo es lo más salvaje. (…) En una palabra, todas las cosas buenas son salvajes y libres. (…) Dadme por amigos y vecinos hombres salvajes, no hombres domesticados. La naturaleza de un salvaje no es sino un pálido símbolo de la terrible ferocidad que conocen los hombres buenos y los amantes»[10].

EL NACIMIENTO DEL CONSERVACIONISMO EN EE. UU.

La temprana aparición de movimientos de protección de la naturaleza en EE. UU. (que han tenido un indudable carácter precursor para el ecologismo de todo el mundo) se explica por algunas peculiaridades demográficas, geográficas y sociológicas de la sociedad norteamericana. Al contrarío que en Europa, donde la propiedad sobre los recursos naturales estaba definida con precisión desde el final del período feudal, los EE. UU. eran un «país virgen» donde cantidades aparentemente ilimitadas de tierra y riquezas naturales estaban a disposición de cuantos emprendedores colonos quisieran explotarlas (una vez derrotados, y en buena parte exterminados, los pobladores originarios del continente)[11]. La población, nutrida por sucesivas oleadas de inmigrantes que perseguían su «sueño americano», creció explosivamente: de 5 millones de habitantes en la época de la Revolución a 100 millones a comienzos del siglo XX, y 150 millones a mediados de éste, cuando muere Aldo Leopold. La velocísima transformación de ecosistemas hasta entonces prácticamente intactos transcurrió ante los ojos de bastantes contemporáneos sensibles, lo que tuvo como efecto una temprana *politización de la naturaleza* y de los conflictos ecológicos[12].

En EE. UU., ideas «modernas» sobre la protección de la naturaleza pueden rastrearse ya hacia la mitad del siglo XIX, por ejemplo en el discurso de 1847 de George Perkins Marsh ante la Agricultural Society of Rutland

County (Vermont), que alertaba ante el impacto destructivo de la actividad humana sobre la tierra (especialmente la desforestación); en el informe de 1849 del Comisionado de Patentes Thomas Ewbank, que deploraba el desperdicio de madera y las masacres de bisontes, evocando explícitamente la condena con que la posteridad censuraría a quienes así devastaban los recursos naturales[13]; y en los comentarios de William Penn sobre la necesidad de que en el proceso de roturación se respetase por lo menos una sexta parte de los bosques autóctonos.

Es una pauta recurrente, tanto en Europa como en EE. UU., que las primeras asociaciones naturalistas se centren en la investigación ornitológica y la protección de las aves[14]. A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, el interés popular por la ornitología aumenta constantemente en EE.UU. y cristaliza en una red de abundantes grupos locales y publicaciones; a partir de esta base se desarrollará en muchas ocasiones una conciencia conservacionista más amplia. La *American Ornithologists Union* se funda en 1883, y la primera *Audubon Society* en 1886.

Otra corriente que nutre el movimiento conservacionista es la caza y la pesca deportiva, especialmente la caza mayor, exaltada como intensa experiencia de la naturaleza salvaje en libros como *Carolina Sports by Land and Water* (1846) de William Elliott o *Wild Northern Scenes, or Sporting Adventures with the Rifle and Rod* (1857) de Samuel H. Hammond. El *Boone and Crockett Club* fundado por el ornitólogo Ceorge Bird Grinnell y el político Theodore Roosevelt en 1887 desempeñará un papel significativo en la conexión entre cazadores y movimiento conservacionista.

Ornitólogos, naturalistas, excursionistas, cazadores, pescadores, literatos amantes de lo silvestre y forestales angustiados por la devastación de los inmensos bosques estadounidenses confluyen en un movimiento conservacionista que a partir de la década de 1860 va cobrando perfiles nítidos. En 1864, el geógrafo y diplomático George Perkins Marsh publica una obra fundamental para el naciente movimiento, *Man and Nature, or Physical Geography as Modified by Human Action (El hombre y la naturaleza),* el primer análisis sistemático del impacto destructivo de la acción humana sobre el medio ambiente[15]. El mismo año se publica —postumamente— *The Maine Woods (Los bosques de Maine)* de Thoreau, donde el escritor reclama la creación de reservas nacionales de bosque virgen, «no para el deporte de los ociosos o para obtener comida, sino para posibilitar la inspiración y nuestra auténtica recreación». Vale la pena recordar que es en 1866 cuando el biólogo alemán Ernst Haeckel acuña el término *ecología*[16].

La petición de Thoreau no se verá desatendida. La idea de preservar grandes extensiones de terreno en su estado original, como «santuarios» para la vida silvestre y la conservación de los paisajes, gana adeptos. En 1864 el Congreso cede al Estado de California el valle del Yosemite y el Mariposa Grove, para proteger las grandes secuoyas. En 1872 se crea el primer Parque Nacional de EE.UU. y del mundo entero, el de Yellowstone en Wyoming, oficializándose así la idea de la conservación de la naturaleza. Después se crean los parques de Yosemite, General Grant, Sequoia y Mount Rainier, este último en 1899**[17]**. De esta manera arranca lo que será un vasto movimiento para la protección conjunta de los espacios naturales: la idea, como ya mencioné, es intentar salvar lo que queda de la naturaleza «original» conservándola en «santuarios» vedados a la actividad humana. De gran interés para entender el papel pionero de EE. UU. en el conservacionismo mundial son las siguientes consideraciones de Viçenç Casals:

> «Esta concepción del ambientalismo va ligada, por una parte, a determinadas exigencias del desarrollo capitalista, y por otra a la tradición cultural norteamericana y al nacionalismo. Así, el carácter depredador con que se plasmó la colonización de las tierras vírgenes en los EE. UU. —la llamada “conquista del Oeste”— hizo surgir tempranas preocupaciones en las clases dominantes respecto a la racionalización de los recursos naturales, lo que, junto con una cierta tradición ruralista presente en estas clases, les llevó a formular una política de preservación de determinados signos culturales de esa tradición —los denominados “monumentos nacionales”—. Ello venía incentivado, además, por la necesidad de crear una conciencia nacional en un país sin historia y que salía de una guerra civil. Yellowstone fue, pues, además de primer establecimiento de una zona protegida por criterios conservacionistas, símbolo del imperativo racionalizador del capitalismo respecto a los recursos naturales y una de las piezas del forjamiento del nacionalismo norteamericano. En relación con ello quizá no esté de más señalar que la primera gran obra de concepción global de los problemas ambientales fue la del norteamericano George Perkins Marsh, *Man and Nature*, aparecida en 1865 y de gran repercusión en su época»**[18]**.

Numerosos estados dictan medidas para preservar especies amenazadas por la sobrecaza y la sobrepesca, y en 1870 el Congreso aprueba una «Ley para evitar la exterminación de los animales cazados por sus pieles en Alaska». En 1872, el mismo año en que se crea el primer parque nacional, el estado de Nebraska oficializa el 10 de abril como «Día del árbol»; la iniciativa se extiende rápidamente por toda la unión. Para varias generaciones de escolares norteamericanos, la práctica de plantar árboles en esta jornada constituirá una significativa iniciación a los problemas de la protección de la naturaleza. En 1894 se instituye un «Día de los pájaros» (el 4 de mayo) con efectos análogos.

Por todo el país se fundan asociaciones conservacionistas. Entre las más importantes se encuentran varios clubes alpinos (como el *Williamstown*

Alpine Club, 1863), el *Appalachian Mountain Club* (1876), el *Sierra Club* (1892), la *American Scenic and Historic Preservation Society* (1901) y a partir de 1896 distintas *Audubon Societies* locales que en 1905 confluirán en una poderosa organización ornitológica nacional (*National Association of Audubon Societies*).

Los problemas de medio ambiente urbano y contaminación industrial no empiezan a ser tematizados hasta el decenio de 1910. En 1915 se funda la *Ecological Society of America* para estimular la naciente ciencia ecológica[19]. En los años treinta, en paralelo con la política del *New Deal*, EE. UU. conocerá un rebrote proteccionista de importancia, espoleado por los estragos que la erosión estaba causando en las tierras de labranza del país. En 1935 se crea el Servicio de Conservación de Tierras para intentar atajar este problema.

¿MATAR O NO A LA TARÁNTULA? SOBRE CONSERVACIONISMO Y PRESERVACIONISMO

Aunque *conservacionismo* es un término general (sinónimo entonces de *proteccionismo* en el sentido más amplio de movimiento de protección de la naturaleza), en el mundo anglosajón adquirió históricamente un sentido algo más estrecho, dentro de la oposición *conservacionista/preservacionista*. Aquí el *preservacionismo* es la concepción ética que justifica la protección de la naturaleza por el valor intrínseco que ésta posee en sí misma y no, como en el caso del *conservacionismo*, por el valor instrumental que posee para el ser humano[20]. Esta oposición (emparentada con la pareja de conceptos *biocentrismo/antropocentrismo*, que enseguida exploraremos) cobró cuerpo en dos figuras señeras del proteccionismo estadounidense: Gifford Pinchot y John Muir.

Gifford Pinchot, ingeniero forestal formado en Europa, introductor de la gestión forestal científica en EE. UU., fundador del Servicio Forestal del gobierno federal (en 1905) y uno de los principales colaboradores del presidente «conservacionista» Theodore Roosevelt, quería mantener la naturaleza como recurso productivo y fuente de esparcimiento, a través de una planificación estatal racional. Para este tecnócrata ilustrado, con clara conciencia de los límites de lo «políticamente factible» en su época, los conceptos claves son «utilidad» y «eficiencia», y los bosques debían considerarse fundamentalmente una «fábrica de madera». Intentó poner el sistema de los parques nacionales bajo el control de su Servicio Forestal, con el objetivo de abrirlos para la explotación de sus recursos naturales —con criterios «científicos»—. Sentó el axioma según el cual «la conservación

significa el mayor bien para el mayor número durante el tiempo más largo». En 1910, anticipándose a la actual interpretación tecnocrática y productivista del concepto de «desarrollo sostenible», escribió en su libro *The Fight for Conservation*:

> «El primer hecho destacable sobre la conservación [de la naturaleza] es que se encamina al desarrollo. (…) La conservación significa ahorrar para el futuro, pero significa también, y antes que nada, reconocimiento del derecho de la generación presente al necesario y más amplio uso de todos los recursos con que este país ha sido tan generosamente bendecido».[21]

En cambio, para su principal oponente dentro del movimiento de protección de la naturaleza, el preservacionista John Muir (1838-1914), fundador del Sierra Club en 1892, los bosques tenían «un significado místico», y Muir aspiraba a crear muchos parques nacionales como medio para preservar zonas de naturaleza intacta[22]. Muir publicó su primer libro, *The Mountains of California*, en 1895, y plasmó su pensamiento de madurez —emparentado con el panteísmo de Emerson, a quien había impresionado en un encuentro entre ambos en 1871[23]— en su libro *My First Summer in the Sierra* (1911), donde invitaba al ser humano a una reintegración en la naturaleza situada bajo el signo del amor:

> «Ni un solo paisaje de la Sierra de los que he visto contiene nada que esté de verdad amortecido o apagado. (…) El interés rápido e inevitable que se apega a todo parece maravilloso sólo hasta que la mano de Dios se torna visible; entonces nos parece razonable que lo que le interesa a Él pueda interesarnos a nosotros. Cuando intentamos aislar algo en sí mismo, lo encontramos amarrado a todos los demás seres del universo. Uno barrunta que un corazón como el nuestro debe de estar latiendo dentro de cada cristal y cada célula, y casi nos ponemos a hablar a plantas y animales como amistosos montañeros acompañantes».

Inicialmente Pinchot, Muir y sus respectivos seguidores trabajaron juntos frente al enemigo común: los empresarios madereros sin escrúpulos y otros poderosos derrochadores de recursos naturales. Pero el enfrentamiento entre estas dos alas del proteccionismo norteamericano estaba perfilado al menos desde 1897, cuando Muir criticó acerbamente la decisión de Pinchot de permitir el pastoreo dentro de las zonas protegidas que eran las Reservas Forestales Nacionales. Los dos líderes de la protección de la naturaleza se habían conocido en 1896, durante un viaje de Pinchot (27 años más joven que Muir) al Oeste para estudiar posibles nuevas reservas forestales. Una anécdota, sucedida en la jornada «inolvidable» que ambos pasaron en el Gran Cañón, marca perfectamente las diferencias entre las concepciones de ambos:

toparon con una tarántula y Muir impidió a Pinchot matarla. «Dijo que tenía tanto derecho a estar allí como nosotros»[24].

La división entre conservación (el utilitarismo ilustrado de Pinchot, que se preocupaba por el largo plazo y por evitar el derroche de recursos naturales) y preservación (serpientes de cascabel, caimanes y tarántulas tienen tanto derecho a existir como los seres humanos, sostenía Muir) cristaliza en el conflicto alrededor del cañón Hetch Hetchy (dentro del parque nacional Yosemite), donde se quería construir un embalse para el abastecimiento de agua a San Francisco. Muir lanza la voz de alarma con su artículo «The Tuolomne Yosemite in danger» en 1907, primer acto de una intensa campaña que moviliza a los partidarios de la preservación de espacios vírgenes en todo el país[25]. El Sierra Club se divide: en la votación crucial 161 miembros apoyan la inundación del valle y 589 se oponen. A finales de 1913 se consuma la derrota de los preservacionistas, y el presidente Woodrow Wilson firma el decreto que permite inundar Hetch Hetchy.

La historia del movimiento de protección de la naturaleza en EE. UU., que he esbozado brevemente en las páginas anteriores, es el contexto donde hay que ubicar la vida y la obra de Aldo Leopold.

VIDA DE ALDO LEOPOLD

Aldo Leopold nace el 11 de enero de 1887 en Burlington (Iowa), a orillas del río Mississippi, y éste será el pueblo de su infancia. Recibe importantes influencias formativas de su abuelo Charles Starker (ingeniero y paisajista originario de Stuttgart, en Alemania), su padre Cari Leopold (cazador, naturalista y pionero en apreciar el valor moral de la deportividad) y sobre todo de su madre Clara Starker, dotada de una aguda sensibilidad estética, para quien Aldo será el favorito entre sus cuatro hijos. Ya de niño le fascina la naturaleza, practica como aficionado la ornitología y la historia natural, y en largos paseos, cacerías y excursiones se hacen patentes sus inusuales dotes de observación.

A partir de 1905 estudia gestión forestal en Yale, la primera universidad que había introducido estos estudios (en 1900, y gracias a un donativo de la familia de Gifford Pinchot); y en 1909 comienza a trabajar en el Servicio Forestal de los Estados Unidos (*U. S. Forest Service*) del mismo Pinchot[26], primero en Arizona (Bosque Nacional Apache) y después en Nuevo Méjico. Forma parte de las primeras promociones de una élite de profesionales de la gestión forestal formados según el credo pinchotiano: eficiencia y racionalidad en el aprovechamiento de los recursos naturales.

En 1911 ya es supervisor de una zona de un millón de acres, el Bosque Nacional Carson en Nuevo Méjico. El mismo año se enamora de Estella Bergere, una acaudalada señorita hispana de Santa Fe[27], y se casan en octubre de 1912. «Ella fue el centro de la vida de Leopold»[28]. Después de una grave nefritis (en 1913) y dieciocho meses de convalecencia, pasa a hacer más trabajo de oficina y menos al aire libre; su interés se desplaza hacia la gestión faunística, donde será un verdadero pionero. En 1915 se convierte en la fuerza impulsora de la *New Mexico Game Protective Association*, organización que reclamaba la racionalización de la gestión de la caza y la pesca en el estado.

En 1917 Leopold ya es una figura reconocida por sus éxitos en el Suroeste, y comienza a publicar regularmente artículos sobre su especialidad en publicaciones periódicas de ámbito nacional. A finales de la década su pensamiento está evolucionando notablemente: desde su inicial concepción tecnocrática de la gestión forestal y faunística, va pasando a una visión preservacionista crecientemente preocupada por la pérdida de naturaleza silvestre en Norteamérica. Si en su programa inicial la maximización de la caza (ciervos, cabras montesas, etc.) implicaba el exterminio de los grandes predadores (lobos, pumas…), en años posteriores llegará a verlo como un grave error y se arrepentirá amargamente[29]. Históricamente Leopold será considerado el «padre» del sistema de protección de la vida silvestre dentro de los Bosques Nacionales.

En 1924 deja el Servicio Forestal para convertirse en director asociado del Laboratorio de Productos Forestales de Madison (Wisconsin); antes ha logrado convencer a sus jefes para que otorguen protección a 500 000 acres del Bosque Nacional de Gila en Nuevo Méjico (que así se convierte en la primera área preservada del sistema de Bosques Nacionales estadounidense). Insatisfecho con su trabajo en el laboratorio, lo abandona en 1928. Entonces trabaja como consultor independiente para cuestiones forestales y faunísticas. En 1933 publica su obra *Game Management (Gestión de la fauna)*, trabajo pionero e interdisciplinar donde se combinan nociones procedentes de la agricultura, la ciencia forestal, la zoología, la ecología y la pedagogía con el objetivo de proporcionar una base sólida a la gestión de la fauna silvestre. Poco después de la publicación de este libro, la Universidad de Wisconsin crea para él una cátedra de gestión de la fauna, donde impartirá docencia hasta su muerte.

A mediados de los años treinta Leopold ya ha alcanzado la madurez de su pensamiento, y está en posesión de las líneas maestras de un revolucionario

sistema ético donde la naturaleza se integra a la vez que los seres humanos (ideas que hallarán su expresión más acabada en A *Sand County Almanac*). En 1935, junto con otros ocho influyentes preservacionistas, funda la organización *The Wilderness Society*. El mismo año compra una granja muy deteriorada cerca de Baraboo, en Wisconsin, en una zona conocida como *los condados de arena (the sand counties)*[30]. Con la ayuda de su familia —su mujer Estella y sus cinco hijos— quiere poner en práctica sus ideas de restauración ecológica recuperando aquella tierra degradada. Reconstruyen un gallinero como cabaña —*The Shack*, «la choza»— para sus estancias de fin de semana, durante las cuales plantarán miles de árboles en los años por venir, restaurando una rica biodiversidad. Tales experiencias alimentan la que será su obra más conocida, *A Sand County Almanac (Almanaque del Condado Arenoso)*, en la que trabaja desde 1941[31], y que en este volumen ofrecemos por vez primera al lector o lectora de lengua castellana.

Leopold muere de un ataque al corazón el 11 de abril de 1948, mientras intentaba apagar un incendio en la granja de un vecino que amenazaba sus propias repoblaciones forestales[32]. Poco antes, había sido nombrado consejero para conservación de la naturaleza de las NN. UU. Su obra principal, el conjunto de ensayos *A Sand County Almanac*, que con una prosa a tramos no exenta de lirismo combina precisas observaciones de la naturaleza, valoraciones estéticas y razonamientos morales, se publica postumamente en 1949, y en el mundo anglosajón ha ejercido una inmensa influencia en la orientación del movimiento ecologista, así como en la reflexión moral sobre cuestiones ecológicas[33].

LA CRÍTICA DEL ANTROPOCENTRISMO MORAL

Mientras que el joven Leopold es un ingeniero forestal conservacionista en la estela de Pinchot, su evolución intelectual y vital le lleva al terreno de la preservación (aunque con matices importantes respecto a la concepción de Muir: el panteísmo místico de éste se ve sustituido en Leopold por una comprensión científica de la intrincadísima red de interdependencias ecológicas). En los términos que el propio Leopold propone en su ensayo «La ética de la tierra» (recogido en este volumen), el terreno de los protectores de la naturaleza se divide en dos grupos: «un grupo (A) considera la tierra como suelo, y su función como producción de mercancías» —se trata del conservacionismo—; frente a éste, «otro grupo (B) considera la tierra como una biocenosis, y su función como algo mucho más complejo».

Leopold, en el curso de su aprendizaje vital, se desplazó del grupo A al grupo B, y en su madurez es uno de los críticos más destacados del *antropocentrismo moral excluyente* (que niega a la naturaleza otro valor moral que el puramente instrumental para fines humanos) desde posiciones que enlazan directamente con el ecologismo moderno. De hecho, los pensadores del ecologismo se refieren a él frecuentemente como el primer autor que articuló una ética ecológica. Semejante ética —una *ética de la tierra, a land's ethic*, en la formulación del propio Leopold— debería extenderse más allá de los animales para incluir, como objeto digno de consideración moral, el medio ambiente abiótico[34].

Leopold atacaba la concepción antropocéntrica que no concede a la naturaleza no humana más que un valor instrumental. Según él, debemos romper con la representación de la naturaleza como algo exterior a los seres humanos, y pensar más bien en términos de una *comunidad de partes interdependientes* en la que los humanos estamos integrados, y donde tanto el todo como cada una de sus partes tienen valor por sí mismos, y por ello merecen igualmente respeto moral. Los seres humanos, por más ilusiones que se hagan sobre su independencia, desde un punto de vista ecológico son «miembros de un equipo biótico»[35]. Así, Leopold escribió:

> «Toda ética desarrollada hasta hoy se basa en una sola premisa: que el individuo es miembro de una comunidad de partes interdependientes (…). La ética de la tierra simplemente ensancha las fronteras de la comunidad para incluir suelos, agua, plantas y animales, o de manera colectiva, la Tierra. (…) Una ética de la tierra cambia el papel del homo sapiens de conquistador de la comunidad terrestre por el de mero miembro y ciudadano de ella. Ello implica respeto hacia los otros miembros y también hacia la comunidad como tal»[36].

Leopold esboza una secuencia en tres pasos: en el primer estadio, la ética se ocupa de la relación entre individuos; en un segundo estadio incluye relaciones del individuo con la sociedad. Pero,

> «Todavía no hay ninguna ética que trate la relación humana con la tierra y con los animales y plantas que crecen en ella. La tierra, como las esclavas de Ulises en la Odisea, todavía es sólo propiedad. La relación con la tierra es estrictamente económica; incluye privilegios, pero no obligaciones. La extensión de la ética a este tercer elemento del medio ambiente humano es, si no me equivoco, una posibilidad evolutiva y una necesidad ecológica. Es el tercer paso en una secuencia»[37].

Así, Leopold arguye que debemos ampliar la comunidad ética para incluir en ella a la Tierra con todos sus seres vivos, y que tal extensión es semejante a la que ocurrió cuando los esclavos pasaron a ser vistos y aceptados como miembros de la comunidad moral. La idea de Leopold de *ampliar la*

comunidad moral es sugestiva; en realidad algo semejante puede rastrearse, siete decenios antes, en la obra de Charles Darwin sobre *El origen del hombre* (1871), que Leopold había leído[38]. Allí, la idea de un «círculo en expansión» de la ética se proponía como explicación del surgimiento histórico del comportamiento moral:

> «Conforme el ser humano avanza en civilización, y las pequeñas tribus empiezan a unirse en comunidades mayores, la razón más elemental haría ver a cada individuo que tendría que extender sus instintos sociales y simpatías a todos los miembros de la misma nación, aunque le resultasen personalmente desconocidos. Una vez alcanzado este punto, sólo una barrera artificial puede impedir que sus simpatías se extiendan a los seres humanos de todas las naciones y razas (…). La simpatía más allá de los confines humanos, es decir, la compasión hacia los animales inferiores, parece ser una de las últimas adquisiciones morales. Parece que no la sienten los primitivos, excepto respecto a sus propios animales de compañía. Lo poco que la sentían los antiguos romanos se muestra en sus horrendas exhibiciones de gladiadores. Por lo que pude observar, la idea misma de compasión parecía nueva a muchos de los gauchos de las Pampas. Esta virtud, una de las más nobles de las que el ser humano está dotado, parece surgir incidentalmente cuando nuestras simpatías van haciéndose más tiernas y se van difundiendo más ampliamente, hasta que se extienden a todos los seres sensibles»[39].

ANTROPOCENTRISMO Y BIOCENTRISMO EN SENTIDO MORAL

Hemos estado hablando de antropocentrismo sin definir el concepto. Quizá no esté de más aquilatarlo, junto con la familia de términos morales a la que pertenece.

Por *antropocentrismo* en sentido moral podemos entender la doctrina según la cual los seres humanos constituyen la sede y medida de todo valor[40]. El concepto se opone al de *biocentrismo*, que es la teoría moral que afirma que todo ser vivo —o la naturaleza como tal— poseen valor y por ello merecen respeto moral. La tradición principal de las éticas filosóficas occidentales es marcadamente antropocéntrica.

Vale la pena observar que las extensiones de ambos conceptos (si los definimos de esta manera) se intersecan: se *puede ser a la vez partidario de un antropocentrismo débil y de un biocentrismo débil*, si se afirma que todo ser vivo merece respeto moral, pero unos seres vivos más que otros (por ejemplo, si se sostiene que los animales más evolucionados y con capacidades más ricas merecen más respeto moral que los animales menos complejos). Sólo son excluyentes un *antropocentrismo moral fuerte* que niega que ningún ser no humano merezca respeto moral, y un *biocentrismo moral fuerte* que niega que puedan establecerse distinciones de ningún tipo entre el respeto moral que merecen diferentes clases de seres vivos.

En este sentido, conviene distinguir entre versiones fuertes y débiles del antropocentrismo. El *antropocentrismo fuerte o excluyente* no concede a las entidades no humanas sino un valor estrictamente instrumental, sólo en la medida en que sean medios para realizar fines humanos. El *antropocentrismo débil* reconoce valor a ciertas entidades no humanas, pero sólo en la medida en que compartan ciertas características con los seres humanos. Lo humano, en este caso, permanece como modelo y punto de referencia para valorar lo no humano (utilizando básicamente argumentos de analogía).

La corriente antropocéntrica se asocia normalmente con el *atomismo o individualismo moral*, en el sentido de considerar al individuo (y no al «todo» o la comunidad) como punto de partida de la ética. Desde esta perspectiva a la ética le preocupa prioritariamente el respeto de una propiedad —o de un conjunto de propiedades— característica de los individuos. Por el contrario, para el *holismo moral*[41] los individuos no son moralmente relevantes; lo son totalidades como clases sociales, comunidades étnicas, ecosistemas o la misma biosfera.

El *biocentrismo fuerte o «ecología profunda»* propugna una ruptura radical con las éticas occidentales tradicionales. Defiende una *biocéntrica holista*, que considera al todo (el conjunto, la comunidad) como sede de valor y se lo niega al individuo. Desde esta perspectiva, habría que adoptar el «punto de vista del ecosistema» y no el de entidades individuales que forman parte de él. Para el biocentrismo holista la sede del valor son los ecosistemas, y no ninguno de los seres vivos que los componen.

Muchos partidarios de la *deep ecology* sostienen que semejante valorización del «todo» no puede reducirse a una simple extensión de la comunidad moral, y que ya el mismo hablar de «extensión de la comunidad moral» delata antropocentrismo y una visión jerarquizada de la naturaleza, puesto que el valor de las nuevas entidades que se admiten dentro de la comunidad moral está en función de las características que comparten con los miembros de la comunidad moral preexistente (exclusivamente seres humanos).

¿CABE NO SER ANTROPOCÉNTRICO?

Se sugiere a veces que en ética *no se puede no ser antropocéntrico*. Se indica que los seres humanos son los únicos sujetos morales que conocemos: somos nosotros quienes valoramos, nos sabemos moralmente obligados, nos sentimos responsables. El concepto de obligación moral solamente tiene sentido para los seres humanos.

Todo ello es cierto, pero no invalida la crítica al antropocentrismo moral: da la impresión de que se está confundiendo dos planos diferentes. Diría que buena parte de las confusiones que enturbian la discusión sobre antropocentrismo derivan del hecho siguiente: no distinguimos suficientemente entre antropocentrismo en sentido *moral* (ya he señalado que, en su versión fuerte o excluyente, el antropocentrismo moral me parece inaceptable) y lo que podríamos llamar antropocentrismo en sentido *epistémico*. Con esta última expresión me refiero a que, en cuanto especie biológica dotada de ciertos mecanismos sensoriales y cierta estructura neuronal, los humanos percibimos y concebimos el mundo de cierta manera única, diferente a la que gastan animales de otras especies. Vivimos en un mundo cuyo «centro» ocupamos nosotros precisamente porque *nosotros somos nosotros*. En este sentido epistémico no sólo el animal humano es antropocéntrico: en virtud de tautologías análogas, la cigüeña es cigüeñocéntrica y la serpiente no puede menos de ser ofidiocéntrica[42].

LA BÁRBARA MISANTROPÍA DEL DISCÍPULO JOHN BAIRD CALLICOTT

En un célebre artículo de 1980 John Baird Callicott, un profesor de filosofía de la Universidad de Wisconsin, reivindicó la *ética de la tierra* de Aldo Leopold, pero en una versión tan extremosamente misantrópica que, si estuviéramos convencidos de la fidelidad del discípulo a las ideas del maestro, cabría preguntarse si no deberíamos olvidarnos de semejantes *éticas de la tierra* por siempre jamás. Aunque el mismo Callicott se desdijo posteriormente de estas posiciones, es instructivo considerar su texto de 1980[43].

Su holismo ético, según el cual lo bueno es lo que favorece el bien de los ecosistemas, le lleva a postular que el grado de misantropía de una teoría ética servirá como indicador de su respetabilidad biocéntrica. Cita con aprobación a Edward Abbey, quien en su obra *Desert Solitaire* afirma que preferiría disparar a un hombre antes que a una serpiente. Cita con aprobación a Garrett Hardin, que sugería que si algún visitante de una reserva natural sufría un accidente, debería ponerse a salvo por sí mismo o morir en el intento, para que los vehículos de rescate no perturbaran la vida de las zonas vírgenes («desde la perspectiva del biólogo, la vida humana es una mercancía demasiado abundante en relación con la vida silvestre y los paisajes naturales»[44]). Alaba el *ethos* de los cazadores-recolectores paleolíticos —aunque reconoce con pesar que «hoy es imposible retornar a la relación

simbiótica del hombre del paleolítico con su entorno natural»—, y propone recuperarlo en lo posible para la futura sociedad ecológica, en la cual «la enfermedad se considerará un mal peor que la muerte», y que «reducirá todo lo posible la esfera doméstica, y se regocijará en un recrudecimiento del salvajismo y un renacimiento de la experiencia cultural tribal»[45]. Cada cual tiene sus sensibilidades más o menos a flor de piel, claro está: a mí estas páginas de Callicott me ponen los pelos de punta, me alborotan los anticuerpos contra el fascismo, y me hacen desear que cuando llegue el momento de demostrar la virilidad biocéntrica renunciando a la anestesia en la cirugía, sean los *deep ecologists* que lo propusieron quienes pasen primero por la mesa de operaciones. ¿O prohibiremos también a cirujanos y dentistas ejercer sus artes, para que sólo sobrevivan los más aptos en el *brave new world* ecológico?

El rebarbarizado filósofo moral escribe: «el valor de un ciervo individual, como el de cualquier otro especimen, es inversamente proporcional a la población de la especie en cuestión. Los ecologistas, por duro que les resulte, no dejan de aplicar la misma lógica a su propia especie. En cuanto omnívoros, la población de seres humanos debería quizá ser dos veces mayor que la de osos, teniendo en cuenta las diferencias de tamaño»[46]. Me temo que esta posición es tan ajena a la realidad que, por mucha simpatía que tenga uno a los osos, en última instancia no servirá de nada para mejorar su lamentable condición actual.

Tratar a los seres humanos simplemente como animales omnívoros que deberían ajustar su biomasa a la biomasa que les sirve de alimento de acuerdo con las mismas pautas que regulan la población de los osos es un empeño imposible (y si se me apura, autocontradictorio). La misma frase anterior lo desvela: en ella aparece la obligación moral en forma de un «*deberían* ajustar su biomasa…» que ni siquiera puede plantearse para los plantígrados. El planteamiento biocéntrico holista de Callicott, si uno se lo toma en serio, supone querer volver atrás varios millones de años, deshacer el proceso de hominización y humanización que nos ha conducido a ser lo que somos: este *retour en arríère* es imposible. Por más ilusiones que nos hagamos al respecto, y por mucho que hagamos el oso ocasionalmente, no podemos volvernos osos: la bomba atómica no puede desinventarse, y el lenguaje articulado tampoco. No podemos dejar de ser agentes morales con responsabilidades morales (que los osos no tienen), ni podemos dejar de ser una «fuerza geológica planetaria» (que los osos no son). No podemos abdicar de nuestro peculiar puesto en el cosmos sin dejar de ser lo que somos, sin

destruir la identidad específica que nos constituye. Por eso hablaba antes de autocontradictoriedad.

¿ES LEOPOLD TAN BIOCÉNTRICO COMO LO PINTAN?

¿Es lícito atribuir a Leopold el tipo de biocentrismo excluyente de que han hecho gala algunos «ecologistas profundos» que como Callicott se declaran seguidores suyos, y que identifican la calidad del biocentrismo con su grado de misantropía? ¿Callicott ha entendido bien a Leopold, o es un mal discípulo?

Yo veo a Leopold más bien en ese terreno común existente entre el antropocentrismo moderado y el biocentrismo débil[47] (y entiendo, por tanto, que misántropos extremistas como Callicott han hecho una mala lectura de su obra). Es cierto que él afirmó que «una cosa es correcta cuando tiende a preservar la integridad, estabilidad y belleza de la comunidad biótica; es incorrecta si tiende en otra dirección»[48]. Descontextualizada, esta cita sin duda equivale a un criterio moral biocéntrico holista: pero no me parece lícito considerarla fuera de contexto. Su contexto inmediato en *A Sand County Almanac* es la crítica del reductivo economicismo que en la tierra y sus criaturas no ve sino propiedad y mercancías; en el contexto más amplio que proporciona el resto de la obra de Leopold, no cabe defender que éste constituya su único criterio moral.

Así, Norton, tras un cuidadoso examen de la «teoría integrada de la gestión ambiental» con fundamentos ecológicos que Leopold desarrolló a comienzos de los años treinta, llega a la conclusión de que «Leopold nunca cuestionó el *derecho* de los seres humanos a gestionar [la naturaleza]: puso en entredicho, más bien, nuestra *capacidad* para hacerlo, argumentando que, dado el estado presente de la teoría y los conocimientos ecológicos, a menudo no lograremos prever importantes efectos de las iniciativas de gestión de recursos. (…) A menudo se cita a Leopold como defensor de una nueva moralidad, la igualdad entre especies biológicas. Está fuera de duda que Leopold vio nuevas y graves responsabilidades que debían poner límites a las actividades humanas en el mundo moderno de las excavadoras y el hormigón. Pero me parece dudoso que considerase tales obligaciones como derivadas de fuentes ajenas a los asuntos humanos e independientes de ellos. (…) A mi entender, todo lo que dice Leopold en “La ética de la tierra” (…) se puede interpretar como la búsqueda de un valor definido *culturalmente* en la naturaleza»[49]. En la interpretación de Norton —que por mi parte encuentro

muy convincente—, Leopold no se abandonó a un biocentrismo místico, sino que construyó una síntesis practicable entre antropocentrismo y biocentrismo.

Considérese también, sin salir del libro que estamos considerando, el prólogo del autor a *A Sand County Almanac*: ahí escribe Leopold que hasta que no se han resuelto las necesidades humanas básicas, el valor de la vida silvestre cuenta poco. De manera que «todo este conflicto» (entre industrialización y naturaleza) «se reduce a *una cuestión de grado*. Los que estamos en minoría vemos que *en el progreso opera una ley de rendimientos decrecientes*; nuestros adversarios no lo ven»[50].

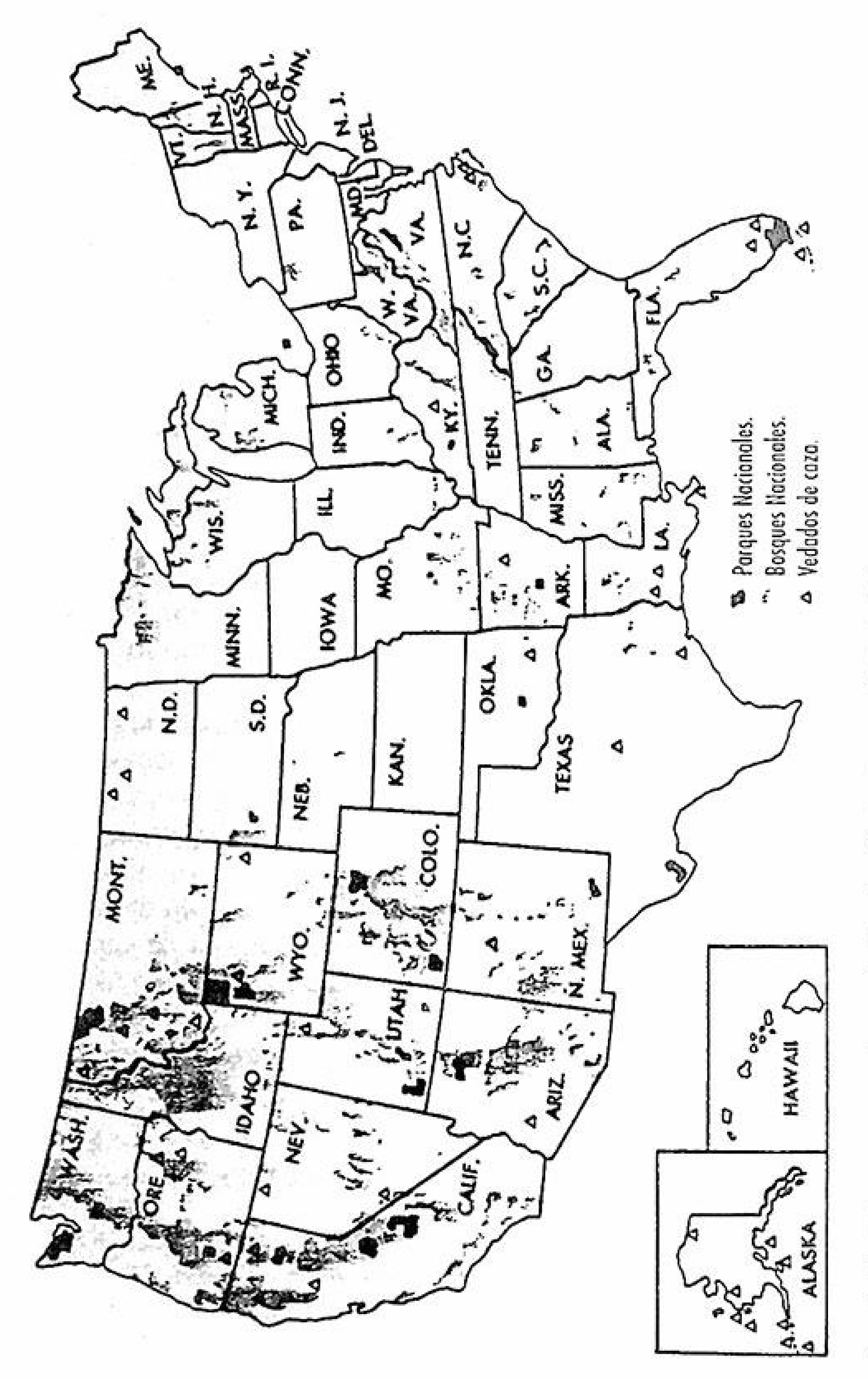
Vale decir: Leopold reconoce el valor del progreso industrial, alertando contra sus excesos. Si el conflicto es una cuestión de grado, y no de alguna irreconciliable oposición antropocentrismo-biocentrismo, no se pone en entredicho la entera tradición occidental, no se recomienda el *ethos* del cazador-recolector paleolítico: sino que se critica la perversión de un sistema donde la preocupación por los medios, y su perfeccionamiento cada vez más enajenado y enajenante, acaba por hacer olvidar los fines. La hipótesis de una *ley de rendimientos decrecientes para el progreso* no puede identificarse con ningún tipo de antiindustrialismo primario: lo que se dice, literalmente, es que demasiado «progreso» aporta cada vez menos y finalmente muta en su contrario. Se advierte que el tipo de desarrollo de la sociedad industrial moderna, la etapa «fordista» del capitalismo de producción y consumo de masas —etapa en la que EE. UU., con un adelanto de un par de decenios sobre el resto del mundo industrializado, se había introducido a partir de los años veinte de nuestro siglo—, puede ser deseable hasta cierto punto; pero más allá de ese límite los efectos negativos prevalecen sobre los positivos, transformando el progreso en franca regresión. Esta intuición se ha ido haciendo evidente para minorías cada vez más amplias a medida que la crisis ecológica global, en la segunda mitad del siglo XX, se desplegaba en toda su gravedad y profundidad; enunciada en los años cuarenta, tiene un valor añadido de lucidez anticipatoria que hay que reconocerle a Aldo Leopold.

De igual modo, la insistencia en la «cosecha cultural» y la «cosecha estética» que nos procuran la tierra, y el aprecio de Leopold por el conocimiento racional, se compadecen mal con el tipo de biocentrismo holista que postula Callicott. Aldo Leopold escribió: «Hay dos cosas que me interesan: las relaciones de las personas entre sí y las relaciones de las personas con la tierra». Sólo al precio de olvidar la primera de estas cosas, el aspecto humanista de su pensamiento, podemos encerrar al pensador

estadounidense en un biocentrismo misántropo. Pero semejante operación me parece ilegítima.

En 1999 se cumple medio siglo de la publicación de A *Sand County Almanac*. En la segunda mitad del siglo XX hemos visto desplegarse una crisis ecológica tan grave que hoy no cabe imaginar una práctica política racional que no sitúe en un lugar central la relación humanidad-naturaleza, ni una reflexión ética a la altura de los tiempos que siga encastillada en un miope antropocentrismo excluyente. La propuesta de Leopold sigue siendo un vivo e incitante desafío para el siglo XXI.

Octubre de 1999



Reproducido de la voz «conservation», en la *Encyclopedia Americana*, edición de 1991.

PRÓLOGO

A mi ESTELLA[51]

Hay personas que pueden vivir sin seres salvajes, y otras no. Estos ensayos vienen a ser los gozos y los dilemas de alguien que no puede.

Los seres salvajes eran algo natural, como los vientos y los atardeceres, hasta que el progreso empezó a eliminarlos. Ahora nos enfrentamos con la cuestión de si merece la pena pagar por un «nivel de vida» más alto ese precio en seres naturales, libres y salvajes. Para una minoría de nosotros, la oportunidad de ver gansos en libertad es más importante que la televisión, y la posibilidad de encontrar una anémona es un derecho tan inalienable como el de libre opinión.

Admito que estos seres salvajes tenían poco valor para el hombre hasta que la mecanización nos aseguró un buen desayuno, y hasta que la ciencia nos reveló el drama de sus orígenes y de sus modos de vida. Así, todo este conflicto se reduce a una cuestión de grado. Los que estamos en minoría vemos que en el progreso opera una ley de rendimientos decrecientes; nuestros adversarios no lo ven.

* * *

Uno debe entendérselas con las cosas tal como son. Estos ensayos cuentan mis maneras de entendérmelas. Están agrupados en tres partes.

La parte I cuenta lo que ve y lo que hace mi familia en su refugio del fin de semana, lejos de un mundo demasiado moderno: «la choza». En esta granja arenosa de Wisconsin, que nuestra sociedad de lo «más grande y mejor» primero arruinó y después abandonó, nosotros tratamos de reconstruir, con la pala y el hacha, lo que estamos perdiendo en otros lugares. Es aquí donde buscamos —y acabamos por encontrar— nuestra parte divina.

Estos «bocetos de la choza» están ordenados por meses y se titulan «Un almanaque del condado arenoso»[52].

La parte II, «Bocetos de aquí y allá», recoge algunos episodios de mi vida que me enseñaron, poco a poco y a veces con dolor, que la sociedad ha dado un paso en falso. Estos episodios, dispersos por todo el continente y a través de cuarenta años, presentan una muestra ajustada de cuestiones que pueden agruparse bajo una etiqueta única: conservación[53].

La parte III, «Conclusiones», muestra, en términos más lógicos, algunas de las ideas con las que los disidentes racionalizamos nuestra disidencia. Sólo el lector verdaderamente congenial querrá enfrentarse a las cuestiones filosóficas de la parte III[54]. Supongo que se podría decir que estos ensayos le enseñan a la sociedad cómo recobrar un buen ritmo de marcha.

* * *

La conservación no acaba de ir hacia adelante porque es incompatible con nuestra concepción abrahámica de la tierra. Abusamos de la tierra porque la vemos como una mercancía que nos pertenece. Cuando pensemos en la tierra como en una comunidad a la que pertenecemos, podremos empezar a usarla con amor y respeto. La tierra no tiene otro modo de sobrevivir al impacto del hombre mecanizado, y nosotros no tenemos otro modo de recoger la cosecha estética que ella puede darnos, y su contribución a la cultura, con la ayuda de la ciencia.

Que la tierra es una comunidad, ése es el concepto básico de la ecología; pero que debemos amar la tierra y respetarla, eso es una ampliación de la ética. Es un hecho bien conocido que la tierra nos procura una cosecha cultural, pero eso hoy en día suele olvidarse a menudo.

Estos ensayos intentan soldar los tres conceptos.

Tal visión del hombre y de la tierra está sujeta, por supuesto, a los avatares y distorsiones de la experiencia y las predilecciones subjetivas. Pero dondequiera que la verdad se halle, lo siguiente está más claro que el agua: nuestra sociedad de lo «más grande y mejor» ahora es como una hipocondríaca, tan obsesionada por su propia salud económica que ha perdido la capacidad de seguir sana. El mundo entero está tan obsesionado por tener más bañeras que ha perdido la estabilidad necesaria para construirlas, incluso para cerrar el grifo. Nada traería más salud en esta etapa que un poco de saludable desprecio por tal estado pletórico de beneficios materiales.

Quizá podría lograrse semejante cambio de valores si comenzáramos a juzgar a los seres antinaturales, domesticados y confinados desde el nivel de

los seres naturales, salvajes y libres.

ALDO LEOPOLD
Madison, Wisconsin. 4 de marzo de 1948[55]

I. UN ALMANAQUE DEL CONDADO ARENOSO

ENERO

El deshielo de enero

Cada año, después de las ventiscas de mitad del invierno, llega una noche de deshielo, cuando el sonido del agua goteante se deja oír en la tierra. Trae raras emociones, no sólo para las criaturas que yacen acostadas durante la noche, sino también para las que han estado dormidas durante todo el invierno. La mofeta, que ha hibernado enroscada en su profunda madriguera, se desenrosca y se aventura por un mundo húmedo en busca de presas, arrastrando el vientre por la nieve. Su rastro marca uno de los primeros acontecimientos fechables en ese ciclo de comienzos y finales que llamamos un año.

Es probable que el rastro muestre una indiferencia total hacia los asuntos mundanos, poco frecuente en otras estaciones; va derecho a través del campo, como si quien lo va dejando hubiera enganchado su carro a una estrella y soltado las riendas. Sigo a la mofeta, con la curiosidad de conocer su estado de ánimo y apetito, y su destino, si es que lo tiene.



Los meses del año, desde enero hasta junio, ofrecen una abundancia de distracciones en progresión geométrica. En enero se puede seguir el rastro de una mofeta, o buscar bandadas de paros carboneros, o ver qué pinos jóvenes ha ramoneado el ciervo, o qué ratoneras ha cavado el visón, con alguna que otra digresión, reposada y ocasional. Observar en enero viene a ser algo casi tan sencillo y pacífico como la nieve, y casi tan incesante y frío. Queda tiempo no sólo para ver quién ha hecho qué cosa, sino para especular por qué.

* * *

Un ratón de campo se asusta cuando me acerco, y se lanza sin mucha energía a correr por el rastro de la mofeta. ¿Por qué anda ahí afuera, a plena luz del día? Tal vez porque le aflige el deshielo. Su laberinto de túneles secretos, laboriosamente roído en la espesura de la hierba, bajo la nieve, hoy ya no son túneles, sino apenas senderos expuestos a la vista de todos y al ridículo. ¡Claro, el sol del deshielo se ha burlado de las premisas básicas que rigen su sistema de microeconomía!

El ratón es un ciudadano juicioso, sabe bien que la hierba crece con el objeto de que los ratones puedan almacenarla en sus almiares subterráneos, y que la nieve cae con el objeto de que los ratones puedan construir subterráneos de un montón a otro: suministro, demanda y transporte perfectamente organizados. Para el ratón, la nieve significa liberarse de la necesidad y del miedo[56].



Un ratonero calzado llega navegando por encima de la pradera. Se para, se suspende en el aire a la manera del martín pescador, y se deja caer en el pantano como una bomba con plumas. No ha levantado vuelo otra vez, así que estoy seguro de que ha cazado y ahora está comiéndose algún ratón ingeniero, tan concienzudo que no pudo esperar a la noche para inspeccionar los desperfectos de su mundo bien ordenado.

El halcón ratonero carece de opinión sobre por qué crece la hierba, pero está muy al tanto de que la nieve se derrite para que los ratoneros puedan de nuevo cazar ratones. Baja del ártico con la esperanza de los deshielos, pues para él un deshielo significa liberarse de la necesidad y del miedo.



El rastro de la mofeta entra en el bosque y atraviesa un claro donde los conejos han apisonado la nieve con sus propios rastros y la han manchado con orines de color rosáceo. Los plantones de roble, recién expuestos al aire, han pagado por el deshielo con sus tallos recién descortezados. Mechones de pelo de conejo indican las primeras batallas del año entre machos amorosos. Más allá, encuentro una mancha de sangre, circundada por un amplio arco de alas de búho. A ese conejo el deshielo le trajo liberarse de la necesidad, pero también una falta de miedo imprudente. El búho le ha recordado que los pensamientos primaverales no sustituyen a la precaución.

* * *

El rastro de la mofeta continúa, sin mostrar ningún interés en conseguir comida, y sin atender a las diversiones ni las recompensas que le ofrece el entorno. Me pregunto qué le pasa por la cabeza; ¿qué la hizo salir de la cama? ¿Se le pueden imputar motivos románticos a ese tipo corpulento que arrastra su amplio talle por la nieve a medio derretir? Por fin, el rastro entra en una pila de leña y ya no vuelve a salir. Oigo el sonido del agua que gotea entre los leños, y me imagino que la mofeta también lo oye. Vuelvo a casa, sigo interrogándome.

FEBRERO

Buen roble

Hay dos peligros espirituales en no tener una granja. Uno es el peligro de suponer que el desayuno procede del colmado, y el otro que el calor procede de la caldera.

Para evitar el primer peligro, se debería plantar una huerta, preferiblemente donde no haya un tendero que venga a complicar las cosas.

Para evitar el segundo, se debería colocar un trozo de buen roble en los morillos, preferiblemente donde no haya una caldera, y dejar que te caliente las espinillas, mientras una ventisca de febrero sacude los árboles afuera. Si uno ha cortado, seleccionado, acarreado y apilado su propio buen roble, y mientras tanto deja que la cabeza siga trabajando, recordará muy bien de dónde procede el calor, y con una riqueza de detalles vedada a quienes pasan el fin de semana en la ciudad a horcajadas sobre un radiador.



Este roble en particular, que ahora destella en mis morillos, creció en la cuneta de la vieja carretera de los emigrantes, justo donde sube por la colina arenosa. El tocón, que yo medí al derribar el árbol, tiene un diámetro de treinta pulgadas. Muestra ochenta anillos de crecimiento, por tanto el plantón del que nació debe haber echado su primer anillo de madera en 1865, al final de la Guerra Civil. Pero sé, a partir de la historia de los plantones actuales, que ningún roble puede crecer por encima de la altura de los conejos sin ser vallado cada invierno durante una década o más, y así echar nuevos brotes al verano siguiente. Está claro que todo roble que sobreviva es el producto, o

bien de la negligencia de los conejos, o de su escasez. Algún día, algún botánico paciente trazará una curva de frecuencia de los años en los que nacen robles, y demostrará que la curva se encorva cada diez años, correspondiéndose cada giba con el punto más bajo del ciclo de diez años del conejo. (Mediante este proceso de perpetua batalla entre las especies, una flora y una fauna alcanzan la inmortalidad colectiva).

Entonces, es probable que hubiera un descenso de conejos a mediados de los años sesenta, cuando mi roble empezó a tener anillos anuales, pero que la bellota de la que proviene cayese al suelo en la década precedente, cuando los carros cubiertos seguían pasando por mi carretera hacia el gran Noroeste. Debe de haber sido el movimiento y el desgaste del tráfico migratorio lo que desnudó esta cuneta, y así permitió a esta bellota en particular desplegar sus primeras hojas al sol. Sólo una bellota de cada mil consiguió crecer tanto como para luchar contra los conejos; las restantes se ahogaron al nacer en el mar de las praderas.

Es un pensamiento reconfortante el que ésta no se ahogase y, así, viviera para almacenar ochenta años de sol de junio. Esa luz del sol es la que ahora se está liberando, gracias a la intervención de mi sierra y mi hacha, para calentarme la choza y el espíritu después de atravesar ochenta ráfagas de ventisca. Y por cada ráfaga, una columna de humo en mi chimenea da fe, para el que le pueda interesar, de que el sol no brilló en vano.

A mi perro[57] no le interesa de dónde viene el calor, pero sí le interesa, y apasionadamente, que venga y pronto. Considera que mi habilidad para producirlo es algo mágico, pues cuando me levanto antes del frío y negro amanecer, y me arrodillo temblando junto a la chimenea para encender el fuego, se sitúa con suavidad entre mi cuerpo y las astillas que he puesto sobre las cenizas, y tengo que aplicar la cerilla por entre sus patas. Una fe así, me imagino, es de las que mueven montañas.

Fue un rayo lo que terminó con la producción de madera de este roble en particular. Una noche de julio, nos despertamos con el ruido de la tormenta; vimos que el rayo tenía que haber caído cerca, pero como no nos había hecho daño a nosotros, nos volvimos a la cama. El hombre todo lo mide en términos de su propia conveniencia, y esta actitud se manifiesta sobre todo en el caso del rayo.

A la mañana siguiente, mientras paseábamos por la colina, disfrutando de las flores y los tréboles refrescados por la lluvia, dimos con una gran plancha de corteza recién arrancada del tronco del roble de la cuneta. El tronco mostraba una larga cicatriz espiral de savia sin corteza, de un pie de ancha y

que el sol aún no había puesto amarilla. Al día siguiente, las hojas se habían marchitado, y así supimos que el relámpago nos había legado tres cordadas de futura leña combustible.

Lloramos la pérdida del viejo árbol, pero sabíamos que una docena de su prole, robustos y derechos en el arenal, ya habían empezado su trabajo de producir madera.

Dejamos que el viejo veterano se curase durante un año al sol, que ya nada más podía hacer por él, y un duro día de invierno aplicamos una sierra recién afilada en su base astillada. Al serrar saltaban fragantes astillas de historia y se amontonaban en la nieve junto a las rodillas de cada aserrador. Sentimos que esos dos montones de serrín eran algo más que madera: eran la intersección conjunta de un siglo; nuestra sierra iba abriéndose camino, golpe a golpe, década a década, en la cronología de toda una vida, escrita en los concéntricos anillos anuales de buen roble.

* * *

Sólo nos llevó unos cuantos golpes de sierra seccionar los pocos años de nuestra propiedad, en los que habíamos aprendido a querer y amar esta granja. De repente, empezamos a cortar los años de nuestro predecesor, el contrabandista de licores, que odiaba la granja, la despellejó de su última fertilidad, quemó la casa, se la devolvió al Condado (con todos los impuestos sin pagar), y acabó por desaparecer entre los anónimos «sin tierra» de la Gran Depresión. Con todo, el roble le había dado buena madera; su serrín era tan fragante, tan sano y tan rosado como el nuestro. Un roble no hace distinciones con las personas.

El reinado del contrabandista terminó en algún momento durante aquellas sequías que trajeron las grandes tormentas de polvo de los años 1936, 1934, 1933 y 1930. Por aquellos años, el humo de roble procedente de su alambique y el de la turba de los pantanos al arder debieron nublar el sol, y el abecé de la conservación estaba aún estaba muy lejos de la tierra, pero el serrín sigue siendo el mismo.

¡Descanso!, grita el jefe de los aserradores, y paramos para tomar aliento.

* * *

Ahora la sierra muerde los años veinte, la década Babbitt[58], cuando todo crecía más y mejor en el descuido y la arrogancia, hasta 1929, cuando se derrumbó la bolsa. Si es que el roble se enteró de la caída, su madera no da señales. Tampoco hizo ningún caso de las reiteradas manifestaciones de amor

por los árboles que hizo el legislador: una Ley de Bosques Nacionales y una Ley Forestal en 1927, una gran zona protegida en las tierras bajas de Mississippi en 1924, y una nueva política forestal en 1921. Ni se percató del fallecimiento de la última marta del estado, en 1925, ni de la llegada del primer estornino, en 1923.

En marzo de 1922, la «Gran Helada» quebró los olmos de la vecindad, rama a rama, pero no hay señal de daño en nuestro árbol. ¿Qué es una tonelada de hielo más o menos para un buen roble?

¡Descanso!, grita el jefe de los aserradores, y paramos para tomar aliento.



Ahora la sierra muerde en los años 1910-1920, la década del sueño del drenaje, cuando las excavadoras dejaron secos los pantanos del centro de Wisconsin para levantar granjas y, en su lugar, dejaron basureros. Nuestro pantano se libró, no gracias a la precaución o previsión de los ingenieros, sino porque el río lo inunda todos los abriles, y lo hizo como una venganza —quizás una venganza defensiva— en los años 1913-16. El roble siguió creciendo exactamente igual, incluso en 1915, cuando el Tribunal Supremo abolió los bosques estatales y el gobernador Phillip pontificaba que «la silvicultura estatal no es una buena propuesta de negocio». (Al gobernador no se le ocurrió pensar que podría haber más de una definición de lo que es bueno, incluso de lo que es negocio. No se le ocurrió que, mientras los tribunales estaban escribiendo una definición de bondad en los libros de leyes, los incendios escribían otra muy distinta sobre la cara de la tierra. Quizá, para ser gobernador, uno tenga que estar libre de dudas en tales materias).

Mientras la silvicultura fue hacia atrás en esa década, avanzó la conservación de la fauna para caza. En 1916, se introdujeron con éxito faisanes en el condado de Waukesha; en 1915, una ley federal prohibió la caza de primavera; en 1913, se fundó una granja estatal de caza; en 1912, una «ley de la cornamenta» protegió a las hembras de los ciervos; en 1911, una epidemia de vedados de caza se extendió por todo el estado. «Vedado» se convirtió en una palabra sagrada, pero el roble ni se dio cuenta.

¡Descanso!, grita el jefe de los aserradores, y hacemos una pausa para tomar aliento.



Ahora estamos cortando 1910, cuando un gran presidente universitario publicó un libro sobre conservación, una gran plaga de moscas serradoras

mató millones de alerces, una gran sequía quemó los pinares y una gran drenaje secó el pantano de Horicon.

Cortamos 1909, cuando por primera vez se repoblaron los Grandes Lagos con esperlanes, y cuando un verano lluvioso indujo al Congreso a suprimir las asignaciones para incendios forestales.

Cortamos 1908, un año seco en el que ardieron los bosques con ferocidad, y Wisconsin entregó su último puma.

Cortamos 1907, cuando un lince errante, buscando la tierra prometida en la dirección equivocada, acabó su carrera entre las granjas del condado de Dane.

Cortamos 1906, cuando el primer ingeniero forestal del estado asumió su cargo, y los incendios abrasaron 17 000 acres en esos condados arenosos; cortamos 1905, cuando una enorme bandada de azores vino del norte y se comió los gallos lira de la zona (sin duda, volaron hasta las ramas de este árbol para comerse algunos de los míos). Cortamos 1902-3, un invierno de un frío extremado. 1901, que trajo el mayor récord en las sequías (sólo 17 pulgadas de nivel de lluvia); 1900, el año centenario de esperanza y oración, y el acostumbrado anillo anual del roble.

¡Descanso!, grita el jefe de los aserradores, y hacemos una pausa para tomar aliento.



Ahora la sierra muerde en los años 1890, llamados alegres por quienes ponían los ojos en la ciudad más que en el campo. Corlamos 1899, cuando la última paloma migratoria colisionó con una carga de fusilería, cerca de Babcock, dos condados más al norte; cortamos 1898, cuando un otoño seco, seguido de un invierno sin nieve, heló el suelo hasta siete pies de profundidad y mató los manzanos; 1897, otro año de sequía, cuando se constituyó otra comisión forestal; 1896, cuando sólo el pueblo de Spooner llevó al mercado 25 000 gallitos de la pradera; 1895, otro año de incendios; 1894, otro año de sequía; y 1893, el año de la «Tormenta de los Azulejos», cuando una ventisca de marzo redujo los azulejos migratorios casi a cero. (Los primeros azulejos siempre se posaban en este árbol, pero a mediados de los noventa tuvo que pasarse sin ellos). Cortamos 1892, otro año de incendios; 1891, una caída en el ciclo del gallo lira; y 1890, el año en que Babcock inventó su Test de la Leche, lo que le permitiría al gobernador Heil, medio siglo más tarde, presumir de que Wisconsin es la vaquería de América. Ni siquiera el profesor Babcock pudo

prever los permisos de conducir que ahora hacen ostentación de aquella baladronada.

Fue igualmente en 1890 cuando las balsas de pino más grandes de la historia bajaron por el río Wisconsin, a la vista de mi roble, para construir un imperio de establos rojos para las vacas de los estados de las praderas. Así que aquellos buenos pinos ahora se alzan entre las vacas y la ventisca, igual que el buen roble se alza entre la ventisca y yo.

¡Descanso!, grita el jefe de los aserradores, y hacemos una pausa para tomar aliento.

* * *

Ahora la sierra muerde en los años 1880; en 1889, un año de sequía en el que se proclamó, por primera vez, el «Día del árbol»; en 1887, cuando Wisconsin se dotó de sus primeros guardas de caza; en 1886, cuando el Colegio de Agricultura dio su primer cursillo para granjeros; en 1885, año precedido de un invierno «de duración y severidad sin precedentes»; en 1883, cuando el decano W. H. Henry informó de que las flores de primavera florecieron en Madison 13 días más tarde de lo normal; en 1882, el año en que el lago Mendota se abrió un mes tarde, como consecuencia de la «Gran Nevada» y el frío terrible de 1881-82.

Fue también en 1881 cuando la Sociedad de Agricultura de Wisconsin debatió la cuestión de «¿Cómo se explica el rebrote de robles negros que ha surgido rápidamente por todo el país en los últimos treinta años?». Mi roble era uno de ellos. Uno de los que debatían el asunto aseguró que por generación espontánea, otro aseguró que gracias a las bellotas regurgitadas por las palomas que emigran al sur.

¡Descanso!, grita el jefe de los aserradores, y hacemos una pausa para tomar aliento.

* * *

Ahora la sierra muerde en los años 1870, la década de la parranda triguera de Wisconsin. Pero la mañana del lunes llegó en 1879, cuando las chinches, los gusanos, el moho y el agotamiento de la tierra convencieron por fin a los granjeros de Wisconsin de que no podían competir con las praderas vírgenes de más al oeste en el juego de sembrar trigo hasta matar la tierra. Tengo las sospecha de que esta granja tuvo su parte en el juego, y de que la arena que sopla justo al norte de mi roble tuvo su origen en aquella sobreexplotación a base de trigo.

Este mismo año 1879 vio la primera repoblación de carpas en Wisconsin, y también la primera llegada de la hierba *agropyron*[59], un polizón venido de Europa. El 27 de octubre de 1879, seis gallitos de la pradera migratorios se posaron en el tejado de la Iglesia Metodista Alemana de Madison y echaron un vistazo a la ciudad que iba creciendo. El 8 de noviembre, se informó de que los mercados de Madison estaban abarrotados de patos a 10 centavos la unidad.

En 1878, un cazador de ciervos de los Rápidos de Sauk dijo proféticamente: «Los cazadores amenazan con sobrepasar en número a los ciervos».

El 10 de septiembre de 1877, dos hermanos, cazando en el lago Muskego, se embolsaron 210 cercetas de cola azulada en un solo día.

1876 tuvo el récord del año más húmedo; las precipitaciones sobrepasaron el nivel de 50 pulgadas. Disminuyeron los gallitos de la pradera, quizá debido a las fuertes lluvias.

En 1875 cuatro cazadores mataron 153 gallitos en la Pradera de York, un condado más al este. En el mismo año, la Comisión de Pesca de los Estados Unidos introdujo el salmón atlántico en el lago Devil, 10 millas al sur de mi roble.

En 1874 se grapó en robles el primer alambre espinoso de fabricación industrial; ¡espero que ningún resto de tales artefactos esté enterrado en el roble que ahora estoy serrando!

En 1873, una empresa de Chicago almacenó y puso a la venta 25 000 gallitos de la pradera. Los comerciantes de Chicago hicieron una adquisición colectiva de 600 000, a 3,25 dólares la docena.

En 1872 se mató al último pavo salvaje de Wisconsin, dos condados al suroeste.

Tiene sentido que la década que vio el final de la parranda pionera del trigo haya visto también el final de la parranda pionera de la matanza de palomas. En 1871, se estima que anidaron 136 millones de palomas dentro de un triángulo de 50 millas que se extiende hacia el norte desde mi roble, y algunas pudieron haber anidado en él, pues era entonces un arbolito de 20 pies de alto. Montones de cazadores de palomas practicaban su negocio con red y escopeta, palos y cebos salados, y trenes cargados con futuros pasteles de paloma iban hacia las ciudades del sur y el este. Fue la última gran nidada en Wisconsin, y casi la última en todos los demás estados.

Ese año de 1871 trajo otra prueba más de la marcha del imperio: el Incendio de Peshtigo, que limpió de árboles y se llevó los suelos de un par de

condados, y el Incendio de Chicago, que se dice empezó por una coz de protesta de una vaca.

En 1870, los ratones de campo ya habían desfilado su marcha imperial; se comieron todos los jóvenes huertos del joven estado, y luego murieron. No se comieron mi roble, cuya corteza era ya demasiado dura y gruesa para los ratones.

Fue también en 1870 cuando un cazador profesional presumió en el *American Sportsman* de haber matado 6000 patos en una sola temporada, cerca de Chicago.

¡Descanso!, grita el jefe de los aserradores, y hacemos una pausa para tomar aliento.



Ahora la sierra corta por 1860, cuando miles de personas murieron para resolver la pregunta: ¿es posible desmembrar fácilmente la comunidad que forman unos hombres con otros?[60]. La resolvieron, pero no vieron, ni vemos todavía, que puede hacerse la misma pregunta sobre la comunidad del hombre con la tierra.

Esta década no pasó sin sus búsquedas a tientas para resolver la cuestión más amplia. En 1867, Increase A. Lapham convenció a la Sociedad Horticultora del estado para que diese premios por plantaciones forestales. En 1866, se mató en Wisconsin al último alce nativo. Ahora la sierra corta 1865, el año de la médula de nuestro roble. En ese año, John Muir[61] quiso comprar a su hermano, que entonces era dueño de la granja familiar treinta millas al Este de mi roble, una reserva para las flores silvestres que habían alegrado su juventud. Su hermano no quiso partir la tierra, pero no pudo suprimir la idea: 1865 quedó en la historia de Wisconsin como el año en que nació el cuidado por los seres naturales, salvajes y libres.

Hemos cortado el corazón. Ahora la sierra da marcha atrás en su orientación histórica; cortamos hacia atrás a través de los años, y hacia afuera, hacia el otro extremo del tocón. Por fin, se produce un estremecimiento en el enorme tronco; la hendidura serrada se ensancha de repente; se saca la sierra a toda velocidad, mientras los aserradores saltan hacia atrás para ponerse a salvo; todos gritan «¡madera!»; mi roble se inclina, gime y se rompe con el estruendo de un terremoto, hasta quedar postrado sobre la carretera de emigrantes que le dio a luz.



Ahora viene el trabajo de hacer leña. Resuena el mazo en las cuñas de acero, mientras las secciones del tronco son volteadas una por una, para apartarlas en planchas olorosas y encordelarlas al lado de la carretera.

Hay una verdadera alegoría para historiadores en las diversas funciones de la sierra, la cuña y el hacha.

La sierra sólo trabaja a través de los años, debe entendérselas con ellos uno por uno, en sucesión. Los dientes sacan de cada año pequeñas astillas de sucesos que se acumulan en montoncitos, llamados serrín por los madereros y archivos por los historiadores; ambos juzgan el carácter de lo que hay dentro por el carácter de las muestras que son visibles afuera. Hasta que no se completa el corte no cae el árbol, y el tocón ofrece la vista completa de un siglo. Con su caída, el árbol atestigua la unidad del batiburrillo llamado historia.

La cuña, por su parte, sólo trabaja en las hendiduras radiales; tal hendidura ofrece una visión colectiva y repentina de todos los años, o ninguna en absoluto, dependiendo de la destreza con la que se elige el plano de la hendidura. (En caso de duda, dejar que la sección se cure durante un año, hasta que aparezca una grieta. Muchas veces una cuña, colocada con precipitación, se queda oxidándose dentro de la madera, cuando se empotra en fibra inastillable).

El hacha funciona sólo como un ángulo en diagonal a los años, y sólo para los anillos periféricos del pasado reciente. Su función especial es desmochar las ramas, para eso no valen ni la sierra ni la cuña.

Las tres herramientas son requisitos para tener buena madera de roble, y buena historia.



Todas estas cosas voy pensando, mientras canta la tetera, y el buen roble arde hasta convertirse en rojas brasas sobre cenizas blancas. Esas cenizas, en cuanto llegue la primavera, las llevaré al huerto, al pie de la colina arenosa. Volverán de nuevo a mí, quizás como manzanas rojas, o quizás en forma de espíritu emprendedor en una ardilla bien cebada en octubre que, por razones que ella misma desconoce, está decidida a plantar bellotas.

MARZO

La vuelta de los gansos

Una golondrina no hace verano, pero una hilera de gansos, abriéndose paso en la oscuridad de un deshielo de marzo, es la primavera.

Si un cardenal confunde un arroyo con el deshielo, al darse cuenta de su error puede corregirlo reanudando su silencio invernal. Una ardilla listada, que sale para darse un baño de sol y se encuentra con una ventisca, sólo tiene que volverse a la cama. Pero un ganso migratorio, después de arriesgarse doscientas millas en la negra noche a ver si encuentra un agujero en el lago, no tiene fácil la retirada. Su llegada conlleva la convicción de un profeta que ha quemado las naves.

Una mañana de marzo sólo es triste para quien va paseando sin echar una mirada al cielo, sin poner el oído atento a los gansos. Conocí a una señora con estudios, poseedora de la condecoración Phi Beta Kappa[62], quien me contó que nunca había visto ni oído a los gansos que, dos veces al año, anuncian el ciclo de las estaciones al pasar sobre su bien aislado tejado. ¿Acaso la educación no es más que un modo de cambiar una conciencia alerta por cosas de menor valor? El ganso que intente semejante trueque se convertirá pronto en un montón de plumas.

Los gansos que anuncian las estaciones en nuestra granja son conscientes de muchas cosas, incluidos las leyes de Wisconsin. Las bandadas de noviembre que van hacia el Sur pasan sobre nosotros, altas y arrogantes, con apenas un graznido de reconocimiento hacia sus bancos de arena y cenagales favoritos. «A vista de pájaro» es decir poco comparado con su indeclinable puntería, cuando aciertan con el gran lago más próximo, veinte millas al sur, en cuyas aguas haraganean durante el día y, de noche, roban el grano de los rastrojos recién cortados. Los gansos de noviembre son conscientes de que cada pantano y cada charca están erizados de rifles afanosos, desde al amanecer hasta el oscurecer.

Los gansos de marzo son otra historia. Aunque se los ha cazado durante la mayor parte del invierno, como lo atestiguan sus alas perforadas por perdigones, saben que ahora rige una tregua primaveral. Rozan los ramales del río, al volar más bajo por encima de los puestos de tiro y las islas, ahora sin escopetas, y van charlando con cada banco de arena como con un amigo perdido hace tiempo. Serpentean sobre los pantanos y las praderas, saludando a cada charco o estanque recién derretido. Por fin, después de unos cuantos círculos *pro-forma* sobre nuestro pantano, recogen las alas y se deslizan en silencio hacia el estanque, con el negro tren de aterrizaje bajado y las ancas blancas sobre el fondo de la lejana colina. Cuando tocan el agua, nuestros recién llegados huéspedes alzan un graznido y un chapoteo que remueve el

último recuerdo del invierno en las quebradizas colas de gato. ¡Nuestros gansos han vuelto a casa!

Es este el momento, cada año, en que me gustaría ser una rata almizclera, metida hasta los ojos dentro del pantano.

Cuando ya están aquí los primeros gansos, graznan una clamorosa invitación a las demás bandadas migratorias, y, en unos pocos días, el pantano se llena de ellos. En nuestra granja medimos la amplitud de la primavera con dos criterios: el número de pinos plantados y la cantidad de gansos que se paran aquí. El récord es 642 gansos, contados el 11 de abril de 1946.

Como en otoño, nuestros gansos primaverales hacen viajes diarios a por grano, pero no hay robos clandestinos por la noche; durante el día, las bandadas van y vienen ruidosas desde los rastrojos. A cada salida le precede un sabroso debate a voces, y a cada regreso, otro más fuerte aún. Las bandadas, a su vuelta, cuando ya se sienten en casa, omiten sus círculos *pro-forma* sobre el pantano. Se dejan caer desde lo alto como hojas de arce, deslizándose de izquierda a derecha para perder altura, con las patas dirigidas hacia los gritos de bienvenida que los saludan desde abajo. Supongo que el consiguiente parloteo tiene que ver con las excelencias de la cena de ese día. Se comen el grano sobrante que la capa de nieve ha protegido durante el invierno de los grajos que también buscan grano, las liebres de cola blanca, los ratones de campo y los faisanes.

Es un hecho evidente que los rastrojos de maíz elegidos por los gansos para alimentarse son los que antes fueron praderas. Nadie sabe si esta inclinación por el maíz de las praderas refleja algún valor nutritivo superior, o un tipo de tradición ancestral trasmitida de generación en generación, desde los días de las praderas. Quizás refleja el simple hecho de que los maizales de las praderas suelen ser grandes. Si yo pudiera entender los atronadores debates que preceden y siguen a esas excursiones diarias en busca de grano, pronto sabría la razón de por qué les atrae tanto la pradera. Pero no puedo, y me parece muy bien que siga siendo un misterio. ¡Qué mundo más aburrido si lo supiéramos todo sobre los gansos!

Al observar así la rutina diaria de una convención de gansos en primavera, uno se da cuenta de que los gansos solitarios suelen volar y parlotear mucho más. Uno acaba por encontrar un tono de desconsuelo en sus graznidos, y cae en la conclusión de que son viudos con el corazón destrozado, o madres que andan en busca de sus crías perdidas. Sin embargo, el ornitólogo experto sabe que esta interpretación subjetiva del comportamiento de las aves es

arriesgada. Durante mucho tiempo intenté tener una actitud abierta sobre este asunto.

Después de que mis alumnos y yo hubiéramos contado durante media docena de años el número de gansos que componen una bandada, se alumbró una luz inesperada sobre el significado de los gansos solitarios. Mediante el análisis matemático, vimos que las bandadas de seis o múltiplos de seis eran más frecuentes de lo que el azar podría disponer. En otras palabras, las bandadas de gansos son familias o agregaciones de familias, y los gansos solitarios de la primavera son, casi seguro, lo que nuestras piadosas imaginaciones habían sugerido al principio. Son afligidos supervivientes de la caza invernal, que van buscando en vano a su familia. Ahora ya puedo compadecerme, con entera libertad, de los que graznan solos.

No es frecuente que las matemáticas a palo seco reafirmen así las intuiciones sentimentales del amante de los pájaros.

En las noches de abril, cuando son tan cálidas como para sentarse afuera, nos encanta escuchar lo que pasa en la convención del pantano. Hay largos períodos de silencio, y sólo se oye el batir de alas de la agachadiza, el bocinazo de un búho lejano, o el cloqueo nasal de una focha enamorada. Luego, de pronto, resuena un graznido estridente, y, al instante, un atruendo infernal responde. Hay un batir de alas en el agua, una desbandada de proas oscuras propulsadas por los agitados remos, y un griterío general entre los participantes de una acalorada discusión. Un graznador profundo tiene la última palabra, y el ruido amaina hasta no ser más que esa charla en voz baja que rara vez cesa entre los gansos. ¡Lo repito, me gustaría ser una rata almizclera!

Cuando las pasifloras ya están florecidas, nuestra convención de gansos va disminuyendo, y antes de mayo el pantano vuelve a ser un simple humedal con hierba, sólo avivado por los mirlos alirrojos y las pollas de agua.

* * *

Es una ironía de la historia el que las grandes potencias hayan tenido que descubrir la unidad de las naciones en el Cairo, en 1943[63]. Los gansos del mundo han tenido esa idea desde hace mucho más tiempo, y cada marzo arriesgan sus vidas por esa verdad esencial.

Al principio, sólo había la unidad de la Capa de Hielo. Luego vino la unidad del Deshielo de Marzo, y la hégira hacia el norte de los gansos internacionales. Desde el Pleistoceno, cada marzo los gansos han graznado su unidad desde el mar de la China a la estepa siberiana, del Éufrates al Volga,

del Nilo al Murmansk, de Lincolnshire a Spitsbergen. Desde el Pleistoceno, cada marzo los gansos han graznado su unidad desde Currituck al Labrador, de Matamuskeet a Ungava, del lago Horseshoe a la Bahía de Hudson, de la isla de Bavery a la Tierra de Baffin, de Panhandle a Mackenzie, de Sacramento a Yukon.

Por medio de este comercio internacional de los gansos, el grano sobrante de lllinois es llevado entre las nubes hasta las tundras árticas, para asociarse allí a la luz sobrante de un junio sin noches y criar polluelos de ganso para todas las tierras que hay en medio. Y en este trueque anual de comida por luz, y de calor invernal por soledad estival, todo el continente recibe como ganancia neta un poema salvaje que cae de los tenebrosos cielos sobre los lodos de marzo.

ABRIL

Llega la riada

La misma lógica que hace que los grandes ríos discurran y pasen siempre por grandes ciudades, hace que las granjas humildes suelan quedar aisladas por las inundaciones primaverales. La nuestra es una granja humilde, y cuando la visitamos en abril, a veces nos quedamos aislados.

No lo hacemos adrede, claro que no. Gracias a los partes meteorológicos, uno puede predecir, sólo hasta cierto punto, cuándo se derretirán las nieves del norte, y así calcular cuántos días tardarán las inundaciones en castigar a las ciudades río abajo. Y llega la tarde del domingo, y hay que volver a la ciudad para trabajar, y no se puede. ¡De qué dulce manera las aguas desbordadas murmuran su condolencia por el desastre que han provocado en los compromisos del lunes por la mañana! Qué profundos y congestionados son los graznidos de los gansos, cuando cruzan maizal tras maizal, todos a punto de convertirse en lagos. Cada cien yardas, un nuevo ganso bate el aire mientras lucha por conducir a la formación en su inspección mañanera de este nuevo mundo acuático.

El entusiasmo de los gansos por la riada es algo muy sutil, y podría pasar desapercibido para aquellos que no están familiarizados con el «cotilleo gansil», pero el entusiasmo de las carpas es obvio e inconfundible. Tan pronto como la inundación creciente moja las raíces de la hierba, aparecen ellas, hozando y revolcándose con el prodigioso entusiasmo de los cerdos cuando salen al prado; relucen sus colas rojas y sus barrigas amarillas, cruzan las

rodadas de las carretas y los prados de las vacas, menean las cañas y los arbustos en su precipitación por explorar lo que para ellas es todo un universo en expansión.

A diferencia del ganso y de la carpa, los pájaros terrestres y los mamíferos aceptan la riada con filosófico desapego. Desde un abedul de ribera, un cardenal silba bien fuerte reclamando un territorio que no parece existir más que para los árboles. Un gallo lira de collarín tamborilea en los bosques inundados; debe de estar posado en el extremo de su rama tambor más alta. Los ratones de campo chapotean y culean con la confianza tranquila de minúsculas ratas almizcleras. Desde el huerto salta un ciervo, expulsado de su habitual lecho diurno entre los matorrales de sauce. Por todas partes hay conejos que aceptan con toda calma alojamiento en nuestra colina, que nos sirve de arca, en ausencia de Noé.

La inundación primaveral nos trae algo más que una gran aventura; nos trae también una miscelánea imprevisible de objetos flotantes, robados a las granjas río arriba. Una vieja tabla, encallada en el prado, tiene para nosotros dos veces más valor que la misma pieza nueva y recién serrada. Cada tabla vieja tiene su propia historia individual, siempre desconocida, pero siempre casi adivinable por el tipo de madera, sus dimensiones, sus clavos, tornillos, pintura, el acabado o la falta de acabado, su deterioro o su uso. Uno hasta podría adivinar, por el desgaste en los bordes y extremos causado por los bancos de arena, cuántas riadas la han acarreado en años anteriores.

Así que nuestro montón de madera, recogida toda ella del río, no es sólo una colección de personalidades, sino una antología de los esfuerzos humanos en las granjas y bosques río arriba. La autobiografía de un viejo tablón es un tipo de literatura que no se enseña todavía en los campus universitarios, pero cualquier granja a orillas del río es una biblioteca donde quien martillea y sierra puede leer a placer. Que venga la riada, pues siempre trae más libros nuevos.



Hay grados y tipos de soledad. Una isla en un lago es un tipo de soledad; pero los lagos tienen barcos, y siempre es posible que venga alguien a visitarte. Una cumbre entre las nubes es otro tipo; pero la mayoría de las cumbres tienen senderos, y los senderos tienen turistas. No conozco una soledad más segura que la protegida por una inundación primaveral; tampoco los gansos, que han visto más grados y tipos de soledad que yo.

Así que nos sentamos en la colina, al lado de unas pasifloras recién florecidas, y vemos pasar a los gansos. Veo cómo la carretera se hunde con suavidad en las aguas y llego a la conclusión (con una alegría interior, pero con aparente desapego) de que el problema del tráfico sólo se plantea entre las carpas, al menos por hoy.

Draba

Dentro de pocas semanas draba, la flor más pequeña que brota en la tierra, sembrará de pequeños capullos todos los lugares arenosos.

El que espera la primavera con los ojos puestos en lo alto, nunca se fija en algo tan pequeño como draba[64]. El que desespera de la primavera con los ojos caídos, la pisa sin darse cuenta. El que busca la primavera de rodillas en el barro la encuentra en abundancia.

Draba pide y obtiene una escasa ración de calor y confort; se mantiene con las sobras del tiempo y el espacio que no quiere nadie. Los libros de botánica le conceden dos o tres líneas, pero nunca una lámina o un retrato. Una arena demasiado pobre y un sol demasiado débil para otras flores más grandes y mejores bastan para draba. Después de todo, no es una auténtica flor de primavera, es sólo la postdata de una esperanza.

Draba no conmueve las fibras del corazón. Su perfume, de tener alguno, se perdió con los vientos racheados. El color es blanco sin más. Las hojas llevan un abrigo de lana discreto. Nadie la come; es demasiado pequeña. Ningún poeta la canta. Hace tiempo los botánicos le dieron un nombre en latín, y luego se olvidaron de ella. Total, no tiene ninguna importancia, es sólo una pequeña criatura que hace un trabajo pequeño, pero bien y con rapidez.

El roble macrocarpa

Cuando los escolares votan para elegir al pájaro, flor o árbol más representativos del Estado, no están tomando una decisión; sólo están ratificando la historia. La historia hizo del roble macrocarpa[65] el árbol característico del sur de Wisconsin, cuándo las hierbas de la pradera se apoderaron por primera vez de la región. El roble macrocarpa es el único árbol que puede aguantar un incendio de la pradera y sobrevivir.

¿Te has preguntado alguna vez por qué el árbol está cubierto por completo de una gruesa corteza acorchada, hasta las ramitas? Ese corcho es la armadura. Los robles macrocarpa fueron las tropas de choque enviadas por el bosque invasor para asaltar la pradera; contra lo que tenían que luchar era el

fuego. Cada abril, antes de que las nuevas hierbas hubieran cubierto la pradera con un verdor a prueba de fuego, los incendios se extendían a placer, perdonando sólo a aquellos viejos robles que habían echado ya una corteza demasiado gruesa para abrasarse. La mayor parte de esos bosquecillos de desparramados veteranos, que los pioneros llamaban «claros de robles», eran de robles macrocarpa.

Los ingenieros no descubrieron los aislantes; se los copiaron a esos viejos soldados de la guerra de las praderas. Los botánicos pueden leer las historias de aquella guerra que duró veinte mil años. Una parte de los documentos consiste en granos de polen incrustados en turbas, otra parte en plantas encerradas como reliquias en la retaguardia de la batalla, donde quedaron olvidadas. Los documentos muestran cómo el frente del bosque a veces se retraía hasta el Lago Superior; otras veces avanzaba hacia el sur. En una época avanzó tan lejos en dirección al sur que los abetos[66] y otras especies de «retaguardia» crecieron hasta más allá de la frontera sur de Wisconsin; el polen de abeto apareció a un determinado nivel en todas las ciénagas de turba de la región. Pero la línea promedio de la batalla entre la pradera y el bosque estaba más o menos donde ahora, y el resultado neto de la batalla fue un empate.

Una explicación para esto es que había aliados que apoyaban primero a un contendiente, después al otro. Así, los conejos y los ratones de campo segaban la pradera en verano, y en invierno liquidaban los plantones de cualquier roble que sobreviviera a los incendios. Los escarabajos de junio minaban el suelo de la pradera en su fase de gusanos, pero defoliaban los robles en su fase adulta. De no ser por esos giros de acá para allá que dieron los aliados, y lo mismo las sucesivas victorias, no tendríamos hoy ese rico mosaico de suelos de praderas y de bosque de que resulta tan decorativo en un mapa.

Jonathan Carver[67] nos ha dejado una vivida descripción de la frontera de las praderas en los tiempos anteriores a la colonización. El 10 de octubre de 1763 visitó los Blue Mounds, un grupo de altas colinas (ahora boscosas) cerca de la esquina suroeste del condado de Dane. Dice:

> «Subí a una de las colinas más altas y tuve una amplia vista del campo. En muchas millas no se veía más que montañas menores que aparecían en la distancia como parvas de heno, sin árboles. Sólo unas pocas arboledas de nogales[68] y robles achaparrados cubrían algunos de los valles».

En los años 1840 un nuevo animal, el colono, intervino en la batalla de las praderas. No era esa su intención, se limitó a arar un número suficiente de campos como para privar a la pradera de su inmemorial aliado: el fuego. En el

acto, los plantones de roble irrumpieron por legiones en las praderas y lo que había sido la región de las praderas se convirtió en la región de las granjas madereras. Si no te crees esta historia, vete y cuenta los anillos de una serie de tocones, en cualquier «cadena» de arboledas del suroeste de Wisconsin. Todos los árboles, excepto los veteranos más viejos, datan de los decenios de 1850 y 1860, y fue entonces cuando cesaron los incendios en la pradera.

John Muir se crió en el condado de Marquette durante ese período, cuando los nuevos bosques acabaron con las viejas praderas y rodearon los claros de robles con matorrales de arbolitos. En su libro *Infancia y juventud*, rememora:

> «El suelo uniformemente rico de las praderas de lllinois y Wisconsin hacía crecer una hierba tan alta y espesa, gracias a los incendios, que ningún árbol podía vivir allí. Si no hubiera habido incendios, estas buenas praderas, un rasgo tan característico del país, hubieran sido cubiertas por el bosque más cerrado. Tan pronto como los claros de roble se asentaron, y los granjeros aprendieron a prevenir los veloces incendios de hierba, los pimpollos crecieron hasta hacerse árboles y formaron altos matorrales tan densos que era difícil caminar entre ellos, y se desvaneció cualquier rastro de los soleados “claros” (de robles)».

Así, el que tiene un roble macrocarpa veterano posee algo más que un simple árbol. Es dueño de una biblioteca de historia, y de un asiento reservado en el teatro de la evolución. Para el ojo perspicaz, su granja tiene el distintivo y el símbolo de la guerra de las praderas.

La danza en el cielo

Desde que compré la granja, tardé dos años en darme cuenta de que puede verse la danza nupcial sobre mis bosques en abril y en mayo. Desde que descubrimos eso, mi familia y yo no hemos querido perdernos ni una función.

La función empieza la primera noche templada de abril, exactamente a las 18:50. Se levanta el telón un minuto más tarde cada día, hasta el 1 de junio, que es a las 19:50. Esta escala progresiva está dictada por la vanidad, el bailarín exige que la iluminación romántica tenga una intensidad de exactamente 0:05 candelas-pie[69]. No te retrases y siéntate en silencio, no sea que, irritado, levante el vuelo y desaparezca.

Los accesorios del escenario, igual que la hora de empezar, reflejan las exigencias temperamentales del artista. El escenario debe ser un anfiteatro abierto en los bosques o en la maleza, y en el centro ha de haber un espacio con musgo, una raya de arena estéril, un afloramiento de roca pelada, o un camino vacío. Al principio, no entendía por qué el macho de la becada era tan exigente con la pista de una simple danza, pero ahora creo que es cuestión de las patas. Las patas de la becada son cortas, y no puede contonearse con

gracia entre la maleza, ni allí podría verle su dama. Tengo más becadas que la mayoría de los granjeros, pues tengo más arena musgosa, demasiado pobre para criar hierba.

Sabiendo el sitio y la hora, te sientas bajo un arbusto, en el lado Este de la pista de baile y esperas, vigilando, la llegada de la becada que se recortará contra la puesta de sol. Llega con un vuelo bajo, desde algún matorral vecino, se posa en el musgo desnudo y pronto empieza la obertura: una serie de extraños piídos guturales, espaciados cada dos segundos, y muy parecidos a la llamada estival de un chotacabras.

De pronto, este sonido cesa, y el pájaro revolotea por el cielo en una serie de amplías espirales, emitiendo un gorjeo musical. Sube más y más, las espirales más empinadas y más pequeñas, el gorjeo más y más fuerte, hasta que el artista ya es sólo una mota en el cielo. Entonces, sin avisar, se deja caer en barrena como un avión averiado, y se oye su voz en un trino suave y diáfano que envidiaría un azulejo de marzo. Planea a unos pocos pies del suelo y vuelve a posarse en tierra, casi siempre en el mismo sitio donde empezó la representación, y reanuda su piar gutural.

Pronto está demasiado oscuro para alcanzar a ver al pájaro en tierra, pero se pueden ver sus vuelos en el cielo durante una hora, que es lo que dura normalmente la función. Pero en las noches de luna llena puede continuar, a intervalos, mientras siga brillando la luna.

Al amanecer, se repite la función completa. A principios de abril, el telón cae a las 5:15 de la madrugada; el horario se adelanta dos minutos por día, hasta junio, cuando a las 3:15, se cierra el espectáculo hasta el próximo año. ¿Por qué esta disparidad en la escala progresiva? Ay, me temo que hasta el noviazgo causa fatiga, pues para acabar el baile al amanecer basta sólo con una quinta parte de la luz que se necesita para empezarlo al atardecer.



Tal vez sea una suerte el que, por mucho que uno estudie los mil pequeños dramas de los bosques y praderas, nunca llega a conocer todos los detalles relevantes ni siquiera de uno solo de ellos. Lo que todavía no sé del baile nupcial en el cielo es: ¿dónde se halla la dama, y qué papel, si tiene alguno, representa en la obra? Suelo ver a dos becadas en la pista donde pían, y las dos vuelan juntas a veces, pero nunca pían juntas. El segundo pájaro, ¿es la hembra o es un macho rival?

Otra cosa que desconozco: el gorjeo, ¿es un sonido vocal o mecánico? Mi amigo Bill Feeney, en cierta ocasión, cogió con una red a un pájaro cuando

estaba piando y le desplumó el borde de las alas; después de eso, el pájaro pió y trinó, pero no gorjeó nunca más. Con todo, un experimento así no es muy concluyente.

Otra cosa que desconozco: ¿hasta qué etapa del anidamiento sigue el macho con la danza nupcial? Mi hija vio una vez a un pájaro que estaba piando a veinte yardas de un nido que contenía huevos incubados, pero ¿era el nido de su dama? ¿O este tipo reservado es un bígamo, y nunca llegaremos a descubrirlo? Estas y muchas otras cuestiones siguen en el misterio del profundo atardecer.

El drama de la danza nupcial se representa todas las noches sobre cientos de granjas, cuyos dueños están suspirando por tener diversiones, pero albergan la ilusión de encontrarlas en los cines. Viven sobre la tierra, pero no mediante la tierra.

La becada es una viva refutación de la teoría de que la utilidad de las aves de caza estriba en servir de blanco o posarse con gracia en una rebanada de pan. A nadie le gustaría más que a mí cazar becadas en octubre, pero desde que conozco la danza nupcial, me conformo con uno o dos pájaros. Tengo que asegurarme de que, cuando llegue abril, no habrá escasez de bailarines en el cielo del atardecer.

MAYO

De vuelta de Argentina

Cuando los dientes de león han dejado la marca de mayo en los pastos de Wisconsin, es hora de ponerse a escuchar la prueba concluyente de la primavera. Siéntate en un montecillo, aguza los oídos en dirección al cielo, desintoniza el griterío de las alondras y los mirlos alirrojos, y pronto podrás oírlo: la canción del vuelo del correlimos, recién regresado de Argentina.

Si tu vista es aguda, busca en el cielo y lo verás, con las alas temblorosas, haciendo círculos entre las nubes de lana. Si tu vista es débil, ni lo intentes; fíjate en los postes de la cerca. Pronto un resplandor plateado te dirá en qué poste se ha posado un correlimos, plegando sus largas alas. Quien haya inventado la palabra «gracia», tiene que haber visto cómo pliega las alas el correlimos.

Allí está; con toda su alma te está diciendo que tu próximo movimiento ha de ser ausentarte de sus dominios. Los registros del condado pueden alegar que tú eres el dueño de ese prado, pero el correlimos, como sí nada, invalida

esas legalidades triviales. Acaba de volar 4000 millas para revalidar el título que le concedieron los indios, y, hasta que los jóvenes correlimos puedan volar, este prado es suyo y nadie puede entrar sin que él proteste.

Por allí cerca está empollando la hembra cuatro grandes huevos puntiagudos, y pronto cuatro pollos precoces romperán el cascarón. Tan pronto como se les seca el plumón, corretean por la hierba como ratones con zancos, y con la suficiente habilidad para evitar tus torpes esfuerzos por cogerlos. A los treinta días, los pollos ya están del todo crecidos; ninguna otra ave se desarrolla a una velocidad parecida. En agosto se han graduado en la escuela de vuelo, y en las noches frescas puedes oír sus señales silbadas al levantar vuelo hacia la Pampa, para demostrar otra vez la antigua unidad de las Américas. La solidaridad hemisférica es algo nuevo para los hombres de estado, pero no para las emplumadas flotas del cielo.

El correlimos encaja fácilmente en el paisaje agrícola. Sigue al bisonte blanco y negro, que ahora pace en esas praderas, y le parece un sustituto aceptable de los bisontes pardos. Anida en campos de heno igual que en los prados, pero, a diferencia del torpe faisán, no deja que le pillen los segadores. Mucho antes de que el heno esté maduro para segarlo, los jóvenes correlimos ya saben volar y se han ido. El correlimos tiene sólo dos enemigos reales en el país de las granjas: el barranco y la zanja de drenaje. Quizás un día nos demos cuenta de que también son enemigos nuestros.

Hubo un tiempo, a principios de este siglo, en que las granjas de Wisconsin casi perdieron su reloj inmemorial, cuando los pastos de mayo reverdecían en silencio, y las noches de agosto no traían ningún recordatorio silbado del inminente otoño. La pólvora universal, y el gusto por la tostada de correlimos en los banquetes postvictorianos, se habían cobrado demasiadas víctimas. La retrasada protección de las leyes federales sobre pájaros migratorios llegó a tiempo por los pelos.

JUNIO

El Horcajo de los Alisos — *Un idilio de pesca*

Encontramos la corriente principal del arroyo tan baja que había agachadizas chapoteando en lo que el año anterior eran rápidos de truchas, y tan caliente que podíamos chapuzarnos en el pozo más hondo sin dar un grito. Incluso después de nuestro bañito refrescante, sentíamos las botas de pescar como cartón alquitranado puesto al sol.

Por la tarde, la pesca resultó tan decepcionante como sus augurios hacían presentir. Le pedimos truchas a la corriente, y nos dio un cacho. Por la noche nos sentamos bajo una nube de mosquitos y discutimos los planes para el día siguiente. Habíamos hecho doscientas millas de carretera polvorienta y sofocante, para sentir de nuevo el tirón impetuoso de una trucha arco iris resignada. Y no había truchas.

Pero entonces nos acordamos de que ése era un arroyo que tenía afluentes. Una vez habíamos visto, cerca del nacimiento del arroyo, arriba, en lo alto, un horcajo estrecho y profundo, alimentado por fríos manantiales que gorgoteaban bajo sus muros, cerrados y muy juntos, cubiertos de alisos. ¿Qué hubiera hecho una trucha con autoestima en un día tan sofocante? Lo que hicimos nosotros: subir.

Con la fresca de la mañana, cuando un centenar de currucas parecía creer que aquella suavidad y frescor duraría siempre, escalé la ribera llena de rocío y me planté en el Horcajo de los Alisos. Una trucha se estaba cebando río arriba. Solté línea —deseando que siguiera así, suave y seca— y, midiendo la distancia con una o dos falsas lanzadas, dejé caer una mosca artificial a un pie exactamente por encima del último remolino de la trucha. Ya había olvidado el calor de la carretera, los mosquitos, el cacho ignominioso. Se tragó la mosca de un golpe, y poco después pude oírla dando coletazos en la húmeda cama de hojas de aliso, en el fondo de la cesta.

Mientras tanto, otro pez mayor se había cebado en la siguiente poza, que queda en la «cabeza de la formación», pues en su extremo más alto los alisos se cierran en sólida falange. Un arbusto, con su pardo tronco en medio de la corriente, se meneó con su perpetua y silenciosa risotada, como si se burlase de toda mosca que los dioses o los hombres pudieran lanzar una pulgada más allá de sus hojas.



Me siento en una roca, en medio de la corriente, el tiempo de fumarme un cigarrillo, y miro cómo se ceba mi trucha bajo su arbusto guardián, mientras se secan la caña y el sedal, colgados en los alisos de la orilla soleada. Y, por pura prudencia, sigo así un rato más. Esta poza es un remanso. Sopla una brisa que, en un instante, va a rizar las aguas, y así será más mortal la lanzada perfecta que estoy a punto de posar sobre la superficie de las aguas.

Y soplará más, una racha de aire tan fuerte como para desprender del sonriente aliso a una mosca y lanzarla a la poza.

¡Ahora! Recoge sedal y plántate en medio de la corriente, con la caña dispuesta al momento. Ya está soplando, un pequeño y premonitorio temblor en un álamo de la colina me permite sacar media lanzada, meciéndola suavemente hacia atrás y hacia adelante, preparado para cuando la racha de aire golpee en la poza. ¡Nada más que la mitad del sedal, ten cuidado! Ahora el sol está alto, y el roce de una sombra avisaría a mi pieza de su inminente destino. ¡Ya! Suelto las últimas tres yardas. La mosca cae con gracia a los pies del sonriente aliso, ¡la mordió! Me las compongo para sacarla de la jungla que hay más abajo. En pocos minutos esa trucha está dando también coletazos en la cesta.

Me siento en la roca, en una feliz meditación, mientras otra vez se seca el sedal, y pienso en la manera de ser de las truchas y de los hombres. ¡Cómo nos parecemos a los peces! Siempre dispuestos, mejor dicho, ávidos por captar cualquier cosa nueva que un viento circunstancial agite sobre el río del tiempo. Y cómo lamentamos nuestra precipitación, al darnos cuenta de que el bocado brillante tiene un anzuelo. Aún así, creo que hay algo positivo en esa avidez, tanto sí su objeto resulta ser verdadero como falso. ¡Qué espantosamente aburridos serían un hombre, una trucha, un mundo siempre prudentes! ¿Dije, hace un rato, que estaba esperando «por pura prudencia»? No era eso. La única prudencia de los pescadores es la que les lleva a montar el escenario para probar suerte una y otra vez.

Es hora de ponerse a ello, pronto dejarán de cebarse. Vadeo la corriente con el agua por la cintura, hacia la cabeza de la formación, meto la cabeza con insolencia en el aliso temblón, y miro dentro. ¡Es una jungla! Un agujero negro como el carbón, tan cubierto por la vegetación que sería imposible balancear un helecho sobre sus agitadas profundidades, y mucho menos una caña de pescar. Y allí mismo, casi frotándose las costillas contra la oscura orilla, una enorme trucha da vueltas perezosamente y se traga un insecto que pasaba por allí.

No hay ningún modo de pillarla, ni siquiera con un humilde gusano. Pero veinte yardas más arriba, veo que brilla el sol en el agua, otro claro. ¿Pescar con mosca seca aguas abajo? Es imposible, pero hay que hacerlo.

Me retiro y salgo a la orilla. Metido hasta el cuello entre las flores y las ortigas, me desvío por entre la espesura de alisos hacia el claro que se abre más arriba. Con el cuidado de un gato para no perturbar el baño de su majestad, me adentro en el agua y me quedo quieto como un muerto durante cinco minutos, hasta que la cosa se calme. Entretanto, saco treinta pies de

sedal, lo engraso, lo seco y me lo enrosco en la mano izquierda. Es la distancia que me separa del pórtico de la jungla.

¡Ahora a por todas! Soplo la mosca para darle un último aliento, la dejo caer en la corriente a mis pies y voy soltando línea a toda velocidad. Justo cuando el sedal se estira y la mosca es absorbida por la jungla, avanzo rápido corriente abajo, forzando los ojos, clavados en la oscura bóveda para seguir su suerte. Con un par de vistazos, aprovechando que pasa una pizca de luz, veo que la mosca va bien dirigida. Sigue la curva. En un momento (mucho antes de que el jaleo de mi avance haya desvelado la trampa) llega a la poza negra. Más que ver, oigo al gran pez moverse; muerde el anzuelo y empieza la batalla.

Ningún hombre prudente arriesgaría ni siquiera un dólar de mosca y sedal tirando de una trucha corriente arriba por entre un cepillo gigante de tallos de aliso, incluida la curva de ese riachuelo. Pero, como ya he dicho, ningún hombre prudente sería pescador. Poco a poco, desenredando con mucho cuidado, la traigo hasta aguas más abiertas, y, por fin, a la cesta.

Os confesaré que no tuve que decapitar a ninguna de esas tres truchas o doblarlas por la mitad para que cupiesen en su ataúd. Lo grande no eran las truchas, sino la suerte de cogerlas. No fue la cesta lo que se llenó, sino mi memoria. Como las currucas, llegué a creer que aquella mañana en el Horcajo duraría siempre.

JULIO

Grandes posesiones

Según el secretario del Condado, ciento veinte acres es la extensión de mis dominios en el mundo. Pero el secretario del Condado es un tipo dormilón que nunca mira sus libros de registro antes de las nueve en punto. De lo que éstos mostrarían al amanecer es de lo que vamos a tratar aquí.

Con libros o sin libros, es un hecho patente, para mi perro y para mí, que al amanecer soy el único dueño de todos los acres por los que pueda caminar. No sólo desaparecen los límites, sino también la idea de estar limitado. El amanecer conoce extensiones ignoradas por las escrituras de propiedad o los mapas, y la soledad, que supuestamente ya no existe en mi condado, se extiende por todas partes, hasta donde llega el rocío.

Como otros grandes terratenientes, tengo arrendatarios. Son negligentes en el asunto de la renta, pero muy puntillosos en cuanto a las posesiones.

Cada amanecer, de abril a julio, se reclaman las lindes unos a otros y, como reconocimiento, o al menos por educación, me declaran su vasallaje.

Esta ceremonia diaria, contrariamente a lo que se podría suponer, empieza con suprema corrección. No sé quién fue el primero que marcó el protocolo. A las tres y media de la madrugada, con toda la solemnidad de la que soy capaz en una mañana de julio, salgo por la puerta de mi cabaña, portando en las manos los emblemas de mi soberanía, una cafetera y una libreta. Me siento en un banco, de cara al blanco despertar de la estrella de la mañana. Pongo la cafetera a mí lado. Saco una taza de la camisa, con la esperanza de que nadie se entere de tan informal medio de transporte. Saco el reloj, me sirvo café y dejo la libreta sobre las rodillas. Es la clave para que empiecen las proclamaciones.

A las 3:35, el gorrión que está más cerca admite, con su claro canto de tenor, ser propietario del soto de pinos jack[70] que se extiende por el norte hasta la orilla del río, y por el sur hasta la antigua ruta de las carretas. Uno por uno, todos los demás gorriones al alcance del oído recitan sus respectivas propiedades. No hay disputas, al menos a esta hora, así que me limito a escuchar, deseando en mi fuero interno que sus mujeres acepten este feliz acuerdo sobre el *status quo ante*.

Antes de que los gorriones vayan a hacer su ronda, el petirrojo del viejo olmo trina bien alto una reclamación por la horqueta a la que la tormenta de hielo arrancó una rama, y por todos sus accesorios correspondientes (lo que significa, en este caso, todas las lombrices de tierra en el no muy espacioso césped que hay debajo del olmo).

El canto alegre e insistente del petirrojo despierta a la oropéndola, que se pone a decirle al mundo de las oropéndolas que le pertenece a ella sola la rama pendiente del olmo, y también todas las cañas de algodoncillo cercanas con sus fibras, todas las cuerdas caídas en el jardín, y el derecho exclusivo de resplandecer como un estallido de fuego yendo de acá para allá.

Mi reloj marca las 3:50. En la colina, el escribano índigo reclama su título de propiedad sobre la rama del roble muerto y abandonado por la sequía de 1936, y sobre los diversos bichos y arbustos de los alrededores. No reclama, pero creo que está implícito, el derecho a ser más azul que todos los azulejos y todas las hierbas de araña que han vuelto sus caras al amanecer.

Luego se lanza a cantar el chochín, el mismo que descubrió el agujero en el alero de la cabaña. Y otra media docena de chochines le apoyan, y ahora todo es un griterío. Los pinzones piquigruesos, las trilladoras, las currucas amarillas, los azulejos, los víreos, los pipilos, los cardenales, todos están en lo

mismo. Mi lista solemne de artistas, en su orden y hora de la primera canción, vacila, se equivoca, duda, pues el oído ya es incapaz de dar con el orden. Además, la cafetera ya está vacía y el sol a punto de salir. Tengo que inspeccionar mi propiedad, antes de que expire mi título.

Vamos juntos, mi perro y yo, resueltos y un poco al azar. El perro no ha tenido mucho respeto hacia estas salidas vocales, pues para él la prueba de los arriendos no son las canciones, sino los olores. Según él, cualquier bulto analfabeto con plumas puede hacer ruido desde un árbol. Pero ahora va a traducirme los poemas olfativos escritos en la noche del verano por quién sabe qué criaturas silenciosas. Al final de cada poema está sentado el autor, si somos capaces de encontrarlo. Lo que de hecho encontramos va más allá de lo previsible: un conejo que, de pronto, suspira por estar en alguna otra parte; una becada, revoloteando su protesta; un faisán macho, indignado por haberse mojado las plumas con la hierba.

De vez en cuando, nos tropezamos con un mapache o un visón, que vuelven tarde de sus correrías nocturnas. A veces obligamos a una garza real a abandonar su pesca a medio terminar, o sorprendemos a una pata del bosque con su convoy de patitos, que se dirige a todo vapor hacia su refugio de plantas de lucio. Otras veces vemos a un ciervo que vagabundea hacia la espesura, repleta de brotes de alfalfa, verónica y lechuga silvestre. Más normal es que veamos sólo las líneas oscuras y entretejidas que patas perezosas han trazado en la tela sedosa del rocío.

Ya puedo sentir el sol. El coro de pájaros se ha quedado sin aliento. El lejano sonido metálico de los cencerros de las vacas es indicio de un rebaño que va despacio al prado. Los rugidos de un tractor me avisan de que mi vecino ya está en acción. El mundo se ha encogido hasta las pequeñas dimensiones que conocen los secretarios del condado. Nos volvemos a casa, y a desayunar.

El cumpleaños de la pradera

Cada semana, desde abril a septiembre, hay, en promedio, diez plantas silvestres que florecen por primera vez. En junio, hasta una docena de especies puede echar capullos en un solo día. Nadie sería capaz de prestar atención a todos esos aniversarios; y nadie podría ignorarlos todos. El que camina sobre los dientes de león de mayo, y ni los ve, lo pagará caro con el polen de agosto; a quien ignora la rojiza neblina de los olmos en abril, le puede derrapar el coche en las corolas que caen de las catalpas de junio. Dime qué cumpleaños de plantas conoce un hombre, y te diré mucho sobre su

vocación, sus aficiones, su fiebre del heno y su nivel general de educación ecológica.

* * *

Todos los meses de julio, me fijo con mucha atención en un cementerio rural por el que paso conduciendo al ir y al volver de mi granja. Es el momento de un cumpleaños de la pradera, y en una esquina de ese cementerio vive un superviviente que sigue celebrando ese acontecimiento, en otro tiempo decisivo.

Es un cementerio como otros, rodeado por los habituales abetos y tachonado de las habituales lápidas de granito rosa o mármol blanco, cada una con el habitual ramo de los domingos: geranios rosas o rojos. Lo único que se sale de lo corriente es su forma triangular extraordinario en vez de cuadrangular, y el hecho de que albergue, en el ángulo más agudo de su verja, un minúsculo resto de la pradera nativa sobre la que se estableció el cementerio en los años cuarenta del siglo pasado. Inalcanzable para la guadaña o la segadora, esta reliquia de un metro cuadrado del Wisconsin originario da a luz, cada julio, a un tallo de la planta brújula, o *Silphium laciniatum*[71], tan alta como un hombre, sembrada de brotes amarillos del tamaño de un platito, parecidos a los girasoles. Es el único vestigio que queda de esta planta a lo largo de toda la carretera, y es quizás el único vestigio en la mitad occidental de nuestro condado. Qué aspecto tendría un millar de acres de *Silphium* cuando cosquilleaban las barrigas de los búfalos, es una pregunta que ya nadie podrá responder jamás, y que quizá ni siquiera se haya planteado.

Este año me encontré con la primera floración del *Silphium* el 24 de julio, una semana más tarde de lo normal; durante los últimos seis años, la fecha media fue el 15 de julio.

Cuando pasé otra vez por el cementerio, el 3 de agosto, un equipo de peones de carretera había quitado la verja y cortado el *Silphium*. Ahora es fácil predecir el futuro; durante unos pocos años, mi *Silphium* intentará en vano alzarse por encima de la máquina segadora, y después morirá. Con él morirá la época de la pradera.

El Departamento de Carreteras dice que cada año pasan por esa ruta 100 000 coches durante los tres meses de verano, cuando el *Silphium* está floreciendo. En ellos deben de viajar al menos 100 000 personas que han estudiado lo que se llama historia, y quizá 25 000 que han estudiado lo que se llama botánica. Y sin embargo dudo que ni siquiera una docena haya reparado

en el *Silphium*, y acaso ni uno se entere de su fallecimiento. Si yo fuera a contarle al predicador de la iglesia vecina que los peones camineros, con la excusa de segar las malas hierbas, han estado quemando libros de historia en su cementerio, se quedaría perplejo y no lo entendería. ¿Una mala hierba puede ser un libro?

Esto es sólo un pequeño episodio en el funeral de la flora nativa, que a su vez es un episodio en el funeral de las floras del mundo. El hombre mecanizado, ignorante de las floras, está orgulloso de cómo ha progresado en limpiar el paisaje en el que, de mala gana, ha de vivir sus días. Acaso lo más indicado fuese prohibir de una vez la enseñanza de la botánica verdadera y de la historia verdadera, para que ningún ciudadano futuro sufra escrúpulos pensando en el precio en flora que cuesta su buena vida.



Así, se da por sentado que las granjas de los alrededores son buenas en proporción a la pobreza de sus floras. Yo elegí mi granja por carecer de esa excelencia y por carecer de autopista; toda la vecindad está bañada por agua de rechazo del Río del Progreso. Mi carretera es el camino original de las carretas de los pioneros, y está a salvo de nivelaciones y gravas, excavadoras y apisonadoras. Mis vecinos se quejan al agente del Condado. Los setos se quedan sin podar durante años. Los pantanos no están canalizados ni drenados. Entre dar pesca o ir con los tiempos, son propensos a elegir la pesca. Así, los fines de semana mi nivel de vida floral es la propia de las regiones apartadas, mientras que los días de diario sobrevivo como puedo con la flora de las granjas universitarias, el campus universitario y los barrios periféricos colindantes. Durante una década, como pasatiempo he llevado una relación de la floración de las plantas silvestres en estas dos áreas:

Especies de primera floración	**Campus y barrios periféricos**	**Granja atrasada**
Abril	14	26
Mayo	29	59
Junio	43	70
Julio	25	56
Agosto	9	14
Septiembre	0	1
TOTAL de dieta visual	120	226

Es evidente que el ojo del granjero atrasado está casi dos veces mejor alimentado que el ojo del estudiante universitario o del hombre de negocios.

Pero como ninguno de los dos últimos es capaz de ver la flora, nos enfrentamos a la alternativa ya mencionada: o bien tomar medidas para asegurar la ceguera continuada de la plebe, o bien plantear la cuestión de si no podríamos tener ambas cosas a la vez, progreso y plantas.

La reducción de la flora se debe a una combinación de tres causas: una agricultura «limpia», el pastoreo en los sotos y las buenas carreteras. Cada uno de estos cambios necesarios, requiere, por supuesto, una reducción mayor de la superficie disponible para las plantas silvestres, pero ninguno de los tres requiere la supresión de especies en todas las granjas, municipios y condados, o se beneficia con tal supresión. En cada granja hay lugares fuera de uso, y cada autopista está bordeada, en toda su longitud, por una franja sin utilidad; apartemos de estos lugares a las vacas, el arado, y la segadora, y toda la flora nativa, más docenas de interesantes polizones venidos de lejos, podrían formar parte del entorno habitual de cada ciudadano.

Resulta irónico que el conservador más sobresaliente de la flora de la pradera sepa poco y se preocupe menos de tales frivolidades: es el ferrocarril con sus vías valladas. Muchas de esas vallas se levantaron antes de que se empezase a arar la pradera. Dentro de esas reservas viales, la flora de la pradera, insensible a la carbonilla, el hollín y las quemas de limpieza anuales, sigue salpicando con su calendario de colores, desde la rosa estrella fugaz de mayo, hasta el áster azul de octubre. Me hubiera gustado poder colocar a un duro presidente del ferrocarril ante la prueba física de su buen corazón. No lo he hecho porque no he conocido a ninguno.

El ferrocarril, por supuesto, utiliza lanzallamas y fumigación química para limpiar la vía de malas hierbas, pero el coste de tal limpieza necesaria sigue siendo demasiado alto como para extenderlo mucho más allá de las mismas vías. Puede que estén pensando en nuevas mejoras.

La desaparición de una subespecie humana nos resulta poco dolorosa, a condición de ignorarlo todo sobre ella. Para nosotros un chino muerto es asunto de poca importancia, pues nuestro conocimiento de las cosas chinas se limita a un plato ocasional de *chow mein*. Sólo hacemos duelo por lo que conocemos. La desaparición del *Silphium* del oeste del Condado de Dane no causa sufrimiento alguno, si sólo se lo conoce como un nombre en un libro de botánica.

La primera vez que el *Silphium* se me presentó con toda su personalidad fue cuando intenté sacar uno para trasladarlo a mi granja. Fue como cavar un roble joven. Después de media hora de sudar y pelear, la raíz aún seguía extendiéndose como una enorme batata vertical. Por lo que pude ver, aquella

raíz de *Silphium* atravesaba limpiamente el lecho de roca. No conseguí mi *Silphium*, pero aprendí algo sobre las elaboradas estrategias subterráneas que ingenia para sobrellevar las sequías de la pradera.

Después planté semillas de *Silphium*, que son grandes, carnosas, y saben como las pipas de girasol. Crecieron puntualmente, pero tras cinco años de espera los plantones siguen siendo jóvenes, y aún no han dado un solo tallo floral. Puede que al *Silphium* le cueste una década alcanzar la edad de florecer; ¿cuántos años tenía, entonces, mí planta querida del cementerio? Debe de haber sido más vieja que la más vieja de las tumbas, fechada en 1850. Quizás vio cómo Halcón Negro**[72]** huía retirándose de los lagos de Madison al río Wisconsin; estaba en la ruta de esa famosa marcha. Y, con toda seguridad, vio los sucesivos funerales de los pioneros locales a medida que, uno a uno, se retiraban a reposar bajo el tallo azul.

Vi una vez cómo una potente excavadora, al cavar una zanja en la cuneta, cortaba la raíz «de batata» de un *Silphium*. Pronto la raíz echó nuevas hojas, y acabó creciendo un nuevo tallo floral. Así se explica por qué esa planta, que nunca invade una tierra nueva, todavía puede verse de vez en cuando en las cunetas niveladas recientemente. Una vez arraigada, soporta al parecer cualquier tipo de mutilación, excepto el pastoreo continuado, la siega o el arado.

¿Por qué desaparece el *Silphium* de las zonas de pastoreo? Una vez vi cómo un granjero llevaba sus vacas a un prado virgen, que antes sólo se había utilizado, y esporádicamente, para segar el heno silvestre. Antes de pacer ninguna otra planta, las vacas desmocharon el *Silphium* hasta la raíz. Uno puede imaginarse que antaño el bisonte mostraba la misma preferencia por el *Silphium*, pero no tenía que aguantar vallas que confinasen sus mordiscos a un solo prado durante todo el verano. En resumen, el bisonte pastaba de un modo discontinuo, y, por tanto, tolerable para el *Silphium*.

Una providencia bondadosa les ha negado el sentido histórico a las miles de especies de plantas y animales que se han ido exterminando unos a otros para construir el mundo actual. La misma providencia bondadosa nos lo niega ahora a nosotros. Pocos se condolieron cuando el último bisonte desapareció de Wisconsin, y pocos harán duelo cuando el último *Silphium* le siga, camino de las exuberantes praderas de la tierra del nunca jamás.

AGOSTO

El prado verde

Algunos cuadros se hacen famosos porque, al ser duraderos, los ven sucesivas generaciones, en cada una de las cuales es probable que haya unos pocos ojos que sepan apreciarlos.

Conozco un cuadro tan evanescente que pocos lo suelen ver, excepto algún ciervo errabundo. Es un río quien maneja el pincel, y es el mismo río quien, antes de que pueda llevar a mis amigos para que vean su obra, la borra para siempre de la vista del hombre. Después de eso, sólo existe para mi ojo interior.

Como otros artistas, mi río es temperamental; no se puede predecir cuándo le vienen las ganas de pintar, o cuánto le durarán. Pero en mitad del verano, cuando los grandes escuadrones blancos cruzan el cielo, un día impecable tras otro, merece la pena ir de paseo hasta los bancos de arena, sólo por ver si ha estado pintando.

Su trabajo empieza con una ancha cinta de sedimento, cepillado con finura en la arena de una orilla que retrocede. Mientras se va secando lentamente al sol, los jilgueros se bañan en sus pozas y los ciervos, las garzas reales, los chorlitos llamados matadores de ciervos, los mapaches y las tortugas cubren la cinta con los encajes de sus huellas. En esta fase de la obra, no se puede saber si habrá algo más.

Pero cuando veo que la cinta de sedimento se vuelve verde con el *Eleocharis*, me fijo con mayor atención, pues es la señal de que el río tiene ganas de pintar. Casi en una noche, el *Eleocharis* se convierte en denso césped, tan exuberante y espeso que los ratones de campo de las tierras cercanas no pueden resistir la tentación. Se trasladan *en masse* al prado verde, y se diría que pasan las noches frotándose los lomos en sus profundidades aterciopeladas. Un laberinto de rastros, tendidos con pulcritud, delatan su entusiasmo. El ciervo camina arriba y abajo por el prado, sólo por el placer, en apariencia, de sentirlo bajo los pies. Incluso un topo de los más hogareños ha excavado un túnel que cruza el banco seco hasta la cinta de *Eleocharis*, donde ya puede levantar y encorvar el verdoso césped para alegría de su corazón.

En esta fase, pequeños plantones, demasiado numerosos para contarlos y demasiado jóvenes para identificarlos, brotan a la vida desde la húmeda y cálida arena bajo la cinta verde.

Para ver el cuadro, deja al río sólo tres semanas más de soledad, y luego acércate al banco en una mañana luminosa, justo después que el sol haya fundido la niebla del amanecer. El artista ha extendido los colores y los ha pulverizado con rocío. El césped de *Eleocharis*, más verde que nunca, ahora

está sembrado con lentejuelas de pajaritos del sotobosque azules, plecópteros rosas, y brotes de *Sagitaria* blancos como la leche. Una lobelia, aquí y allá, lanza un arpón rojo al cielo. En el extremo del banco, malezas púrpuras y flores de púlpito de un rosa pálido se alzan contra el muro de sauces. Y si te acercas en silencio y con humildad, como debe hacerse en todo lugar que sólo es hermoso una vez, puedes sorprender a un venado rojo puesto de manos en el jardín de su deleite.

No vuelvas para ver una segunda vez el prado verde, pues ya no hay tal. O bien el descenso de las aguas lo ha secado, o la subida de las aguas ha fregado el banco hasta dejarlo en su austeridad original de limpia arena. Pero puedes colgar el cuadro en tu memoria, y esperar que un próximo verano le entren al río ganas de pintar.

SEPTIEMBRE

El bosquecillo coral

En septiembre, el día amanece con poca ayuda por parte de los pájaros. Puede que un gorrión cante una única canción, sentida a medias, o una becada gorjee al volar *en route* hacia su matorral diurno, o un búho barrado[73] cierre la discusión de la noche con un última llamada vacilante, pero pocos pájaros más tienen algo que decir o cantar.

En alguno de estos amaneceres nublados de otoño, no en todos, se puede oír el coro de la codorniz. De pronto, una docena de voces de contralto rompen el silencio, ya no pueden contener más su oración para que llegue el día. Tras un breve minuto o dos, la música desaparece tan rápida como empezó.

Hay una virtud peculiar en la música de los pájaros esquivos. Los cantores que cantan desde los arbustos más altos son fáciles de ver y fáciles de olvidar; tienen la mediocridad de lo obvio. Lo que uno recuerda es el invisible zorzal ermitaño, cuando deja caer acordes de plata desde las sombras impenetrables; la encumbrada grulla, trompeteando detrás de una nube; los gallitos de la pradera, cuando resuenan tras las nieblas de no se sabe dónde; el Ave María de la codorniz, en el silencio del amanecer. Ningún naturalista ha visto jamás a la coral actuando, pues la nidada de codornices permanece en sus invisibles camas entre la hierba, y cualquier intento de aproximación conduce automáticamente al silencio.

En junio es perfectamente predecible que el petirrojo cantará cuando la intensidad de la luz alcance 0,01 candelas, y el griterío de otros cantantes seguirá una secuencia también predecible. Por el contrario, en otoño el petirrojo está callado, y es bastante impredecible que surja el coro de la nidada de codornices. La desilusión que sufro en estas mañanas silenciosas demuestra que las cosas deseadas tienen más valor que las cosas aseguradas. Por el deseo de oír a la codorniz merece la pena levantarse en plena noche media docena de veces.

Mí granja tiene siempre una o dos nidadas de codornices en otoño, pero el coro de la amanecida suele sonar lejano. Creo que es porque las nidadas prefieren pasar la noche lo más lejos posible del perro, cuyo interés por las codornices es incluso más ardiente que el mío. Sin embargo, un amanecer de octubre, mientras sorbía un café sentado junto a la hoguera, al aire libre, un coro rompió a cantar a un tiro de piedra escaso. Las codornices habían pasado la noche en un bosquecillo de pinos blancos, tal vez para mantenerse secas del abundante rocío.

Nos sentimos muy honrados por este himno de amanecida cantado casi a la puerta de casa. No sé por qué, las azules agujas otoñales de esos pinos me parecen más azules desde entonces, y la alfombra roja de bayas que hay bajo esos pinos me parece más roja aún.

OCTUBRE

El oro humeante

Hay dos tipos de caza: la caza corriente y la caza del gallo lira de collarín.

Hay dos sitios para cazar al gallo: los sitios corrientes y el condado de Adams.

Hay dos épocas para cazar en Adams: las corrientes y las épocas en las que los alerces son oro humeante. Escribo esto para que lo lean esos desafortunados que, con la escopeta vacía y la boca abierta, nunca se pararon a mirar cómo cae el tamiz de las agujas doradas, mientras el cohete con plumas que las golpeó vuela ileso hacia la frondosidad de los pinos jack.

Los alerces cambian del verde al amarillo cuando las primeras heladas ya han traído del norte a las becadas, los gorriones zorrillo[74] y los juncos ojinegros[75]. Bandadas de petirrojos desnudan a los matorrales de cornus de sus últimas bayas blancas, dejando los tallos vacíos como una neblina rosa contra el fondo de la colina. Los alisos junto al río han perdido las hojas,

permitiendo, aquí y allá, echar un vistazo a los acebos. Las zarzas brillan, iluminan tus pasos al ir a por el gallo lira.

El perro sabe mejor que tú lo que es ir a por el gallo. Harás bien en seguirlo de cerca, leyendo en sus orejas aguzadas la historia que cuenta la brisa. Cuando, por fin, se queda clavado en el sitio, y te dice con el rabillo del ojo: «ahora, prepárate», la cuestión es: prepárate, ¿para qué? ¿Una becada que gorjea, o el gruñido de un gallo lira, o es sólo un conejo? En ese momento de incertidumbre se condensa casi todo lo que tiene de bueno la caza del gallo. El que tenga que saber a ciencia cierta para qué debe prepararse, debería largarse a cazar faisanes.

* * *

Las cacerías se distinguen por el aroma, pero las razones de esto son sutiles. Las cacerías más dulces son las robadas. Para robar una cacería, o hay que ir lejos, a una zona virgen donde nunca ha ido nadie, o eres capaz de encontrar un sitio que estaba bajo las narices de todo el mundo y nadie había descubierto.

Pocos cazadores saben que hay gallos lira en el condado de Adams, pues cuando pasan conduciendo, sólo ven un erial de pinos jack y monte bajo de roble. Es porque la autopista cruza una serie de riachuelos que corren hacia el oeste, cada uno de los cuales nace en un pantano, pero desemboca en el río pasando por arenales áridos y secos. Naturalmente, la autopista que va al norte cruza esa zona árida y sin pantanos, pero justo por encima, y detrás de una pantalla de maleza seca, cada riachuelo se derrama en una ancha banda de pantanos, un refugio seguro para los gallos.

Llegado octubre, ahí me siento, en la soledad de mis alerces, y oigo el rugido de los coches de los cazadores que van veloces autopista arriba, hacia los condados del norte, atestados de gente. Me río entre dientes, imagino sus velocímetros danzantes, las caras tensas, los ojos ávidos, pegados al horizonte, hacia el norte. Un gallo lira macho tamborilea su disgusto ante ese ruido de coches que pasan. Mi perro sonríe cuando nos damos cuenta de su posición. Estamos de acuerdo en que ese individuo necesita un poco de ejercicio; vamos a echarle una ojeada.

Los alerces no sólo crecen en el pantano, sino al pie de la meseta que lo bordea, donde los manantiales brotan con fuerza. Cada manantial se ha atascado con musgo y se forman terraplenes empantanados. Yo llamo a esas terrazas jardines colgantes, pues en su empapada suciedad, las gencianas orladas han hecho brotar joyas azules. Merece la pena pararse y echar una

larga ojeada a esas gencianas de octubre, empolvadas con el oro del alerce, aunque el perro te señale que hay gallos más adelante.

Entre cada jardín colgante y el manantial, hay un rastro de ciervo pavimentado con musgo, muy a propósito para que el cazador lo siga, y también para que lo atraviese un gallo que sale de repente, en una décima de segundo. La cuestión es si el pájaro y la escopeta se ponen de acuerdo en cómo hay que dividir un segundo. Si no se ponen de acuerdo, el siguiente ciervo que pase por allí encontrará un par de cartuchos vacíos para olisquear, pero ninguna pluma.

Más arriba del manantial encuentro una granja abandonada. Trato de saber, por la edad de los pinos jack jóvenes que desfilan por un viejo campo, cuánto tiempo hace que el desafortunado granjero se dio cuenta de que esas llanuras arenosas fueron pensadas para la soledad, no para plantar maíz. Los pinos le cuentan cuentos chinos al que es inexperto, pues se visten con varios verticilos de ramas cada año, en vez de uno solo. Encuentro un cronómetro mejor en un plantón de olmo que bloquea la puerta del establo. Sus anillos datan de cuando la sequía de 1930. Desde entonces, nadie ha sacado leche de este establo.

Me pregunto sobre qué cavilaría esta familia cuando la hipoteca finalmente sobrepasó a sus cosechas, y aquello dio la señal para el desahucio. Muchos pensamientos, como los gallos lira que pasan volando, no dejan trazas de su paso, pero otros dejan claves que duran décadas. El hombre que, en algún abril inolvidable, plantó este lilo, debe de haber pensado con gozo en cómo florecerían todos los abriles que habían de venir. La mujer que usó esta misma tabla de lavar, con sus estrías desgastadas y adelgazadas por muchos lunes, debe de haber deseado que se acabasen los lunes lo antes posible.

Rumiando esas cuestiones, me doy cuenta de que el perro está junto al manantial, parado ya, inmóvil y paciente durante todos esos minutos. Subo y me disculpo por mi falta de atención. Arriba gorjea una becada, como un murciélago, con su pecho asalmonado empapado por el sol de octubre. Y sigue la caza.

En un día así, es difícil fijar el pensamiento en el gallo lira, pues hay muchas distracciones. Me cruzo con un rastro de gamo en la arena, y sigo adelante con curiosidad ociosa. El rastro va derecho desde un arbusto de té de Jersey a otro, con ramitas mordisqueadas que muestran el porqué.

Eso me recuerda mi propio almuerzo, pero antes de sacarlo del zurrón, veo a un gavilán haciendo círculos, muy alto en el cielo, como si necesitase que lo identificaran. Espero hasta que se ladea y muestra su cola roja.

Vuelvo al almuerzo otra vez, pero mi ojo se fija en un álamo pelado. Aquí se ha rascado su comezón aterciopelada un gamo. ¿Hace cuánto? La madera pelada ya está marrón; infiero que los cuernos ya deben estar bien formados.

Y otra vez al almuerzo, pero me interrumpe un excitado ladrido del perro, y un crujido de arbustos en el pantano. De pronto, salta un gamo, con la bandera en alto, los cuernos brillando, el pelaje de un azul lustroso. Sí, el álamo dijo la verdad.

Esta vez saco el almuerzo por fin y me siento a comer. Me observa un paro carbonero, que se pone muy confidencial en el asunto de *su propio* almuerzo. No dice lo que comió, quizás unos pesados huevos de hormiga frescos, quizás otro equivalente alado del gallo lira asado y frío.

Acabado el almuerzo, me fijo en una falange de jóvenes alerces, con sus lanzas doradas alzadas al cielo. Debajo de cada uno, las agujas de ayer caen a tierra y forman una alfombra de oro humeante; en la punta de cada aguja, la yema de mañana, preformada, serena, aguarda otra primavera.

Demasiado temprano

Levantarse demasiado temprano es un vicio habitual en los búhos cornudos[76], estrellas, gansos y trenes de mercancías. Algunos cazadores se contagian de los gansos, y algunas cafeteras, de los cazadores. Es extraño que, de toda la cantidad de criaturas que tienen que levantarse a una hora determinada de la mañana, sólo estas pocas hayan descubierto cuál es la hora más agradable y menos útil para hacerlo.

Orion debe de haber sido el primer mentor de esta sociedad de los tempraneros, porque es él quien da la señal para levantarse demasiado temprano. Es cuando Orion ha traspasado el oeste del cénit, justo la distancia a la que uno podría dispararle a una cerceta.

Los madrugadores se encuentran a gusto entre ellos, quizá porque, a diferencia de los que duermen hasta bien entrada la mañana, son muy dados a describir sus hazañas. Orión, el más viajado de todos, no dice nada de nada. La cafetera, desde el primer y suave gorgoteo, proclama las calidades de lo que hierve en su interior. El búho, con su comentario trisilábico, resta importancia a sus crímenes nocturnos. El ganso, en la raya de arena, se levanta un momento para poner orden en un inaudible debate gansil, y no deja dudas de que habla con toda la autoridad de las colinas lejanas y del mar.

El tren de mercancías, lo admito, no es nada reticente sobre su propia importancia, pero incluso él tiene un tipo especial de modestia: sólo tiene ojos

para sus propios y ruidosos asuntos, y nunca se mete rugiendo en campo ajeno. Me da mucha seguridad esa firmeza de los trenes de mercancías.



Llegar demasiado temprano a los pantanos es toda una aventura, sólo con ponerse a escuchar; el oído vaga a su voluntad entre los ruidos de la noche, sin que intervengan ni estorben la mano y el ojo. Cuando oyes a un pato real que está ruidosamente entusiasmado con su sopa, tienes toda la libertad para imaginarte a una veintena engullendo entre las lentejas de agua. Cuando chilla un ánade, puede deducir todo un escuadrón sin miedo a que haya contradicción visual. Y cuando una bandada de picoazules va cantando hacia el estanque y rasga la oscura seda del cielo en un largo y desgarrador picado, contienes la respiración ante tal sonido, pero no puedes ver nada más que las estrellas. Este mismo espectáculo, a la luz del día, habría que, primero, haberlo visto, segundo, disparado y, después de fallar, buscarse rápidamente una coartada. Y la luz del día tampoco añadiría nada al cuadro que tu ojo mental se hace de unas alas temblorosas que rasgan con primor el firmamento en dos mitades.

La hora de escuchar termina cuando las aves se van con las alas en sordina hacia aguas más extensas y seguras, cada bandada una mancha borrosa contra el oriente grisáceo.

Como muchos otros tratados de paz, el pacto de antes de amanecer dura sólo mientras la oscuridad humilla a la arrogancia. Es como si el sol fuera el responsable de que la discreción se retirase del mundo cada día. De cualquier modo, cuando la niebla blanquea las tierras bajas, no hay gallo que no esté ya fanfarroneando a placer, ni tresnal de maíz que no pretenda ser dos veces más alto que cualquier maíz adulto que nunca haya crecido sobre la tierra. Con la salida del sol, toda ardilla anda exagerando algún imaginario desaire a su persona, y todo arrendajo predicando, con falsa emoción, supuestos peligros para la sociedad, descubiertos por él en ese preciso momento. A lo lejos, unos cuervos están riñendo a un hipotético búho, sólo para decirle al mundo lo vigilantes que son, y un faisán macho, cavilando quizá sobre sus flirteos de antaño, golpea el aire con las alas y le dice al mundo, con una advertencia estridente, que este pantano y todas las hembras que hay en él son suyas.

No se limitan sólo a los pájaros y a las bestias todos estos delirios de grandeza. A la hora del desayuno, llegan los graznidos, bocinazos, gritos y silbidos de la granja que se despierta, y por la tarde, el zumbido de una radio a

la que no atiende nadie. Después, todo el mundo se va a la cama, para reaprender las lecciones de la noche.

Linternas rojas

Una manera de cazar perdices es hacerse un plan del terreno donde se va a cazar, basado en la lógica y las probabilidades. Esto te llevará al lugar donde deberían encontrase las aves.

Otra manera es pasearse, sin propósito fijo, de una linterna roja a otra. Probablemente, esto te llevará adonde están los pájaros de hecho. Las linternas son hojas de zarzamora, rojas con el sol de octubre.

Las linternas rojas han iluminado mi camino en muchas agradables cacerías y en muchas regiones, pero creo que las zarzamoras aprendieron por primera vez a brillar en los condados arenosos del centro de Wisconsin. Todo a lo largo de las pequeñas corrientes pantanosas de esos páramos hospitalarios, que llaman pobres aquellos cuyas propias luces apenas parpadean, las zarzamoras se encienden con un rojo fuerte todos los días que luce el sol, desde la primera helada al último día de la estación. Las becadas y las perdices tienen su solarium privado debajo de esas zarzas. La mayoría de los cazadores, como ignoran esto, se agotan en el monte bajo sin zarzas, y vuelven a casa sin un solo pájaro, dejándonos en paz a los demás.

Al decir «los demás», quiero decir las aves, el arroyo, el perro y yo mismo. El arroyo es un vago; se contonea entre los alisos como si quisiera quedarse aquí, en vez de llegar hasta el río. Yo también quisiera hacer lo mismo. Cada uno de sus rizos y dudas significa que aquí hay mucha más ribera, donde las zarzas de la ladera lindan con la humedad de los helechos helados y con las flores impacientes del fondo pantanoso. No hay perdiz que pueda alejarse por mucho tiempo de un sitio semejante, ni yo tampoco. Así que la caza de la perdiz viene a ser un paseo al lado del riachuelo, cara al viento, de un zarzal a otro.

Cuando el perro se acerca a las zarzas, mira alrededor para asegurarse de que estoy a tiro de escopeta. Tranquilizado, avanza con sigilosa precaución, y su húmeda nariz investiga cien olores hasta encontrar ese preciso olor, la presencia potencial de lo que da vida y sentido a todo el paisaje. Es un minero del aire, buscando siempre el estrato del oro olfativo. El olor de la perdiz es el patrón oro que relaciona su mundo con el mío.

A propósito, mi perro piensa que yo tengo mucho que aprender sobre las perdices y, como soy un naturalista profesional, estoy de acuerdo. Con la calma y paciencia de un profesor de lógica, insiste en enseñarme a sacar

conclusiones de una nariz con estudios. Me encanta verle sacar una conclusión, en forma de una parada, a partir de datos que para él son obvios, pero especulativos para mi ojo si no tiene más ayuda. Quizá mantiene la esperanza de que su torpe alumno aprenda algún día a oler.

Igual que otros alumnos torpes, sé cuándo tiene razón el profesor, aunque no sepa por qué. Reviso la escopeta, sigo caminando. Como cualquier buen profesor, él nunca se ríe cuando fallo, lo cual sucede a menudo. Sólo me echa una mirada y avanza corriente arriba, en busca de otro gallo lira.

Al seguir una de estas orillas, uno camina a horcajadas sobre dos paisajes, la ladera desde la que cazas tú, y la parte de abajo, donde caza el perro. Hay un encanto especial en ir pisando suaves y secas alfombras de licopodio, para hacer que los pájaros salgan de la ciénaga, y la prueba definitiva para un perro perdiguero es que tenga la buena voluntad de hacer el trabajo mojado, mientras tú le sigues en paralelo por la orilla seca.

Se plantea un problema especial cuando el cinturón de alisos se ensancha, y el perro desaparece de tu vista. Inmediatamente, hay que correr hasta un montículo, quedarse allí clavado, ojo y oreja en seguimiento del perro. Un repentino revoloteo de currucas, aquí y allá, puede revelar su paradero. O le oyes romper una ramita, salpicar en un charco, chapuzar en el riachuelo. Pero cuando cesan todos los sonidos, prepárate para la acción inmediata, pues probablemente él ya esté parado. Escucha los premonitorios cloqueos que da una perdiz asustada, justo antes de levantarse. Persigue a ese pájaro que va como un rayo, o tal vez sean dos, yo he visto hasta seis, cloqueando y levantándose uno a uno, y levantar vuelo y navegar por el cielo hacia su destino en las tierras altas. Es pura cuestión de suerte el que uno de ellos se ponga a tiro de escopeta, y puedes calcular la suerte, si tienes tiempo: 360 grados divididos por 30, o cualquier segmento del círculo que cubre tu escopeta. Vuelve a dividir por tres o por cuatro, que es el riesgo de que falles, y tendrás la medida de probabilidades de poder colgarte plumas en la cazadora.

La segunda prueba para un buen perro perdiguero es si hace caso de las órdenes después de un episodio así. Siéntate y discute la situación con él mientras jadea. Después, busca la siguiente linterna roja y sigue cazando.

La brisa de octubre le trae a mí perro muchos olores, además del de los gallos lira, y cada uno de ellos está ligado a un episodio particular. Cuando se para con una cierta expresión humorística en las orejas, sé que ha descubierto un conejo encamado. Cierta vez, una parada suya, solemne como un funeral, no dio pájaros, pero el perro seguía allí clavado; entre un manojo de juncos,

debajo de su misma nariz, había un gordo mapache, tomando su ración de sol de octubre. Al menos una vez en cada cacería, el perro acorrala a una mofeta, casi siempre en un matojo de zarzamoras más espeso de lo normal. En cierta ocasión, el perro se paró en medio de la corriente: un batir de alas río arriba, seguido de tres gritos musicales, me informó de que había interrumpido la cena de un pato salvaje. Suele encontrar agachadizas entre los alisos muy pastoreados, y hasta es capaz de levantar a un ciervo que esté encamado durante el día en la ribera alta del riachuelo, la que está flanqueada por una ciénaga de alisos. ¿Tiene el ciervo una debilidad poética por las aguas cantarinas, o una predilección, muy práctica, por camas a las que nadie puede acercarse sin hacer ruido? Cualquiera de las dos cosas, a juzgar por el chasquido indignado de su gran bandera blanca, o quizá ambas.

Puede pasar de todo entre dos linternas rojas.



Con la puesta de sol del último día de la temporada de caza de los gallos lira, todas las zarzamoras, una a una, apagan sus luces. No entiendo cómo un simple arbusto puede estar tan infaliblemente informado de las leyes de Wisconsin, y nunca he vuelto al día siguiente para averiguarlo. Durante los otros once meses, las linternas brillan sólo en el recuerdo. A veces pienso que esos meses fueron establecidos, sobre todo, como un adecuado interludio entre los distintos octubres, y tengo la sospecha de que los perros, y quizá hasta los gallos lira, comparten la misma opinión.

NOVIEMBRE

Si yo fuera el viento

El viento que toca su música en los maizales de noviembre tiene prisa. Los tallos tararean, las sueltas mazorcas barren el aire esbozando remolinos juguetones, y el viento se apresura.

En el pantano se levantan largas ondas de viento y cruzan los cenagales cubiertos de hierba, baten los sauces lejanos. Un árbol intenta protestar, ondulando sus miembros desnudos, pero no hay manera de parar al viento.

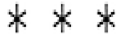
En el banco de arena, sólo están el viento y el río que fluye hacia el mar. Cada manojo de hierba dibuja círculos en la arena. Voy paseando por el arenal hasta un tronco depositado por las aguas, me siento sobre él y escucho

el rugido universal, y también el campanilleo de las olitas en la orilla. El río está como muerto, ni un pato, ni una garza real, ni un halcón de los pantanos, ni una gaviota, todos se han refugiado del viento.



Por entre las nubes oigo un débil ladrido, como de un perro lejano. Es extraño cómo el mundo aguza los oídos ante este sonido, maravillado. Pronto se hace más fuerte: es el graznido de los gansos, invisible, pero acercándose.

La bandada sale de entre las nubes bajas, un estandarte hecho jirones de pájaros que se inclinan y se alzan, arriba, abajo, se juntan, se separan, pero siguen adelante, mientras el viento lucha amorosamente con cada ala aventada. Cuando la bandada ya es sólo un borrón en el cielo, oigo un último graznido, dando el toque de despedida al verano.



Ahora tengo calor, protegido por el tronco, pues el viento se ha ido con los gansos. Lo mismo haría yo, si fuera el viento.

Con el hacha en la mano

El señor nos lo dio, y el Señor nos lo quitó, pero Él ya no es el único en hacer eso. Cuando algún remoto antepasado nuestro inventó la pala, se convirtió en alguien que da: podía plantar un árbol. Y cuando inventó el hacha, se convirtió en alguien que quita: podía talarlo. Así, todo el que tenga una tierra ha asumido, lo quiera o no, las funciones divinas de crear y destruir plantas.

Desde entonces otros antepasados, menos lejanos, han inventado otras herramientas, pero cada una de ellas, examinada de cerca, demuestra ser, o una reelaboración del par original de útiles, o un accesorio para el mismo. Nos clasificamos en diferentes vocaciones, cada una de las cuales maneja una herramienta particular, o la vende, repara, afila, o da consejo sobre cómo hacerlo; mediante esa división del trabajo, declinamos toda responsabilidad en el mal uso de cualquier herramienta, salvo la nuestra. Pero hay una vocación —la filosofía— por la que se sabe que todos los hombres, en pensamiento y deseo, manejan de hecho todas las herramientas. La filosofía sabe también que los hombres deciden, por su modo de pensar y de desear, si merece o no la pena manejar alguna herramienta en absoluto.



Por muchas razones, noviembre es el mes del hacha. Hace el suficiente calor como para coger un hacha sin quedarse congelado, pero hace el frío suficiente como para talar un árbol a gusto. Los árboles de hoja caduca están desnudos, así que se puede ver cómo se entrelazan las ramas, y cuánto crecieron el último verano. Sin tener esa visión clara de las copas, no se puede estar seguro de qué árbol haya de ser talado por el bien de la tierra, si es que hay alguno en tal circunstancia.

He leído muchas definiciones de lo que es un conservacionista, y he escrito unas cuantas yo mismo, pero sospecho que la mejor se escribe con el hacha y no con la pluma. Se trata de lo que piensa un hombre mientras tala, o mientras decide qué talar. Conservacionista: alguien que, humildemente, es consciente de que con cada hachazo está escribiendo su firma sobre la cara de su tierra. Por supuesto, las firmas son diferentes si están escritas con un hacha o con una pluma, y así es como debe ser.

Me resulta desconcertante analizar, *ex post facto*, las causas que hay detrás de mis propias decisiones cuando tengo el hacha en la mano. Lo primero de todo, no me parece que todos los árboles hayan sido creados libres e iguales[77]. Si un pino blanco y un abedul rojo viven hacinados, tengo hecha, *a priori*, mi elección; siempre corto el abedul para favorecer al pino. ¿Por qué?

Bueno, lo primero de todo, el pino lo planté yo, con mi pala, mientras que el abedul se coló por debajo de la cerca y se plantó a sí mismo. Así que mi predilección viene a ser paternal hasta cierto punto; pero la historia no puede acabar aquí, pues si el pino fuese un plantón natural, como el abedul, yo incluso lo valoraría más. Así que tengo que cavar más hondo para encontrar la lógica de mi elección, si es que la hay.

El abedul es un árbol que abunda en mi municipio y cada vez más, mientras que el pino resulta escaso y cada vez más escaso; quizá tengo predilección por los desvalidos. Pero ¿qué hubiera hecho, si mi granja estuviese más al norte, donde abunda el pino y el abedul rojo es escaso? Confieso que no lo sé. Mi granja está aquí.

El pino vivirá un siglo, el abedul la mitad; ¿temo que se borre mi firma? Mis vecinos no han plantado pinos, pero todos tienen muchos abedules; ¿soy un esnob, que quiere presumir de su distinguido soto? El pino permanece verde todo el invierno, el abedul pone el reloj en octubre; ¿le concedo mis favores al árbol que, como yo mismo, desafía al viento invernal? El pino dará cobijo a un gallo lira, pero el abedul lo alimentará; ¿considero la cama más importante que el desayuno? El pino valdrá finalmente a diez dólares el

millar; el abedul, a dos dólares; ¿tengo puesto el ojo en el banco? Parece que todas estas razones para explicar mi predilección tienen su peso, pero ninguna demasiado.

Así que lo vuelvo a intentar, y ahora quizás doy con algo; debajo de este pino acabará creciendo un moral silvestre, una monotropa uniflora, una *pyrola* o cualquier otra flor gemela, mientras que bajo el abedul lo mejor que se puede esperar es una mata de genciana. En este pino acabará por cincelar su nido un carpintero americano; en el abedul nos tendremos que conformar con un carpintero peludín. En este pino el viento me cantará en abril, cuando en el abedul sólo suene el traqueteo de las ramitas desnudas. Estas posibles razones de mi predilección tienen su peso, pero ¿por qué? ¿Es que el pino me estimula la imaginación y la esperanza de un modo más profundo que el abedul? Si es así, ¿dónde está la diferencia, en los árboles o en mí mismo?

La única conclusión a la que he llegado es que quiero a todos los árboles, pero estoy enamorado de los pinos.

Como ya dije, noviembre es el mes del hacha y, lo mismo que en otros asuntos amorosos, la puesta en práctica de las predilecciones requiere destreza. Si el abedul está al sur del pino y es más alto, le dará sombra en la guía por primavera, y, así desanimará al gorgojo del pino a poner sus huevos allí. La competencia del abedul es un mal menor comparada con la de este gorgojo, cuya progenie acaba con la guía del pino y deforma el árbol. Es interesante pensar en cómo la afición que tiene este insecto por sentarse al sol no sólo determina su propia continuidad como especie, sino la figura futura de mi pino, y mi propio éxito manejando el hacha y la pala.

Además, si quito la sombra del abedul y viene un verano seco, el suelo más caliente puede contrarrestar la menor competencia por el agua, y entonces al pino no le habría favorecido mi predilección.

Por último, si las ramas del abedul raspan los brotes del pino cuando hay viento, es seguro que el pino se deformará, y entonces será necesario, o bien talar el abedul sin más consideraciones, o bien podarle las ramas todos los inviernos a una altura mayor que el previsible crecimiento estival del pino.

Estos son los pros y los contras que debe calcular quien maneja un hacha; tiene que comparar y decidir con calma, asegurándose de que su elección, en conjunto, vendrá a ser algo más que buenas intenciones.

Quien maneja un hacha tiene tantos sesgos y predilecciones como especies de árboles hay en su granja. Con el paso de los años, atribuye a cada especie una serie de rasgos que acaban constituyendo un carácter, según sus propias reacciones a la belleza o utilidad de los árboles, y las respuestas de

tales especies a sus trabajos en favor o en contra de ellas. Me sorprendo al ver los caracteres diversos que distintas personas atribuyen a un solo y único árbol.

Así, para mí el álamo temblón tiene buena reputación, pues glorifica octubre y alimenta a mi gallo lira en invierno; en cambio, para algunos vecinos míos es sólo una mala hierba, tal vez porque brotó con tanto vigor en el trozo de parcela que sus abuelos trataban de limpiar. (No puedo ignorar esto, pues a mí tampoco me gustan los olmos que rebrotan para amenaza de mis pinos).

Del mismo modo, el alerce es mi favorito después del pino blanco, quizás porque está casi extinguido en mi municipio (la predilección por los desvalidos), o porque salpica de oro el octubre de los gallos lira (predilección por la pólvora), o por malear el suelo y así hacer que crezca la más bonita de nuestras orquídeas, la llamativa zapatilla de dama. Por otra parte, los ingenieros forestales han excomulgado al alerce porque crece demasiado lento para pagar interés compuesto. Para resolver esta cuestión, mencionan también el hecho de que sucumbe esporádicamente a las epizootias de mosca serradora, pero eso significa un plazo de cincuenta años para mis alerces, así que la preocupación se la dejaré a mi nieto. Mientras tanto, los alerces están creciendo tan lozanos que mi espíritu se alza con ellos al cielo.

A mí un anciano chopo Marshall[78] me parece el más grande de los árboles, porque en su juventud dio sombra al bisonte y se adornó con una aureola de palomas; y me gusta un chopo joven porque algún día puede llegar a anciano. Pero la mujer del granjero (y con ella el granjero) desprecia a todos estos chopos porque el árbol hembra, en junio, atasca las persianas con su algodón. El dogma moderno es comodidad a cualquier precio.

Me doy cuenta de que tengo más sesgos y predilecciones que mis vecinos, porque muchas de mis preferencias individuales ellos las engloban en una sola y denigrante categoría: maleza. Así, me gusta el *wahoo*[79], en parte porque los ciervos, conejos y ratones tienen avidez por sus ramitas cuadradas y por su corteza verde, y en parte porque sus bayas, del color de la cereza, brillan tan cálidas contra la nieve de noviembre. Me gusta el *cornus* rojo[80], porque da de comer a los petirrojos de octubre, y el fresno espinoso, porque mi chocha perdiz toma sus diarios baños de sol al abrigo de sus espinas. Me gusta el avellano, porque su púrpura de octubre me alimenta el ojo, y porque sus amentos de noviembre dan de comer a mi ciervo y a mi gallo lira. Me gusta la batata trepadora porque le gustaba a mi padre, y porque el ciervo, el primero de julio de cada año, empieza de pronto a comerse las hojas nuevas, y

yo he aprendido a predecir este acontecimiento ante mis huéspedes. No me puede disgustar una planta que me permite a mí, un simple profesor, renacer todos los años como vidente y profeta genuino.

Está claro que nuestras predilecciones por las plantas son, en parte, tradicionales. Si a tu abuelo le gustaban las nueces, a ti te gustará el nogal, porque te lo contó tu padre. Y, si por el contrario, tu abuelo quemó un leño que tenía una parra trepadora venenosa y, con imprudencia temeraria, se expuso al humo, a ti no te gustará esa especie, sin importarte con qué glorias carmesíes te caliente el ojo cada otoño.

Es también evidente que nuestras predilecciones por las plantas reflejan tanto vocaciones como ocupaciones, con un delicado equilibrio de prioridades, como sucede entre la industria y la ociosidad. Al granjero que preferiría estar cazando gallos lira a ordeñar vacas, no le disgustará el espino, aunque invada sus pastos. Al cazador de mapaches no le disgustará el tilo, y conozco cazadores de codornices que no le tienen rencor a las ambrosías, a pesar de su ataque anual de fiebre del heno. Nuestras predilecciones son, en verdad, un sensible indicador de nuestros afectos, gustos, fidelidades, generosidades, y también de nuestras maneras de pasar el fin de semana.

Sea como sea, estoy contento de pasar el mío, en noviembre, con el hacha en la mano.

Una poderosa fortaleza

Toda granja con árboles, además de proporcionar madera, combustible y puestos de trabajo, debería dar a su propietario una educación liberal. Esta cosecha de sabiduría no falla nunca, pero no siempre se recoge. Hago constar aquí alguna de las muchas lecciones que he aprendido en mis propias arboledas.



Inmediatamente después de comprar el bosque, hace una década, me di cuenta de que había comprado casi tantas enfermedades de árboles como árboles tenía. Todo el conjunto está plagado de todas las enfermedades que puede heredar la madera. Empecé a desear que Noé, cuando construyó el Arca, hubiese dejado fuera todas las enfermedades de los árboles. Pero pronto quedó claro que estas mismas enfermedades hacían que mi bosque fuera una poderosa fortaleza, sin igual en todo el condado.

Mi bosque es el cuartel general de una familia de mapaches; pocos de mis vecinos tienen ninguno. Un domingo de noviembre, después de una nevada reciente, supe por qué. La huella fresca de un cazador de mapaches y de su perro conducía hasta un arce medio arrancado, bajo el cual se había refugiado uno de mis mapaches. La maraña helada de raíces y tierra era demasiado rocosa como para cortarla, y demasiado dura como para cavar en ella; los agujeros de debajo de las raíces eran demasiado numerosos como para ahumarlos. El cazador se había largado sin mapaches, y la causa estaba en el hongo que había debilitado las raíces del arce. El árbol, medio tumbado por una tormenta, les proporciona a los mapaches una inexpugnable fortaleza. Sin este refugio «a prueba de bombas», los cazadores acabarían con mi estirpe de mapaches cada año.

Mi bosque alberga a una docena de gallos lira de collarín, pero durante los períodos de mucha nieve mis gallos se trasladan al bosque del vecino, donde están mejor protegidos. Sin embargo, siempre se quedan algunos, tantos como robles derribados por el viento en las tormentas de verano. Estas víctimas del verano conservan sus hojas secas y durante las nevadas, cada roble caído alberga a un gallo. Los excrementos muestran que, mientras dura la tormenta, los gallos pasan la noche, se alimentan y gandulean dentro de los estrechos confines de su camuflaje frondoso, a salvo del viento, del búho, del zorro y del cazador. Las hojas curadas del roble les sirven de abrigo, pero también, por alguna curiosa razón, de sabroso alimento.

Estos robles derribados por el viento son, por supuesto, árboles enfermos. Sin la enfermedad, pocos robles se vendrían abajo, y entonces pocos gallos tendrían copas caídas donde esconderse.

Los robles enfermos también les proporcionan a los gallos lira otra comida en apariencia deliciosa: las agallas de roble. Una agalla es un crecimiento enfermizo de ramitas nuevas a las que picó cierta avispa del género *cynipidae*, cuando estaban tiernas y suculentas. En octubre, los gallos suelen estar repletos de agallas de roble.

Todos los años, las abejas silvestres rellenan uno de mis robles huecos con panales; todos los años cazadores de miel furtivos recolectan la miel antes que yo. En parte, porque son más mañosos que yo en «alinear» a los árboles que tienen abejas, y en parte porque usan redes y así son capaces de trabajar antes de que las abejas caigan en su sueño otoñal. Sí no se pudriese el corazón de la madera, no habría robles huecos que proporcionasen a las abejas colmenas de roble.

Durante los años altos de su ciclo, hay un plaga de conejos en mí bosque. Se comen la corteza y las ramitas de casi todas las clases de árboles o arbustos que yo intento sacar adelante, e ignoran casi todas de las que me gustaría tener menos. (Cuando un cazador de conejos planta con sus manos una arboleda de pinos o un huerto, el conejo deja de parecerle un animal de caza y se convierte en una plaga).

El conejo, a pesar de su apetito omnívoro, es un epicúreo en ciertos aspectos. Siempre prefiere un pino, arce, manzano o *wahoo* plantado a mano, antes que uno silvestre. Insiste también en que ciertas ensaladas estén bien preparadas antes de que él se digne a comérselas. Rechaza el *cornus* rojo hasta que le ataca el escarabajo coccinélido, tras lo cual la corteza es un manjar que devoran con avidez todos los conejos de los alrededores.

Una bandada de una docena de paros carboneros pasa el año en mi bosque. En invierno, cuando recogemos los árboles enfermos o muertos para combustible, el tañido del hacha es la campana de la cena para la tribu de paros carboneros. Se posan en los alrededores, a la espera de que caiga el árbol, haciendo comentarios impertinentes sobre la lentitud de nuestro trabajo. Cuando por fin cae el árbol y las cuñas empiezan a ofrecer su contenido, los paros carboneros despliegan sus blancas servilletas y descienden. Cada porción de corteza muerta es para ellos un tesoro de huevos, larvas y capullos. El corazón de la madera, si está perforado por túneles de hormigas, refulge con leche y miel. A menudo dejamos apoyada sobre un árbol próximo una madera recién cortada, sólo por ver cómo los ávidos pollitos la limpian de huevos de hormiga. Da más sentido a nuestro trabajo el saber que ellos, como nosotros, sacan bienestar y ayuda de las fragantes riquezas de un roble recién partido.

Si no fuera por las enfermedades y las plagas de insectos, no habría comida en esos árboles, ni tampoco paros carboneros que den alegría a mi bosque durante el invierno.

Muchas otras clases de vida silvestre dependen de las enfermedades de mis árboles. Los pájaros carpinteros cincelan los pinos vivos, para extraer del corazón de la madera enferma gordos gusanos. Los búhos barrados se libran de los cuervos y los arrendajos en el corazón hueco de un viejo tilo; de no ser por este árbol enfermo, no se escucharía su serenata del anochecer. Los patos salvajes anidan en árboles huecos; cada junio le dan a mi estanque una camada de suaves patitos. Para sus madrigueras permanentes, todas las ardillas dependen de un delicado equilibrio entre una cavidad podrida y la venda con la que el árbol trata de cerrar la herida. Las ardillas arbitran esa

pugna royendo la venda cuando la amplitud de su puerta de entrada empieza a mermar más de lo debido.

La verdadera joya de mi bosque plagado de enfermedades es el vireoncillo cantor. Anida en el antiguo hueco de un pájaro carpintero, o en cualquier otra pequeña cavidad, en el nudo de un tocón muerto que sobresalga del agua. El resplandor de su plumaje dorado y azul en medio del húmedo decaimiento del bosque en junio es en sí mismo una prueba de que los árboles muertos se trasmutan en animales vivos y viceversa. Si dudas de la sabiduría de este compromiso, échale una ojeada al vireoncillo cantor.

DICIEMBRE

El territorio familiar

Los seres salvajes que viven en mi granja están poco dispuestos a decirme con palabras qué extensión del municipio recorren en sus rondas diurnas y nocturnas. Tengo curiosidad por saberlo, pues eso me daría la relación entre el tamaño de su universo y el del mío, lo cual lleva a una pregunta mucho más importante: ¿quién conoce mejor y más a fondo el mundo en el que vive?

Como pasa con la gente, los animales suelen revelar con sus actos lo que les cuesta decir con palabras. Es difícil prever cómo y cuándo saldrá a la luz una de esas revelaciones.

* * *

El perro, que no se da mucha maña con el hacha, es libre de ponerse a cazar mientras los demás estamos cortando leña. Un repentino *yip-yip-yip* nos avisa que un conejo, al que ha levantado de su cama en la hierba, tiene prisa por llegar a otro lugar. Corre en línea recta hacia un montón de leña, a media milla de distancia, y allí se agazapa entre dos rimeros encordelados, habiéndole sacado a su perseguidor la segura ventaja de un tiro de escopeta. El perro deja unas pocas dentelladas simbólicas en el duro roble, desiste y sigue buscando alguna liebre de cola blanca menos lista que el conejo, y nosotros seguimos cortando leña.

Este pequeño episodio me enseña que ese conejo está familiarizado con todo el terreno entre su cama en el prado y su búnker bajo el montón de leña. ¿Cómo se explica si no que corriese en línea recta? El territorio familiar del conejo tiene, como poco, la extensión de un cuarto de milla.

A los paros carboneros que visitan nuestros comederos los atrapamos y anillamos todos los inviernos. Algunos de mis vecinos también los alimentan, pero no los anillan. Al fijarnos en cuáles son los sitios más alejados de nuestro comedero donde se han visto paros carboneros anillados, hemos sabido que el territorio familiar de nuestra bandada es de media milla en invierno, mas incluye sólo las zonas protegidas del viento.

En verano, cuando la bandada se ha dispersado para anidar, se ven pájaros anillados a distancias mayores, a menudo emparejados con pájaros sin anillar. En esa estación a los paros carboneros les trae sin cuidado el viento, pues se les suele encontrar en lugares abiertos, barridos por el viento.

Los rastros frescos de tres ciervos, muy nítidos en la nieve que cayó ayer, pasan por nuestro bosque. Remonto los rastros y encuentro un conjunto de tres camas sin nieve en la maleza de sauces del banco de arena.

Luego sigo los rastros; conducen al maizal de mi vecino, donde los ciervos han desenterrado de la nieve el maíz sin recoger, y han desmantelado con las pezuñas uno de los tresnales. Los rastros vuelven, por otra ruta, al banco de arena. *En route*, los ciervos han pisoteado unos manojos de hierba, acariciando con el hocico los verdes y suaves brotes de su interior, y también han bebido en un manantial. Ya está completo mi cuadro de la rutina nocturna. En conjunto, la distancia de la cama al desayuno es de una milla.

Nuestro bosque siempre da cobijo a los gallos lira, pero un día del invierno pasado, después de una nevada abundante y blanda, no pude encontrar ni los gallos ni sus huellas. Casi había llegado a la conclusión de que mis pájaros se habían mudado, cuando el perro se paró ante la copa frondosa de un roble que derribó el viento el verano anterior. De allí salieron tres gallos, uno por uno.

No había rastros ni debajo ni cerca de la copa derribada. Obviamente, esos pájaros habían llegado volando, pero ¿desde dónde? Los gallos tienen que comer, sobre todo con una temperatura de cero grados, así que examiné los excrementos buscando una pista. Entre varios restos irreconocibles, encontré capullos y también las pieles ásperas y amarillas de bayas congeladas de dulzamaras.

Por el verano había visto un matorral de arces tiernos en el que crecían muchas bayas de dulzamaras. Volví allí y, buscando, encontré rastros de gallos lira en un tronco. Los pájaros no habían hollado la nieve blanda; habían ido caminando por los leños y picando las bayas que sobresalían aquí y allí y podían alcanzar. Estábamos a un cuarto de milla al Este del roble derribado.

Esa tarde, al atardecer, vi a un gallo comiendo yemas en un matorral de chopos, un cuarto de milla al Oeste. No había rastros. Esto completó la historia. Esos pájaros, mientras estaba la nieve blanda, recorrían su territorio familiar volando, no a pie. Y el territorio era de media milla a lo ancho.



La ciencia no sabe mucho sobre la territorialidad: cuán grande en las distintas estaciones, qué comidas y guaridas tiene que incluir forzosamente, cuándo y cómo se defiende de las intrusiones, y si el propietario es un individuo, una familia o un grupo. Éstas son las cuestiones básicas de la economía animal, o ecología. Cada granja es un libro de texto de ecología animal; el mundo del leñador es la traducción del libro.

Pinos sobre la nieve

La creación suele estar reservada a los dioses y a los poetas, pero la gente humilde puede burlar esta restricción, si sabe cómo hacerlo. Por ejemplo, para plantar un pino no se necesita ser ni dios ni poeta; sólo se necesita una pala. En virtud de esta curiosa trampa respecto a las reglas, cualquier patán puede decir: hágase un árbol, y se hará el árbol.

Si tiene la espalda fuerte y la pala afilada, acabarán siendo diez mil. Y al séptimo año se apoyará en la pala, mirará los árboles y los hallará buenos[81].

Dios remató su obra bien pronto, en el séptimo día, pero me doy cuenta de que Él, desde entonces, no ha querido concretar nada más sobre los méritos de tal obra. Barrunto que, o bien habló demasiado pronto, o bien los árboles aguantan más miradas que las hojas de parra y los firmamentos.



¿Por qué se piensa que la pala es símbolo del trabajo penoso? Quizá porque muchas palas están embotadas. Es verdad que en todo trabajo penoso hay una pala sin filo, pero no estoy seguro de cuál de estos dos hechos es la causa y cuál el efecto. Sólo sé que una buena lima, manejada con ganas, hace que cante mi pala al cortar una marga madura. Me dicen que hay música en un cepillo afilado, en un cincel y en un escalpelo bien afilados, pero yo la oigo mejor en mi pala; me tararea en las muñecas cuando planto un pino. Creo que el tipo que intentaba con tanto esfuerzo sacar una nota clara del arpa del tiempo había escogido un instrumento demasiado difícil.

Está bien que la estación de la siembra sea sólo en primavera, pues la moderación es lo mejor en todo, hasta en las palas. Durante el resto de los meses, te dedicas a observar cómo se hace un pino.

El año nuevo del pino empieza en mayo, cuando el brote terminal se convierte en «la candela». Quien haya inventado ese nombre para referirse al nuevo crecimiento, tenía un alma sutil. «La candela» suena como una referencia banal para hechos obvios: el nuevo retoño es ceroso, vertical, frágil. Pero el que convive con pinos sabe que candela tiene un significado más profundo, pues en su cabo arde la llama eterna que ilumina un sendero hacia el futuro. Mayo tras mayo, mis pinos siguen a sus candelas, en dirección al cielo, cada uno con la cabeza derecha hacia el cenit, como dispuestos a alcanzarlo, con tal de que queden años suficientes antes de que suene la última trompeta. Al final, cuando ya son muy viejos, se olvidan de cuál es, entre sus muchas candelas, la más importante, y entonces aplanan la corona contra el cielo. Tú sí puedes olvidarte, pero ningún pino que hayas plantado tú mismo lo olvidará en todo el tiempo que dure tu vida.

Si tienes tendencia al ahorro, congeniarás con los pinos, pues, a diferencia de las maderas duras que gastan todo lo que ganan, los pinos no viven al día, se permiten mantenerse únicamente con sus ahorros del año anterior. De hecho, cada pino tiene abierta una cartilla de ahorros, y hace balance de su capital el 30 de junio de cada año. Si por esa fecha su candela completa ha desarrollado un racimo terminal de diez o doce brotes, eso significa que ha atesorado lluvia y sol suficientes para dos o tres pies de crecimiento en dirección al cielo en la próxima primavera. Si sólo hay cuatro o seis brotes, su avance será menor, pero, con todo, lucirá ese aire peculiar que acompaña a la solvencia.

Por supuesto, a los pinos les llegan años difíciles, como a los hombres, años que en los que registran un crecimiento más corto, es decir, espacios más cortos entre los sucesivos verticilos de las ramas. Estos espacios son una autobiografía que puede leer cualquiera que se pasee entre los árboles. Para fechar correctamente un año difícil, siempre hay que restar una unidad al año de menor crecimiento. Así, el crecimiento en 1937 fue corto en todos los pinos; esto refleja la sequía universal de 1936. Por otro lado, el crecimiento en 1941 fue largo en todos los pinos; quizás ellos vieron la sombra de lo que se avecinaba, e hicieron un esfuerzo especial para mostrarle al mundo que los pinos siguen sabiendo adonde van, aunque los hombres no lo sepan.

Cuando un pino tiene un año corto, pero sus vecinos no, se puede deducir alguna adversidad puramente local o individual: una cicatriz producida por el

fuego, la roedura de un ratón de campo, una inflamación de la corteza producida por el viento, o algún atasco local en ese laboratorio oscuro que llamamos suelo.

* * *

Hay mucha charla y cotilleo vecinal entre los pinos. Prestando atención a esa charla, me entero de lo que ha pasado durante la semana, cuando estoy en la ciudad. Así, en marzo, cuando los ciervos suelen pacer entre los pinos blancos, la altura del ramoneo me dice lo hambrientos que estaban. A un ciervo repleto de maíz le da demasiada pereza probar ramas que estén a más de cuatro pies sobre el suelo; uno con hambre de verdad se alza sobre las patas traseras y come hasta una altura de ocho pies. Así conozco el estatus gastronómico de los ciervos, sin verlos, y me entero, sin ir a su campo, si mi vecino ha acarreado sus tresnales.

En mayo, cuando la nueva candela es tierna y frágil como un retoño de espárrago, un pájaro que se pose en ella puede partirla. Todas las primaveras me encuentro con unos pocos árboles decapitados, todos con su candela marchita caída en la hierba. Es fácil deducir lo que ha pasado, pero en diez años de observación, nunca he *visto*, ni una sola vez, a un pájaro rompiendo una candela. Es una lección de cosas: no hay por qué dudar de lo que no se ha visto.

Todos los años, por junio, unos pocos pinos blancos, de pronto, tienen las candelas marchitas; éstas pronto se vuelven marrones y se mueren. Un gorgojo ha agujereado un racimo de brotes terminales y ha puesto allí sus huevos; los gusanos, cuando salieron del huevo, perforaron la médula y mataron al retoño. Un pino tan carente de liderazgo está condenado a frustrarse, pues las ramas supervivientes no se pondrán de acuerdo entre ellas sobre quién va a encabezar la marcha en dirección al cielo. Lo hacen todas, y, como consecuencia, el árbol se queda en arbusto.

Es una curiosa circunstancia el que los gorgojos sólo muerdan los pinos a los que les da el sol de lleno; a los pinos que están a la sombra, los ignoran. Así son los designios ocultos de la adversidad.

En octubre mis pinos me dicen, por su corteza pelada, cuándo los gamos están empezando a «ponerse alegres». En especial, un pino jack de unos ocho pies de altura y aislado parece provocarle a un gamo la idea de que el mundo necesita un empujón. Un árbol así tiene que ofrecer, a la fuerza, la otra mejilla, y se lleva la peor parte. La única cosa justa en ese combate es que,

cuanto más castigado sea el árbol, más resina se lleva el gamo en su ya no tan brillante cornamenta.

No siempre es fácil traducir las habladurías del bosque. Una vez, en mitad del invierno, encontré entre los excrementos que había bajo la percha de un gallo lira unas estructuras medio digeridas que no pude identificar. Parecían mazorcas de maíz en miniatura, de aproximadamente media pulgada de largo. Examiné todas las muestras de comida local del gallo lira que se me ocurrieron, pero no encontré ninguna pista sobre el origen de las «mazorquitas». Por fin, corté y abrí la yema terminal de un pino y, en su centro, estaba la respuesta. El gallo se había comido las yemas, digerido la resina, pelado las escamas en su molleja y había dejado la mazorquita, que, en efecto, era la futura candela. Podría decirse que ese gallo había estado especulando sobre los «futuros» del pino jack.

* * *

Las tres especies del pino nativo de Wisconsin (blanco, rojo y pino jack) difieren radicalmente en sus opiniones acerca de cuál es la edad de contraer matrimonio. El precoz pino jack puede florecer y llevar piñas uno o dos años después de dejar el semillero, y unos cuantos de mis pinos jack de 13 años ya presumen de tener nietos. Los rojos de 13 años florecieron por primera vez este año, pero los blancos todavía no han florecido; se adhieren firmemente a la doctrina anglosajona de «libre, blanco y con veintiuno».

Si no fuera por esta amplia diversidad en cuanto a las perspectivas sociales, mis ardillas rojas verían muy restringido su menú. Todos los años, a mediados del verano, empiezan a rasgar las piñas de los pinos jack buscando piñones, y ningún picnic en el Día del Trabajo esparció por el paisaje más cáscaras y cortezas: los restos de su fiesta anual quedan apilados y amontonados debajo de cada árbol. A pesar de todo, siempre hay piñas de sobra, como demuestra su progenie cuando, inesperadamente, asoma entre las varas de oro.

Poca gente sabe que los pinos tienen flores y la mayoría de los que lo saben son demasiado prosaicos para ver, en esa fiesta de la floración, algo más que una rutinaria función biológica. Todo individuo que haya perdido las ilusiones tendría que pasar la segunda semana de mayo en un pinar, llevando quien use gafas un pañuelo adicional. La prodigalidad del polen de pino convencería a cualquiera de la exuberancia extremada de la estación, incluso aunque no lo haya conseguido el canto del reyezuelo.

Los pinos blancos jóvenes suelen crecer mejor en ausencia de sus padres. Conozco sotos en los que la generación más joven, aunque esté en un sitio soleado, se queda raquítica y tullida por culpa de sus mayores. Pero hay sotos en los que no prevalece tal inhibición. Ojalá supiera si esas diferencias radican en la tolerancia del joven, el viejo o el suelo.

Los pinos, como la gente, son muy mirados para escoger compañía, y no logran reprimir sus gustos y disgustos. Así, hay una afinidad entre los pinos blancos y las zarzamoras, los pinos rojos y el euforbio en flor, los pinos jack y el helecho dulce. Cuando planto un pino blanco en una zona de zarzamoras, puedo predecir con seguridad que, en un año, desarrollará un recio racimo de yemas y que las agujas nuevas mostrarán ese florecimiento azulado que indica salud y buena compañía. Sobrepasará en crecimiento y floración a sus compañeros plantados el mismo día que él, con el mismo cuidado, en el mismo suelo, pero con la mala compañía de la hierba.

En octubre, me gusta caminar entre esos penachos azules, que se elevan rectos y robustos desde la alfombra roja de hojas de zarzamora. Me pregunto si son conscientes de su estado de bienestar. Sólo sé que yo sí lo soy.

Los pinos se han ganado la reputación de ser «de hoja perenne» mediante la misma estratagema que emplean los gobiernos para conseguir la apariencia de perpetuidad: solapando sus mandatos. Se hacen con agujas nuevas en cada nuevo crecimiento anual, y se desprenden de las viejas con un intervalo más largo, con lo cual consiguen que el observador fortuito crea que las agujas permanecen siempre verdes.

Cada especie de pino se dicta su propia constitución, que les prescribe un mandato a las agujas apropiado a su modo de vida. Así, el pino blanco conserva sus agujas durante un año y medio; los rojos y los pinos jack, por dos años y medio. Las agujas entrantes toman posesión en junio, y las salientes escriben sus tarjetas de despedida en octubre. Todos escriben lo mismo, con la misma tinta de color amarillo leonado, que se vuelve marrón en noviembre. Luego, las agujas se caen, y son archivadas en el mantillo del suelo, para enriquecer la sabiduría de todo el grupo. Esta sabiduría acumulada afelpa los pasos del que camina bajo pinos.

En medio del invierno, a veces espigo entre mis pinos algo más importante que la política del soto y las noticias del viento y el tiempo. Suele ser en alguna tarde tenebrosa, cuando la nieve ha enterrado los detalles irrelevantes y pesa sobre todo ser viviente un silencio de tristeza elemental. Sin embargo, mis pinos, cada uno con su carga de nieve, están rectos como

baquetas, fila tras fila, y, cuando anochece, noto la presencia de muchos más a lo lejos. En esas ocasiones, siento una curiosa trasfusión de valentía.

65290

Anillar a un pájaro es como comprar un billete para una gran lotería. La mayoría compramos billetes para nuestra propia supervivencia, pero se los compramos a la compañía de seguros, que sabe demasiado como para vendernos la suerte con auténtica deportividad. Es un ejercicio de objetividad comprar un billete a favor de un gorrión anillado que puede morirse cualquier día, o de un paro carbonero, también anillado, que puede volver a caer en tu trampa, demostrando así que sigue vivo.

Al principiante le entusiasma anillar pájaros jóvenes; es como sí jugase contra sí mismo, a superar su propia puntuación. Rara el veterano, anillar pájaros jóvenes se convierte en una agradable rutina; la emoción real viene cuando se vuelve a capturar a un pájaro anillado hace tiempo, un pájaro del que quizás conoces, mejor que él mismo, su edad, aventuras y la condición anterior de sus apetitos.

Así que en nuestra familia, la cuestión de si el paro carbonero 65290 sobreviviría un invierno más fue, durante cinco años, un asunto deportivo de primera magnitud.

Empezamos hace una década y cada invierno hemos capturado y anillado a casi todos los paros carboneros de la granja. A principios de invierno, caen en las trampas sobre todo pájaros sin anillar; suelen ser los jóvenes de ese año y, después de marcarlos, ya se les puede «fechar». A medida que avanza el invierno, ya no caen en las trampas pájaros sin anillar; entonces ya sabemos que la población local consiste mayormente en pájaros anillados. Gracias al número de la anilla, podemos saber cuántos pájaros están presentes, y también cuántos son supervivientes de cada año anterior de anillado.

65290 fue uno de los siete paros carboneros que pertenecían a la «quinta del 37». Cuando cayó en nuestra trampa por primera vez, no dio pruebas visibles de talento. Igual que sus compañeros, a la hora de picar la manteca del cebo tenía más valor que prudencia. Igual que los otros de la quinta, me picó en el dedo mientras le sacaba de la trampa. Una vez anillado y liberado, revoloteó hasta una rama, picoteó con una suave queja el nuevo brazalete de aluminio de su tobillo, se sacudió las plumas despeinadas, blasfemó por lo bajo y se largó a toda prisa para juntarse con su pandilla. Es dudoso que sacara alguna deducción filosófica de su experiencia (del estilo de «no son

huevos de hormiga todo lo que reluce»), pues le capturamos tres veces más durante el mismo invierno.

El segundo invierno, nuestras capturas reiteradas evidenciaron que la quinta de siete se había reducido a tres, y el tercer invierno a dos. El quinto invierno, 65290 era el único superviviente de su generación. Seguía sin mostrar signos de genialidad, pero ya había una prueba histórica de su extraordinaria capacidad para sobrevivir.

El sexto invierno, 65290 no apareció, y su ausencia en las cuatro siguientes campañas ha confirmado el veredicto de «desaparecido en combate».

A pesar de todo, 65290 fue el único que se las ingenió, de entre los 97 paros carboneros marcados durante la década, para sobrevivir durante cinco inviernos. 3 duraron cuatro años, 7 sobrevivieron tres años, 19 alcanzaron dos años, y 67 desaparecieron después del primer invierno. Por tanto, si yo me dedicara a venderles seguros de vida a los paros carboneros, podría calcular la prima con total garantía. Pero se plantearía el problema siguiente: ¿en qué moneda pagaría a las viudas? Me imagino que con huevos de hormiga.

Sé tan poco de pájaros que sólo puede hacer especulaciones sobre por qué sobrevivió a sus compadres el 65290. ¿Era más listo esquivando a sus enemigos? ¿Qué enemigos? Un paro carbonero es casi demasiado pequeño para tener enemigos. Ese personaje caprichoso llamado Evolución, después de agrandar al dinosaurio hasta que llegó a tropezar con sus propios dedos de los pies, intentó reducir el paro carbonero de tal modo que fuera demasiado grande como para que los cazadores de moscas le tuvieran por un insecto, y demasiado pequeño como para que halcones y búhos lo consideraran carne comestible. Después miró su obra y se echó a reír. Todo el mundo se ríe de un bultito tan pequeño y que tiene tanta vida.

Al cernícalo americano[82], la lechuza blanca, el alcaudón y, sobre todo, al diminuto búho afilador, les podría parecer que merece la pena matar un paro carbonero, pero sólo una vez encontré pruebas de un crimen auténtico: en unos restos de comida, regurgitados por una lechuza, había una de mis anillas. Quizás estos pequeños bandidos sientan por nuestros enanos una simpatía de congéneres.

Parece que el tiempo atmosférico es el único asesino tan desprovisto de humor y de sentido de las dimensiones como para matar a un paro carbonero. Sospecho que en la Escuela Dominical de los paros carboneros se les enseñan dos pecados mortales: no te meterás en lugares ventosos durante el invierno y no te mojarás antes de una ventisca.

Aprendí el segundo mandamiento un atardecer lluvioso de invierno, mientras observaba a una bandada de paros carboneros que se dirigía a pernoctar en mis bosques. La llovizna venía del sur, pero yo sabía que acabaría por soplar del noroeste y en traer un frío muy duro antes de la mañana. Los paros carboneros se hicieron la cama en un roble muerto, cuya corteza estaba pelada y se había abarquillado en rizos, copas y agujeros de varios tamaños, formas y características. El pájaro que hubiese escogido una cama seca y protegida de la ventisca del sur, pero vulnerable a la del norte, seguramente hubiera amanecido congelado. El que eligiese un refugio seco por ambos costados despertaría sano y salvo. Este es el tipo de saber que significa supervivencia en el reino de los paros carboneros, y vale para 62590 y para sus semejantes.

El miedo que tienen los paros carboneros a los lugares ventosos se deduce fácilmente de su comportamiento. En invierno, sólo se atreven a salir del bosque en los días de calma, y la distancia varía en proporción inversa a la brisa. Sé de bastantes bosquecillos batidos por el viento que se pasan el invierno sin paros carboneros, pero los visitan libremente en las restantes estaciones. Los bate el viento porque las vacas han pacido todo el monte bajo. Para el banquero endurecido que hipoteca al granjero, que necesita entonces más vacas, que necesitan entonces más pastos, el viento es un mal menor, excepto quizás en la esquina del Flatiron[83]. Para los paros carboneros, el viento invernal es la frontera del mundo habitable. Si el paro carbonero tuviera un cargo, en su escritorio estaría escrita la máxima: «Mantén la calma».

Su comportamiento en las trampas explica bien esto. Gira la trampa de modo que el pájaro tenga que entrar con un viento de cola incluso moderado, y todos los caballos del rey no serían capaces de arrastrarle hasta el cebo. Da la vuelta a la trampa, y sacarás buena puntuación. El viento de cola sopla frío y húmedo por debajo de las plumas, que son su techo portátil y su aire acondicionado. Los trepatroncos, los juncos ojinegros, los gorriones *Spizella* y los pájaros carpinteros también temen a los vientos de cola, pero sus sistemas de calefacción son mejores, y de ahí su mayor tolerancia al viento, en el orden de la enumeración anterior. Los libros de historia natural rara vez mencionan al viento; se escribieron junto a la estufa.

Sospecho que hay un tercer mandamiento en el reino de los paros carboneros: investigarás todo ruido fuerte. Cuando nos ponemos a talar en el bosque, al momento aparecen los paros carboneros y se quedan hasta que el árbol derribado o el leño hendido han expuesto a la luz, para su deleite,

huevos frescos de insecto o crisálidas. La descarga de una escopeta también los atrae, pero con dividendos menos satisfactorios.

Antes de las hachas, las mazas y las escopetas, ¿qué les servía como toque de cena? Casi seguro, el crujido de los árboles al caer. En diciembre de 1940, una tormenta de hielo derribó en nuestro bosque un número extraordinario de troncos muertos y ramas vivas. Durante un mes, los paros carboneros se burlaron de las trampas, estaban repletos con los dividendos de la tormenta.

65290 hace ya tiempo que se ha ido a disfrutar de su recompensa. Espero que en sus nuevos bosques se desplomen durante todo el día grandes robles llenos de huevos de hormiga, sin una sola ráfaga de viento que lo despeine o le quite el apetito. Y espero que aún siga llevando mi anilla.

II. BOCETOS DE AQUI Y ALLA

ARIZONA Y NUEVO MÉJICO[84]

Pensar como una montaña

Un grito ronco y profundo retumba de risco en risco, desciende rodando de la montaña, y se desvanece en la lejana oscuridad de la noche. Es un estallido de pena salvaje e insolente, y un cántico de desprecio por todas las adversidades de este mundo.

Todos y cada uno de los seres vivos prestan atención a esa llamada (y quizá más de un muerto, también). Para el ciervo es un lúgubre *memento morí*, para el pino una predicción de refriegas a medianoche y sangre sobre la nieve, para el coyote la promesa de futuras piezas escogidas, para el vaquero una amenaza de números rojos en el banco, para el cazador el desafío del colmillo contra la bala. Pero por detrás de estas esperanzas y temores obvios, inmediatos, subyace un sentido más profundo, que sólo conoce la montaña misma. Sólo la montaña ha vivido el tiempo suficiente para escuchar con objetividad el aullido de un lobo.

Incluso los incapaces de descifrar este sentido profundo saben de su existencia, porque se lo intuye en toda tierra de lobos, y diferencia a esa tierra de cualquier otra. Hace que se estremezca el espinazo de quien oye al lobo por la noche, o reconoce sus huellas durante el día. Hasta cuando ni la vista ni el oído perciben indicios del lobo, está implícito en cien pequeños sucesos: el relincho nocturno de un caballo de carga, el golpeteo de piedras que ruedan, el salto de un ciervo que huye, el dibujo de las sombras bajo los abetos. Sólo el novato menos espabilado puede no sentir la presencia o ausencia de lobos, o el hecho de que las montañas tienen una opinión secreta sobre los mismos.

Mis propias convicciones al respecto se forjaron el día en que vi a una loba morir. Estábamos almorzando en un risco, a cuyos pies se abría paso a codazos un río turbulento. Vimos cómo vadeaba la corriente lo que pensamos

sería una gama, con el pecho a flor de las aguas espumosas. Cuando escaló la orilla hacia nosotros y se sacudió el agua, nos dimos cuenta de nuestro error: era una loba. Otra media docena de ellos, evidentemente sus cachorros ya crecidos, salieron de los sauces y todos se apiñaron en una bienvenida llena de colas que se meneaban y mordiscos juguetones. Lo que era literalmente un revoltijo de lobos se retorcía y revolvía en el centro de un espacio abierto al pie de nuestro risco.

En aquel entonces, jamás habíamos oído que alguien desaprovechara una oportunidad de matar un lobo. Al segundo siguiente estábamos lanzando plomo contra la manada, pero con más nerviosismo que precisión: nunca ha sido fácil hacer puntería desde lo alto de una colina empinada. Cuando los rifles quedaron vacíos habíamos abatido a la loba, y uno de los cachorros desapareció arrastrando una pata por un resbaladero inaccesible.

Llegamos junto a la vieja loba a tiempo para ver un fiero fuego verde muriendo en sus ojos. Entonces observé —y desde entonces lo he sabido siempre— que había algo nuevo para mí en aquellos ojos, algo que solamente sabían ella y la montaña. Yo era joven en aquel entonces, y sentía una vehemente comezón por apretar el gatillo; pensaba que porque menos lobos significaban más ciervos, ningún lobo representaría el paraíso de los cazadores. Pero tras ver extinguirse aquel fuego verde, sentí que ni la loba ni la montaña compartían mi punto de vista.



Desde entonces, he visto cómo un estado tras otro extirpaban sus lobos. He contemplado el rostro de muchas montañas recién privadas de lobos, y he visto como las laderas meridionales se iban arrugando con laberintos de nuevas sendas de ciervos. He visto cómo eran ramoneados hasta el más mínimo arbusto y plantón comestibles, primero hasta el desmedro anémico y luego hasta la muerte. He visto todos los árboles comestibles defoliados hasta la altura de una silla de montar. Una montaña así tiene el aspecto de que le hubieran regalado a Dios unas tijeras de podar nuevas, prohibiéndole al mismo tiempo cualquier otro ejercicio. Al final, los huesos de los tan anhelados ciervos, muertos de hambre por su número excesivo, se blanquean junto a los despojos de la salvia muerta, o se convierten en polvo bajo los enebros.

Ahora barrunto que igual que un rebaño de ciervos vive sintiendo temor mortal hacia sus lobos, una montaña vive sintiendo temor mortal hacia sus ciervos. Y acaso con mayor razón, pues mientras que un macho abatido por

los lobos puede reemplazarse en dos o tres años, un territorio devastado por el exceso de ciervos puede tardar muchos decenios en recuperarse.

Igual sucede con las vacas. El vaquero que limpia sus pastos de lobos no se da cuenta de que está asumiendo el trabajo del lobo: ajustar el rebaño a la capacidad de los pastos. No ha aprendido a pensar como una montaña. Por eso tenemos yermos inutilizados por la erosión, y ríos que arrastran el futuro en suspensión hacia el mar.

* * *

Todos nos afanamos en pos de la seguridad, la prosperidad, la comodidad, una vida lo más larga e insípida posible. El ciervo se afana con flexibles patas, el vaquero con trampas y veneno, el estadista con pluma, la mayoría de nosotros con máquinas, votos y dólares, pero todo viene a resumirse en lo mismo: paz mientras dure nuestra vida. Cierto grado de éxito en lograr este objetivo está bien, y quizá constituya un requisito previo para el pensamiento desapasionado, pero demasiada seguridad parece no acarrear más que peligro a la larga. Quizá eso es lo que está detrás de la frase de Thoreau: la naturaleza virgen es lo que preserva el mundo[85]. Quizá éste sea el sentido oculto del aullido del lobo, sabido desde siempre por las montañas, pero raras veces percibido por los seres humanos.

Escudilla

La vida en Arizona estaba delimitada por la grama bajo los pies, el cielo sobre la cabeza, y Escudilla en el horizonte.

Hacia el norte de la montaña se cabalgaba por llanuras de color de miel. Al alzar la vista en cualquier lugar, en cualquier momento, Escudilla estaba ahí.

Hacia el este se avanzaba entre una confusión de mesetas boscosas. Cada hondonada parecía un pequeño mundo en sí misma, empapada de sol, aromática de enebro, y acogedora con la charla de los arrendajos piñoneros. Pero bastaba con coronar un risco y de repente uno se convertía en una manchita perdida en la inmensidad. De cuyo borde pendía Escudilla.

Hacia el sur se desplegaban los enmarañados cañones del río Blue, llenos de ciervos de Virginia[86], pavos salvajes y ganado asilvestrado. Cuando fallabas el tiro y un descarado macho cabrío se despedía en la línea del horizonte, y examinabas la mira del fusil preguntándote por qué, ante ti estaba una lejana montaña azul: Escudilla.

Hacia el oeste hacían bulto algunos macizos aislados del Bosque Nacional Apache. Allí inspeccionábamos para estimar la madera en pie, convirtiendo aquellos altos pinos, de cuarenta en cuarenta, en cifras dentro de un cuaderno de notas, que representaban hipotéticos montones de leña. Jadeando al remontar un cañón, el inspector de bosques sentía una curiosa incongruencia entre lo remoto de sus símbolos anotados y lo inmediato de los dedos sudorosos, los pinchazos de las espinas, los mordiscos de tábano y los reproches de las ardillas. Pero en el siguiente risco un frío viento, bramando por entre el mar verde de los pinos, disipaba sus dudas a soplido limpio. Sobre la costa lejana se alzaba Escudilla.

La montaña delimitaba no sólo nuestro trabajo y nuestro ocio, sino incluso nuestros esfuerzos por conseguir una buena cena. En las tardes de invierno a menudo intentábamos tender una emboscada a algún ánade real en los bancos del río. Las cautelosas bandadas giraban volando por el oeste encendido, por el norte de azul acerado, y luego desaparecían en el negro profundo de Escudilla. Si reaparecían volando, tendríamos un grueso macho para la parrilla de asar. Si no volvían a mostrarse, habría que contentarse con tocino y judías una vez más.

De hecho, sólo había un lugar desde donde no se pudiera ver Escudilla en el horizonte: la cima de la misma Escudilla. Desde allí arriba no se podía ver la montaña, pero sí sentirla. La razón era el gran oso.

El viejo Bigfoot (Pies Grandes) era un señor feudal salteador de caminos, y Escudilla su castillo. Cada primavera, cuando los vientos cálidos suavizaban las sombras sobre la nieve, el viejo oso *grizzly* se arrastraba fuera de su guarida de hibernación entre las peñas y, bajando de la montaña, le abría la cabeza a una vaca. Una vez saciado, volvía a escalar hasta sus riscos, y allí pasaba apaciblemente el estío a base de marmotas, conejos, bayas y raíces.

Yo vi una vez a una de sus víctimas. El cráneo y el cuello de la vaca estaban reducidos a pulpa, como si hubiera chocado de frente con un tren de mercancías.

Nadie vio nunca al viejo oso, pero en las zonas empantanadas cerca de la base de los acantilados se podían ver sus increíbles huellas. Verlas volvía conscientes del oso incluso a los vaqueros más avezados. Por dondequiera que cabalgaban veían la montaña, y al ver la montaña pensaban en el oso. La conversación en torno al fuego de campamento giraba en torno a la carne, los bailes y el oso[87]. Bigfoot sólo reclamaba para sí una vaca al año, y unas pocas millas cuadradas de peñascos improductivos, pero su personalidad impregnaba el condado entero.

Aquellos eran los días en que el progreso llegó al país vaquero. El progreso tenía varios emisarios.

Uno de ellos fue el primer automovilista transcontinental. Los vaqueros se entendieron con este abrecarreteras; contaba las mismas bravatas joviales que cualquier rompepotros**[88]**.

No entendieron a la hermosa dama vestida de terciopelo negro que vino a ilustrarlos sobre el sufragio femenino con acento de Boston, pero la escucharon y la miraron.

También les maravilló el ingeniero de teléfonos que tendió hilos sobre los enebros y trajo mensajes instantáneos desde la ciudad. Un anciano preguntó si por el hilo telefónico podían enviarle una tajada de tocino.

Cierta primavera, el progreso envió un emisario más, un trampero gubernamental, una especie de San Jorge en guardapolvos, buscando dragones que matar a costa del gobierno. Preguntó si por allí había algún animal destructivo que matar. Sí, por allí estaba el gran oso.

El trampero cargó su mulo y enfiló hacia Escudilla.

Un mes después estaba de vuelta, con el mulo tambaleándose bajo el peso de un pellejo. Solamente había en la ciudad un establo lo bastante grande como para poder secarlo y curtirlo. Aquel hombre había empleado trampas, veneno, y todas sus tretas habituales sin éxito. Al final, instaló una trampa con rifle en un desfiladero por el que sólo podía pasar el oso, y esperó. El último *grizzly* tropezó con la cuerda y se disparó a sí mismo.

Era junio. La piel estaba corrompida y manchada; carecía de valor. Nos parecía casi un insulto privar al último *grizzly* de la opción de dejar una buena piel como recuerdo de su especie. Mas todo lo que dejó fue un cráneo en el Museo Nacional, y una disputa entre científicos sobre el nombre del cráneo en latín.

Sólo después de meditar sobre todo esto comenzamos a preguntarnos quién escribía las reglas del progreso.



Desde los comienzos, el tiempo había roído la masa basáltica de Escudilla, desperdiciando, esperando y construyendo. El tiempo construyó tres cosas en la vieja montaña: un aspecto venerable, una comunidad de plantas y animales pequeños, y un oso *grizzly*.

El trampero del gobierno que se llevó al *grizzly* sabía que había conseguido que Escudilla fuera segura para las vacas. No sabía que había

descabezado el chapitel de un edificio que llevaba construyéndose desde que las estrellas de la mañana cantaron juntas por primera vez.

El jefe de departamento que envió al trampero era un biólogo familiarizado con la arquitectura de la evolución, pero no sabía que los chapiteles pueden ser tan importantes como las vacas. No previo que en un par de decenios el territorio vaquero sería un territorio turístico, y que éstos necesitan osos antes que filetes.

Los congresistas que votaron aprobando los fondos para eliminar los osos eran los hijos de los pioneros. Ensalzaban las virtudes superiores del hombre de la frontera, pero hacían cuanto estaba en su poder para acabar con la frontera.

Nosotros, los ingenieros forestales que dimos nuestro consentimiento a la eliminación del oso, conocíamos a un ranchero local que había excavado una cruz donde estaba grabado el nombre de uno de los capitanes de Coronado[89]. Denigrábamos a los españoles que, en su afán por conseguir oro y conversiones, habían destruido sin necesidad a los indios nativos. No se nos ocurría pensar que nosotros también éramos los capitanes de una invasión demasiado segura de sus propia rectitud.

Escudilla todavía se alza sobre el horizonte, pero cuando uno la ve ahora ya no piensa en el oso. Ya no es más que una montaña.

CHIHUAHUA Y SONORA

Guacamayos

La física de la belleza es una parte de las ciencias naturales que todavía se encuentra sumida en plena Edad Oscura. Ni siquiera los manipuladores del espacio curvo han intentado resolver sus ecuaciones. Todo el mundo sabe, por ejemplo, que el paisaje de otoño en los bosques septentrionales es la tierra, más un arce rojo, más un gallo lira de collarín. En términos de la física convencional, el gallo lira representa una millonésima parte de la masa o de la energía de un acre. Pero sustraed el gallo lira, y lodo está muerto. Una cantidad enorme de algún tipo de fuerza motora se ha perdido.

Resulta fácil decir que la pérdida sólo es tal para nuestro intelecto, pero ¿algún ecólogo en sus cabales lo aceptará? Sabe muy bien que ha tenido lugar una muerte ecológica, cuyo significado no puede expresarse en términos de la ciencia contemporánea. Un filósofo llamó a esta esencia imponderable el *nóumeno* de los seres materiales[90]. Este término se contrapone a *fenómeno*,

el cual es ponderable y predecible, hasta los giros y contorsiones del astro más remoto.

El gallo lira de collarín es el noúmeno de los bosques septentrionales, el arrendajo azul lo es de las arboledas de nogal, el *whisky-jack* de los pantanos musgosos, el arrendajo piñonero de los montuosos enebrales. Los textos ornitológicos no registran estos hechos. Supongo que son nuevos para la ciencia, aunque resulten evidentes al científico sensato. Sea como fuere, quiero registrar aquí el descubrimiento del nóumeno de la Sierra Madre: el guacamayo de pico grueso.

Es un descubrimiento sólo porque muy pocos han visitado sus guaridas favoritas. Una vez se está allí, únicamente alguien ciego y sordo a la vez podría ignorar su papel en la vida y el paisaje de la montaña. De hecho, apenas has acabado de dar cuenta del desayuno cuando ya las parlanchínas bandadas abandonan sus perchas en los riscos y ejecutan una especie de ejercicios matinales en las partes altas del amanecer. Como escuadrones de grullas giran y vuelan en espiral, debatiendo calurosamente entre sí la cuestión (que también te intriga a ti mismo) de si el nuevo día que se arrastra lentamente sobre los cañones es más azul y dorado que sus predecesores, o acaso menos. Empatados en la votación, se trasladan en compañías independientes a las mesetas para buscar su desayuno de piñones en su media cáscara. Todavía no te han visto.

Pero algo después, cuando comienzas la empinada ascensión hacia lo alto del cañón, algún guacamayo de vista aguda, acaso a una milla de distancia, está espiando a esta extraña criatura que echa el bofe trepando por el sendero que sólo están autorizados a utilizar ciervos, pumas, osos o pavos. Adiós a su desayuno. Con gritos y alaridos, toda la banda emprende el vuelo hacia ti. Mientras dan vueltas sobre tu cabeza desearías fervientemente tener a mano un diccionario de lengua guacamaya. ¿Están preguntando qué diablos tienes que hacer por estos andurriales? ¿O acaso, como una cámara de comercio avícola, se están cerciorando de que aprecias las bellezas de su ciudad natal, su buen clima, sus conciudadanos, y su glorioso futuro comparado con cualesquiera otros tiempos y lugares? Podría ser cualquiera de las dos cosas, o las dos a un tiempo. Y entonces te atraviesa la mente, como un relámpago, la triste premonición de lo que ocurrirá cuando se construya una carretera, y este tumultuoso comité de recepción salude por primera vez al turista armado.

Pronto está claro que eres un tipo soso e inarticulado, un bárbaro incapaz de responder con nada más que un silbido a las delicias habituales de la Sierra. Y después de todo hay más piñas en los bosques que deben ser

abiertas, así que ¡acabemos el desayuno! Esta vez pueden posarse en algún árbol por debajo del risco, proporcionándote la oportunidad de atisbar hacia abajo. Ahora, por vez primera, ves el color: uniformes de terciopelo verde con charreteras de color amarillo y escarlata y cascos negros, desplazándose ruidosamente de un pino a otro, pero siempre en formación y siempre en número par. Sólo una vez vi un grupo de cinco, o de cualquier otro número impar.

No sé si las parejas que anidan son tan ruidosas como estas bandadas jaraneras que me saludaron en septiembre. Sé que en septiembre, si los guacamayos están en la montaña, no tardarás en saberlo. Cual ornitólogo como Dios manda, sin duda debería tratar de describir su canto. Superficialmente recuerda al del arrendajo piñonero, pero la música de éste es tan suave y nostálgica como la neblina que vela sus cañones nativos, mientras que la del guacamayo[91] es más ruidosa, y llena del gracioso entusiasmo de la alta comedia.

En primavera, se me informa, la pareja se hace con un agujero de pájaro carpintero en las alturas de algún pino muerto, y cumple con los deberes hacia su estirpe en aislamiento temporal. ¿Pero que picapinos excavaría un agujero suficientemente amplio? El guacamayo[92] (como los nativos llaman eufónicamente a este loro) es tan grande como una paloma, y difícilmente se dejaría embutir en un cuchitril. ¿Acaso es él quien realiza la ampliación necesaria con su poderoso pico? ¿O bien depende del picapinos imperial, que parece se da en estros lugares? Le dejo la agradable tarea de descubrir la respuesta a algún futuro visitante ornitólogo.

La canción del Gavilán

La canción de un río normalmente significa la melodía que las aguas tocan con las rocas, las raíces y los rápidos.

El río Gavilán[93] tiene una canción así. Es una música agradable, que habla de rápidos danzarines y gruesas truchas arcoiris guarecidas bajo las raíces musgosas de sicómoros, encinas y pinos. También es útil, porque el tintineo de las aguas llena de tal manera el estrecho cañón que el ciervo o el pavo, cuando bajan de las colinas a beber, no oyen las pisadas del hombre o el caballo. Mira con atención cuando dobles el próximo meandro, porque puede regalarte un disparo, y así ahorrarte una subida a las altas mesetas en la que echarías el bofe.

La vida de cada río canta su propia canción, pero en la mayor parte de ellos hace mucho que la canción está desfigurada por las desarmonías del mal

uso. Primero, el sobrepastoreo estropea las plantas y el suelo. Después el rifle, la trampa y el veneno acaban con las aves y mamíferos grandes; luego viene un parque o un bosque con carreteras y turistas. Los parques se establecen para llevar la música a la mayoría, pero cuando la mayoría sintoniza por fin para oírla queda poco que no sea ruido.

Antaño hubo hombres capaces de habitar un río sin quebrar la armonía de su vida. Debieron de vivir a miles en el Gavilán, ya que sus obras están en todas partes. Si uno asciende cualquier curso de arroyo que desemboque en cualquier cañón, se encuentra escalando pequeñas terrazas, la cresta de cada una de las cuales está al nivel de la base de la siguiente. En cada una de estas terrazas se halla una pequeña parcela de suelo que antaño fue huerto o jardín, regado por las aguas que caían sobre las empinadas pendientes adyacentes. En la cima del risco uno puede encontrar los cimientos de piedra de una torre de vigilancia; desde aquí, el granjero de esta ladera probablemente guardaba el punteado de sus parcelitas. El agua para consumo doméstico probablemente la subiría del río. Animales domésticos, evidentemente, no tenía. ¿Qué plantas cultivaba? ¿Hace cuánto tiempo? El único fragmento de respuesta está en los pinos, encinas o enebros de tres siglos de edad que ahora arraigan en sus terrazas. Es obvio que fue hace más tiempo que la edad del más viejo de estos árboles.

Al ciervo le encanta yacer en estas terracitas. Le proporcionan una cama libre de piedras, tapizada con hojas de encina, y protegida por arbustos. Basta un salto sobre la hilera de piedras que forma la terraza y el ciervo está fuera de la vista de cualquier intruso.

Un día, ayudado por un fuerte viento, me topé con un macho acostado en una de estas terrazas. Yacía a la sombra de una gran encina cuyas raíces se agarraban a la antigua mampostería. Cuernos y orejas se recortaban contra la grama dorada del fondo, en la cual crecía el rosetón verde de un mescal. La escena entera tenía el equilibrio de un armonioso centro de mesa. Fallé el tiro, y mi flecha se hizo astillas contra las piedras que el viejo indio había dispuesto. Mientras el ciervo brincaba ladera abajo diciendo adiós con un meneo de su estandarte nevado, me di cuenta de que él y yo éramos los actores de una alegoría. ¡Del polvo al polvo, de una edad de piedra a otra, pero siempre la persecución eterna! Resultó afortunado que yo fallase, porque cuando una gran encina crezca en lo que ahora es mi jardín, espero que siga habiendo ciervos que se acuesten sobre sus hojas caídas, y cazadores que acechen, y fallen, y se pregunten quién construiría la pared del jardín.

Algún día mi macho recibirá una bala 30-30 en su lustroso costillar. Un novillo torpe se apropiará de su cama bajo la encina, y ramoneará la grama dorada hasta que la reemplacen malas hierbas. Entonces algún novato destruirá la terraza y apilará sus piedras junto a alguna carretera turística que bordee el río. Camiones revolverán el polvo del viejo sendero donde vi huellas de lobo ayer.

Para un ojo superficial la región del Gavilán es una tierra dura y rocosa, llena de crueles pendientes y barrancos, con árboles demasiado nudosos para hacer estacas o tablas, y laderas demasiado empinadas para pastos. Pero los antiguos constructores de terrazas no se engañaban; sabían por experiencia que se trataba de una tierra de leche y miel. Estas encinas y enebros retorcidos dan cada año su cosecha de bellotas de la que las zarpas de los seres silvestres pueden apropiarse. Los ciervos y pavos pasan los días, como novillos en un campo de maíz, convirtiendo las bellotas en carne suculenta. Las hierbas doradas ocultan, por debajo de sus penachos ondulantes, un jardín subterráneo de bulbos y tubérculos, incluyendo patatas silvestres. Ábrele el buche a una pequeña y gordita codorniz de Mearn y hallarás todo un herbario de alimentos subterráneos arrancados del suelo rocoso que te parecía estéril. Estos alimentos son la fuerza motriz que las plantas bombean a través del gran órgano llamado fauna.

Cada región tiene un alimento humano simbólico de su opulencia. El compendio gastronómico de las colinas del Gavilán puede enunciarse de esta guisa: mata un ciervo macho criado con bellotas, no antes de noviembre ni después de enero. Cuélgalo de una encina durante siete escarchas y siete soles. Entonces extrae las «tiras» semicongeladas de su lecho de sebo bajo los cuartos traseros, y córtalas transversalmente en filetes. Condimenta cada filete con sal, pimienta y harina. Échalo dentro de una sartén donde ya humee la grasa de oso muy caliente, sobre brasas de leña de encina. Saca los filetes en cuanto empiecen a coger color. Echa un poco de harina en la grasa, después agua muy fría y luego leche. Pon cada filete sobre una humeante galleta de masa agria y báñalo todo en la salsa.

Semejante estructura es simbólica. El ciervo está acostado sobre su montaña, y la salsa dorada es la luz solar que inunda sus días, hasta el final mismo.

El alimento establece la continuidad en la Canción del Gavilán. Me refiero, por supuesto, no sólo a tu propia comida, sino al alimento para la encina que alimenta al ciervo que alimenta al puma que muere debajo de una encina y así se convierte en bellotas que seguirán nutriendo a sus presas. Éste

es uno de los muchos ciclos de nutrientes que comienzan en la encina y vuelven a él, porque la encina también nutre al arrendajo que nutre al ave rapaz que dio nombre al río, al oso cuya grasa te proporcionó la salsa, a la codorniz que te dio una lección de botánica, y al pavo que cada día te da esquinazo. Y la finalidad común de todo esto es ayudar a la corriente en la cabecera del Gavilán a desgajar una partícula más de suelo del macizo de Sierra Madre para que crezca otra encina.

Hay hombres a quienes se ha asignado la tarea de examinar la construcción de las plantas, animales y suelos que constituyen los instrumentos de la gran orquesta. Se los llama profesores. Cada uno de ellos selecciona un instrumento, y luego se pasa la vida entera separándolo y describiendo sus cuerdas y tablas de resonancia. Ese proceso de desmembramiento se llama investigación. El lugar del despiece se llama universidad.

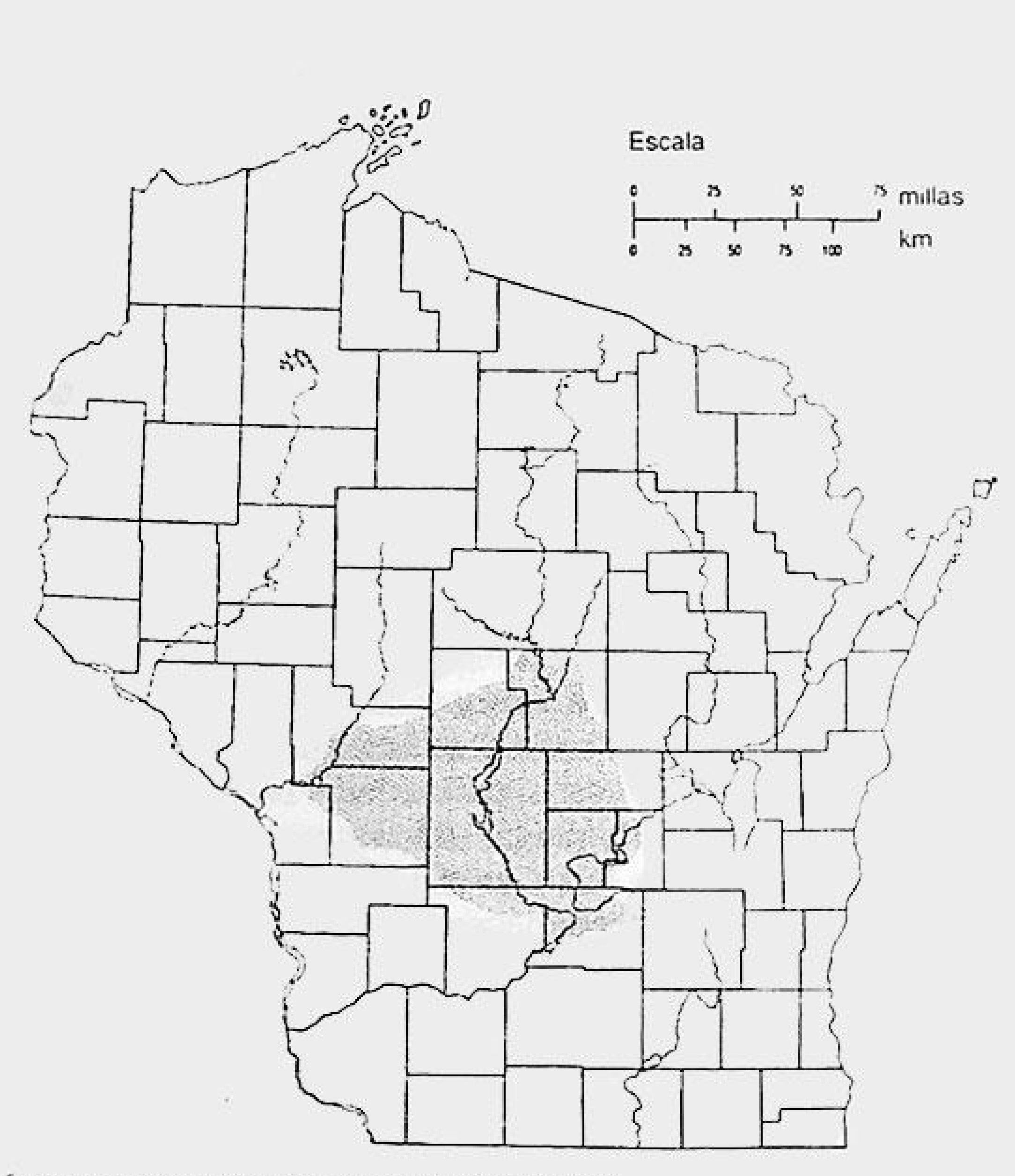
Un profesor puede pulsar las cuerdas de su propio instrumento, pero nunca las de otro, y si escucha música nunca debe admitirlo ante sus colegas o sus estudiantes. Pues a todos los constriñe un férreo tabú según el cual la construcción de instrumentos es el ámbito de la ciencia, mientras que la detección de armonías es el ámbito de los poetas.

Los profesores están al servicio de la ciencia y la ciencia al servicio del progreso. Sirve tan bien al progreso que muchos de los instrumentos más complejos son pisoteados y destruidos en la prisa por extender el progreso en todas las tierras atrasadas. Así, una a una, las partes son desgajadas de la canción de canciones. Si el profesor es capaz de clasificar cada instrumento antes de que se rompa, se queda satisfecho.

La ciencia proporciona bienes tanto materiales como morales al mundo. Su mayor contribución moral es la objetividad, o el punto de vista científico. Eso significa ponerlo todo en duda, salvo los hechos; significa talar hasta dar con los hechos, y que las astillas caigan donde puedan. Uno de los hechos resultantes de la tala científica es que cada río necesita más gente, y toda la gente necesita más inventos, y por consiguiente más ciencia; la buena vida depende de la extensión indefinida de esta cadena lógica. Que la buena vida cerca de cualquier río pudiera depender de la percepción de su música, y de la preservación de alguna música que oír, es una forma de duda que la ciencia todavía no abriga.

La ciencia no ha llegado todavía al Gavilán, de manera que las nutrias juegan al tócame tú en sus pozas y rápidos, y expulsan a las gruesas truchas arcoiris de debajo de las riberas musgosas, sin pensar en la riada que un día

arrastrará la ribera hasta el Océano Pacífico o en el deportista que un día les disputará la trucha. Como el científico, la trucha no duda acerca de su propio proyecto vital. Da por sentado que para ella el Gavilán seguirá cantando siempre.



Área de los condados arenosos, en el centro de Wisconsin.

III. CONCLUSIONES

LA ÉTICA DE LA TIERRA

Cuando Odiseo, amado por los dioses, volvió de la guerra de Troya, colgó de una soga a una docena de esclavas domésticas, de las que sospechaba una mala conducta durante su ausencia.

Este ahorcamiento no implicaba una cuestión de justicia. Las chicas eran propiedad[94]. Disponer de la propiedad era entonces, igual que ahora, un asunto de conveniencia, no de lo moralmente correcto o incorrecto.

No es que faltaran los conceptos de correcto e incorrecto en la Grecia de Odiseo: lo atestigua la fidelidad de su esposa durante los largos años transcurridos hasta que, por fin, las galeras de negra proa surcaron, camino de casa, los mares de color vinoso. La estructura ética de aquellos tiempos alcanzaba a las esposas, pero no se había extendido a los enseres humanos. Durante los tres mil años transcurridos desde entonces, los criterios éticos se han extendido a muchos campos de la conducta, con las correspondientes mermas de aquellos en los que sólo se juzga con el criterio de la conveniencia.

El orden de la ética

Esta ampliación de la ética, hasta ahora estudiada sólo por los filósofos, es en realidad un proceso en la evolución ecológica. Sus pasos pueden describirse en términos tanto ecológicos como filosóficos. Desde el punto de vista ecológico, una ética consiste en cierta limitación de la libertad de acción en la lucha por la existencia. Filosóficamente, la ética consiste en cierta diferenciación entre conducta social y antisocial. Son dos definiciones de una misma cosa. Esa cosa tiene su origen en la tendencia a desarrollar modos de cooperación que muestran individuos o grupos interdependientes. El ecólogo llama a estos modos de cooperación simbiosis. La política y la economía son

simbiosis avanzadas en las que la competición original donde casi todo valía ha sido reemplazada por mecanismos cooperativos con un contenido ético.

La complejidad de los mecanismos cooperativos se ha incrementado con la densidad de la población, y con la eficacia de las herramientas. Por ejemplo, era más sencillo definir los usos antisociales de los palos y las piedras, en el tiempo de los mastodontes, que el de las balas y los anuncios en la época de los motores.

La ética primitiva se ocupaba de la relación entre individuos; el Decálogo de Moisés es un ejemplo. Los añadidos posteriores se ocuparon de la relación entre el individuo y la sociedad. La Regla de Oro trata de integrar el individuo en la sociedad; la democracia, de integrar la organización social en el individuo.

Hasta ahora, no hay una ética que se ocupe de la relación del hombre con la tierra y con los animales y plantas que crecen sobre ella. La tierra, como las esclavas de Odiseo, es sólo propiedad. La relación con la tierra sigue siendo estrictamente económica, y acarrea privilegios, pero no obligaciones.

La ampliación de la ética a ese tercer elemento del medio humano es, si no me equivoco, una posibilidad evolutiva y una necesidad ecológica. Es el tercer paso en una secuencia. Los dos primeros ya se han dado. Pensadores individuales, desde los tiempos de Ezequiel e Isaías, han afirmado que la expoliación de la tierra no sólo es algo inconveniente, sino moralmente incorrecto. Con todo, la sociedad todavía no ha aceptado ese pensamiento. Yo veo el actual movimiento conservacionista como la semilla de ese juicio.

Se puede considerar que una ética es un modo de orientación al encontrarnos en situaciones ecológicas tan nuevas o intrincadas, o que implican reacciones tan diferidas, que la vía de lo más conveniente para la sociedad no es discernióle para el individuo medio. Los instintos animales son formas de orientación para el individuo al enfrentarse con esas situaciones. Tal vez la ética sea una especie de instinto comunitario que se desarrolla sobre la marcha.

El concepto de comunidad

Toda la ética desarrollada hasta ahora se basa en una única premisa: que el individuo es miembro de una comunidad de parles interdependientes. Sus instintos lo impelen a competir por su lugar en esa comunidad, pero su ética también lo impele a cooperar (quizás con el objetivo de que haya un lugar por el que competir).

La ética de la tierra, sencillamente, extiende las fronteras de la comunidad para incluir los suelos, las aguas, las plantas y los animales; dicho de un modo colectivo, la tierra.

Esto parece sencillo: ¿acaso no cantamos ya nuestro amor y respeto por la tierra de los libres y el hogar de los valientes? Sí, pero ¿qué es lo que de verdad amamos, o a quién? No el suelo, desde luego, que estamos enviando atropelladamente aguas abajo. Tampoco las aguas, para las que no admitimos otra función que hacer girar turbinas, transportar barcazas y llevarse residuos. Ni las plantas, de las que exterminamos comunidades enteras sin pestañear. Y, en verdad, tampoco los animales, de los que ya hemos extirpado muchas de las especies más grandes y hermosas. Una ética de la tierra, por supuesto, no puede impedir la alteración, la gestión y el uso de esos «recursos»; pero afirma su derecho a continuar existiendo y, al menos en algunos puntos, a continuar existiendo en estado natural.

En pocas palabras, una ética de la tierra cambia el papel de *Homo sapiens*: de conquistador de la comunidad terrestre al de simple miembro y ciudadano de ella. Esto implica respeto por sus miembros, y respeto también por la comunidad como tal.

En la historia humana, hemos aprendido (espero) que el papel de conquistador acaba por ser contraproducente. ¿Por qué? Porque está implícito en tal papel que el conquistador sabe, *ex catedra*, cómo funciona el reloj de la comunidad, y qué o quién tiene valor, y qué o quién no lo tiene en la vida comunitaria. Siempre acaba por resultar que no sabe ni una cosa ni otra, así que sus conquistas acaban tornándose derrotas.

En la comunidad biótica, existe una situación paralela. Abram supo con exactitud para qué servía la tierra: servía para verter leche y miel en la boca de Abram. Hoy en día, la firmeza con la asumimos esta idea es inversa al grado de nuestra educación.

El ciudadano común de ahora supone que la ciencia sabe cómo funciona el reloj de la comunidad; el científico está convencido de lo contrario. Sabe que el mecanismo biótico es tan complejo que su funcionamiento nunca puede ser comprendido del todo.

Que el hombre es, de hecho, sólo un miembro más de un equipo biótico lo revela una interpretación ecológica de la historia. Muchos de los hechos históricos, explicados hasta ahora sólo en términos de la iniciativa humana, fueron en realidad interacciones bióticas entre la gente y la tierra. Las características de la tierra determinaron tales hechos con la misma fuerza que las características de los hombres que vivían en ella.

Consideremos, por ejemplo, los asentamientos en el valle del Mississippi. En los años siguientes a la Revolución, tres grupos luchaban por su control: los indios nativos, los comerciantes franceses e ingleses, y los colonos americanos. Los historiadores se preguntan qué hubiese sucedido si los ingleses de Detroit hubieran añadido un poco más de peso en el lado indio de aquellas balanzas locas que decidieron el resultado de la emigración colonial hacia los cañaverales de Kentucky. Ya es hora de reflexionar sobre el hecho de cómo los cañaverales, al ser sometidos a la particular mezcla de fuerzas representadas por la vaca, el arado, el fuego y el hacha del pionero, se convirtieron en pastizales de *bluegrass*[95]. ¿Qué hubiera pasado si la sucesión de especies vegetales propia de esa tierra oscura y sangrienta hubiese dado, bajo el impacto de aquellas fuerzas, inútiles juncos, arbustos o malas hierbas? ¿Habrían resistido Boone[96] y Kenton[97]? ¿Habría habido riadas de gente hacia Ohio, Indiana, lllinois y Missouri? ¿Hubiera tenido lugar la Compra de Louisiana? ¿La unión trascontinental de nuevos estados? ¿La Guerra Civil?

Kentucky fue una frase en el drama de la historia. Por lo común, nos han contado lo que trataban de hacer los actores humanos de ese drama, pero pocas veces se nos dice que su éxito, o su fracaso, dependieron en gran medida de la reacción de determinados suelos al impacto de determinadas fuerzas ejercidas por su ocupación. En el caso de Kentucky, ni siquiera sabemos de dónde procedía la hierba *bluegrass*, si se trata de una especie nativa o es un polizón de Europa.

Como contraste, compárese la tierra de los cañaverales con lo que, a toro pasado, sabemos sobre el Suroeste, donde los pioneros fueron igual de valientes, industriosos y perseverantes. Allí el impacto de la ocupación no trajo pastizales de *bluegrass*, ni otra planta adecuada para resistir los choques y las sacudidas de un uso duro. Esa región, bajo la presión del ganado, fue retrocediendo a un estado de equilibrio inestable, a través de una serie de pastos cada vez más inútiles, arbustos y malas hierbas. Cada recesión de tipos de plantas generó erosión; cada incremento de la erosión generó una mayor recesión de plantas. Hoy el resultado es un deterioro mutuo y progresivo, no sólo de las plantas y de los suelos, sino de la comunidad animal qué depende de ellos. Los primeros colonos no esperaban eso: en las *ciénagas*[98] de Nuevo México, algunos incluso cavaron zanjas para acelerar el proceso. Tan sutil ha sido la progresión que pocos de los residentes en la región se han dado cuenta de ella. Es casi invisible para el turista, a quien ese paisaje arruinado le parece maravilloso y lleno de color (y lo es, pero tiene escaso parecido con lo que fue en 1848).

Este mismo paisaje ya se «desarrolló» en una ocasión anterior, pero con muy distintos resultados. En la época precolombina, los indios Pueblo se asentaron en el Suroeste, pero sucedió que *no* disponían de rebaños nómadas. Su civilización expiró, pero no porque expirase su tierra.

En la India, se han colonizado regiones que carecen de hierba capaz de formar suelo, y parece que sin arruinar la tierra, por el simple procedimiento de llevar la hierba a las vacas, y no viceversa. (¿Fue el resultado de una profunda sabiduría, o fue sólo buena suerte? No lo sé).

En pocas palabras, el mecanismo de sucesión de las plantas dirigió el curso de la historia; el pionero, simplemente, demostró, para bien o para mal, qué sucesiones eran las propias de la tierra. ¿Se enseña historia con este espíritu? Se enseñará cuando el concepto de la tierra como una comunidad entre en nuestra vida intelectual.

La conciencia ecológica

La conservación es un estado de armonía entre los hombres y la tierra. A pesar de casi un siglo de propaganda, la conservación aún camina a paso de tortuga; en la mayoría de los casos, el avance sigue consistiendo en cartas beatas y oratoria de asamblea. En los pasados años cuarenta, seguimos dando dos pasos atrás por cada uno adelante.

La respuesta usual frente a este dilema es «más educación para la conservación». Nadie discutirá esto, pero ¿es cierto que sólo necesitamos aumentar el *volumen* de educación? ¿No falta algo también en el *contenido*?

Es difícil hacer un resumen justo y conciso de ese contenido; pero, tal como yo lo entiendo, el contenido es sustancialmente éste: obedece a la ley, vota lo correcto, únete a algunas organizaciones, y pon en práctica lo que la conservación tiene de provechosa para tu propia tierra; el gobierno hará el resto.

¿No es esta fórmula demasiado fácil para lograr cualquier cosa que merezca la pena? No define lo que está bien y lo que está mal, no marca ninguna obligación, no pide ningún sacrificio, no implica cambios en la actual filosofía de valores. Respecto al uso de la tierra, sólo impulsa un egoísmo ilustrado. ¿Hasta dónde podemos llegar con semejante educación? Tal vez un ejemplo nos dé una respuesta parcial.

En 1930 había quedado claro para todo mundo, excepto para los ecológicamente ciegos, que la capa superior en el suelo del suroeste de Wisconsin se estaba deslizando hacia el mar. En 1933, se dijo a los granjeros que si adoptaban ciertas prácticas de conservación durante cinco años, el

estado les procuraría trabajadores de las CCC[99] para ponerlo en funcionamiento, más la maquinaria y los materiales necesarios. La oferta fue ampliamente aceptada, pero las buenas prácticas fueron también ampliamente olvidadas cuando terminó el periodo de contrato de cinco años. Los granjeros sólo siguieron con aquellas prácticas que les producían una ganancia económica personal, visible e inmediata.

Esto condujo a la idea de que, tal vez, los granjeros aprenderían más rápido si ellos mismos dictasen las normas. En 1937, el parlamento de Wisconsin aprobó la Ley de Distrito de Conservación del Suelo. Se les decía a los granjeros, de hecho: «La iniciativa pública os proporcionará servicio técnico gratuito y os prestará maquinaria especializada, si a cambio vosotros os dictáis vuestras propias normas para el uso de la tierra. Cada condado puede dictarse las suyas, y tendrán fuerza de ley». Casi todos los condados se organizaron con rapidez para obtener la ayuda ofrecida, pero una década después de la operación, *ningún condado ha dictado todavía una sola norma*. Ha habido un progreso visible en prácticas como el cultivo en fajas alternadas, renovación de pastos y abonado con cal de los suelos, pero ninguno en cuanto a vallar sotos contra el pastoreo, o en excluir el arado y la vaca de las pendientes abruptas. Los granjeros, en pocas palabras, han seleccionado aquellas buenas prácticas que les eran ventajosas, e ignorado las que eran ventajosos para la comunidad, pero no claramente ventajosas para ellos mismos.

Cuando uno les pregunta por qué no se han dictado normas, te responden que la comunidad no está todavía preparada para apoyarlas; la educación debe preceder a las reglas. Pero la educación actual no menciona las obligaciones para con la tierra, más allá de las dictadas por el propio interés egoísta. El resultado claro es que tenemos más educación, pero menos suelo, menos bosques sanos, y tantas inundaciones como en 1937.

El aspecto desconcertante en tales situaciones es que se da por supuesta la existencia de obligaciones más allá del interés propio en empresas de la comunidad rural tales como la mejora de las carreteras, escuelas, iglesias y equipos de béisbol. Pero no se dan por supuestas obligaciones análogas, ni se discute seriamente, en lo que hace a mejorar el comportamiento del agua que cae sobre la tierra, ni preservar la belleza o diversidad del paisaje rural. La ética del uso de la tierra sigue totalmente gobernada por el interés propio económico, tal y como lo estaba la ética social hace un siglo.

Resumiendo: le pedimos al granjero que hiciese lo que cómodamente pudiera para salvar su suelo, y ha hecho eso, y sólo eso. El granjero que tala

un bosque en una pendiente con el 75% de inclinación, lleva sus vacas al monte roturado, y deja que el agua de la lluvia, las piedras y el suelo se viertan en el riachuelo de la comunidad, sigue siendo (si, por lo demás, es honrado) un miembro respetable de la sociedad. Si mejora el suelo, y planta las cosechas siguiendo las curvas de nivel, tiene derecho además a todos los privilegios y emolumentos de su Organismo del Distrito para la Conservación del Suelo. El Organismo del Distrito es una hermosa pieza de maquinaria social, pero tiene atrancados los cilindros, porque hemos sido demasiado tímidos, y a la vez demasiado ansiosos de éxito rápido, como para decirle al granjero la verdadera magnitud de sus obligaciones. Las obligaciones no significan nada sin la conciencia, y el problema con el que nos enfrentamos es extender la conciencia social desde los individuos a la tierra.

Ningún cambio ético importante se llevó a cabo sin un cambio interno en nuestros intereses intelectuales, lealtades, afectos y convicciones. La prueba de que la conservación no ha tocado aún esas bases de la conducta está en el hecho de que la filosofía y la religión todavía no han oído hablar de ella. En nuestro intento por hacer de la conservación un asunto fácil, la hemos trivial izado.

Sustitutos de una ética de la tierra

Cuando la lógica de la historia tiene hambre de pan y le echamos una piedra, las pasamos negras para explicar en qué se parece la piedra al pan. Voy ahora a describir algunas de las piedras que se emplean en lugar de una ética de la tierra.

Una debilidad básica de un sistema de conservación basado por completo en motivos económicos es que la mayoría de los miembros de la comunidad de la tierra no tiene un valor económico. Por ejemplo, las flores silvestres y los pájaros cantores. De las 22 000 plantas superiores y animales nativos de Wisconsin, es dudoso si más de un 5% pueden venderse, pastarse, comerse, o darles cualquier otro uso económico. Y con todo, esas criaturas son miembros de la comunidad biótica, y si (como creo) su estabilidad depende de su integridad, tienen derecho a continuar con vida.

Cuando está amenazada una de esas categorías no económicas, si resulta que la amamos, inventamos subterfugios para darle importancia económica. A principios de siglo, se suponía que estaban desapareciendo los pájaros cantores. Los ornitólogos se lanzaron a su rescate, esgrimiendo pruebas no del todo convincentes de que los insectos se nos comerían vivos si los pájaros

dejaran de controlarlos. Las pruebas tenían que ser de naturaleza económica para ser válidas.

Resulta embarazoso leer hoy en día estos circunloquios. Aún no tenemos una ética de la tierra, pero al menos nos hemos aproximado a admitir que los pájaros deberían seguir existiendo por puro derecho biótico, sin tener en cuenta la presencia o ausencia de ventajas económicas para nosotros.

La situación es la misma con respecto a los mamíferos depredadores y las aves rapaces. Hubo un tiempo en que los biólogos estiraron las pruebas de que estas criaturas preservan la salud de la caza, matando a los más débiles, o que controlan a los roedores en favor del granjero, o que cazan sólo a las especies «sin utilidad». De nuevo la razón tenía que ser económica para ser válida. Tan sólo en años recientes escuchamos el argumento, más honesto, de que los depredadores son miembros de la comunidad, y que ningún interés especial tiene el derecho de exterminarlos, en nombre de un beneficio real o imaginario. Por desgracia, esta visión ilustrada sigue en fase de discusión. En el campo prosigue alegremente el exterminio de los depredadores: como testimonio, la desaparición inminente del lobo gris americano, con el *fíat* del Congreso, los Departamentos para la Conservación y las cámaras legislativas de muchos estados.

Muchas especies de árboles han sido «echadas de casa» por ingenieros forestales economicistas, porque crecen demasiado lento, o tienen un valor demasiado bajo en el mercado de la madera: como ejemplos, el cedro blanco, el alerce, el ciprés, el abedul y el pinabeto. En Europa, donde la silvicultura está más avanzada ecológicamente, las especies de árboles no comerciales son reconocidas como miembros de Ja comunidad forestal nativa, para preservarlas como tales, sin más razones. Por otra parte, se ha descubierto que algunas (como el abedul) cumplen una valiosa función al contribuir a la fertilidad del suelo. Se da por sentada la interdependencia entre el bosque y sus especies de árboles constitutivas, la flora del suelo y la fauna.

La falta de valor económico es, muchas veces, una característica no sólo de ciertas especies o grupos, sino de enteras comunidades bióticas: pantanos, ciénagas, dunas y «desiertos», por ejemplo. Nuestra fórmula, en tales casos, es delegar en el gobierno su conservación, en forma de vedados, monumentos naturales o parques. El problema es que esas comunidades suelen estar entremezcladas con tierras privadas más valiosas; el gobierno acaso no pueda poseer o controlar esas parcelas dispersas. El efecto neto es que hemos condenado algunas de estas comunidades a la extinción en amplias zonas. Si el propietario privado tuviese una mentalidad ecológica, se sentiría orgulloso

de custodiar una razonable proporción de esas zonas, que añaden belleza y diversidad a su granja y a su comunidad.

En algunos casos, la aparente falta de beneficios en esas zonas de «desecho» se ha demostrado errónea, pero sólo después de haber eliminado la mayoría de ellas. La pelea actual por volver a inundar las marismas de la rata almizclera es un caso señalado.

En el conservacionismo americano se da una clara tendencia a delegar en el Gobierno todos los trabajos necesarios que no cubren los propietarios privados de la tierra. La propiedad, las obras, las subvenciones o las regulaciones gubernamentales prevalecen cada vez más en silvicultura, empleo de pastos, gestión de suelos y cuencas fluviales, conservación de parques naturales y vida silvestre, gestión de pesquerías, control de las aves migratorias, y lo que venga. La mayor parte de este crecimiento de la conservación gubernamental es algo lógico y apropiado, casi inevitable. La prueba implícita de que yo no lo desapruebo está en que me he pasado media vida trabajando en este sector. Y sin embargo surge una pregunta: ¿cuál será la magnitud final de la empresa? ¿Podrá la base fiscal soportar sus últimas ramificaciones? ¿En qué momento la conservación gubernamental, como el mastodonte, quedará menoscabada por sus propias dimensiones? La respuesta, de haberla, parece estar en una ética de la tierra, o en algún otro impulso que asigne más obligaciones al propietario privado.

Los terratenientes industriales y los usuarios, sobre todo los madereros y los ganaderos, tienden a quejarse, largo y tendido, de la ampliación de la propiedad gubernamental de la tierra y el aumento de la regulación; pero (con notables excepciones) muestran poca disposición para desarrollar la única alternativa visible: la práctica voluntaria de conservación de sus propias tierras.

Cuando se le pide al terrateniente privado que realice un acto no lucrativo en favor de la comunidad, hoy en día sólo consiente alargando la mano. Si ese acto le cuesta dinero, le parece justo y adecuado; pero cuando sólo cuesta previsión, inteligencia o tiempo, el asunto ya es, cuanto menos, discutible. El aumento arrollador de las subvenciones agrícolas, en los últimos años, debe atribuirse en gran medida a las propias agencias del gobierno para la enseñanza de la conservación: los departamentos de la tierra, las escuelas técnicas de agronomía y los servicios de extensión. Por lo que yo puedo detectar, en estas instituciones no se enseña ninguna obligación ética para con la tierra.

Resumiendo: un sistema de conservación basado únicamente en el interés económico propio está desequilibrado sin remedio. Tiende a ignorar —y por tanto a eliminar en el largo plazo— muchos elementos de la comunidad de la tierra carentes de valor comercial, pero que (por lo que sabemos) son esenciales para su funcionamiento saludable. Cae en el error de creer que la piezas económicas del reloj biótico pueden funcionar sin las piezas no económicas. Tiende a delegar en el gobierno muchas funciones que al final serán demasiado grandes, o demasiado complejas, o demasiado ampliamente dispersas como para ser resueltas por el gobierno.

El único remedio a la vista para estas situaciones sería una obligación ética por parte de los propietarios privados.

La pirámide de la tierra

Una ética que complemente y guíe la relación económica con la tierra presupone la existencia de cierta imagen mental de la tierra como un mecanismo biótico. Sólo alcanzamos a ser éticos en relación con algo que podamos ver, sentir, entender, amar, algo en lo que tengamos fe de alguna forma.

La imagen que se emplea normalmente para enseñar la conservación es «el equilibrio de la naturaleza». Por razones demasiado largas para detallar aquí, esta figura del habla no sirve para describir con precisión lo poco que sabemos sobre el mecanismo de la tierra. En ecología se utiliza una imagen mucho más veraz: la pirámide biótica. Primero esbozaré la pirámide como un símbolo de la tierra, y después desarrollaré algunas de sus implicaciones en términos de la utilización de la tierra.

Las plantas absorben la energía del sol. Esta energía fluye a través de un circuito llamado biocenosis, que puede representarse como una pirámide constituida por niveles. El nivel inferior es el suelo. Un nivel de plantas descansa sobre el suelo, otro de insectos sobre las plantas, uno de pájaros y roedores sobre los insectos, y así sucesivamente, a través de varios grupos de animales, hasta el nivel de la cumbre, constituido por los carnívoros más grandes.

Las especies de un mismo nivel se parecen entre sí, no por su procedencia o su aspecto, sino más bien por lo que comen. Cada nivel sucesivo depende de los inferiores para su alimento, y, a menudo, para otras necesidades; a cambio, cada uno procura alimento y servicios a los superiores. Procediendo hacia arriba, cada nivel sucesivo disminuye en abundancia numérica. Así, por cada carnívoro hay cientos de sus presas, miles de las presas de sus presas,

millones de insectos, innumerables plantas. La forma piramidal del sistema refleja esta progresión numérica desde la cumbre a la base. El hombre comparte un nivel intermedio con los osos, mapaches y ardillas, que comen tanto carne como vegetales.

Las líneas de dependencia para la comida y otras necesidades se llaman cadenas alimentarias. Así, la cadena suelo-encina-ciervo-indio se ha convertido en gran medida ahora en suelo-maíz-vaca-granjero. Cada especie, incluyéndonos a nosotros mismos, es un eslabón en muchas cadenas. El ciervo come cientos de plantas además de la encina, y la vaca otros cientos además del maíz. Ambos, por tanto, son eslabones en cientos de cadenas. La pirámide es una maraña de cadenas tan compleja que parece desordenada, aunque la estabilidad del sistema prueba que se trata de una estructura altamente organizada. Su funcionamiento depende de la cooperación y competición de sus diversas partes.

Al principio, la pirámide de la vida era baja y achaparrada; las cadenas alimentarías, cortas y simples. La evolución ha añadido nivel tras nivel, un eslabón tras otro. El hombre es sólo uno de los miles de añadidos a la altura y complejidad de la pirámide. La ciencia nos ha planteado muchas dudas, pero nos ha dado al menos una certeza: la tendencia de la evolución se dirige a elaborar y diversificar la biocenosis.

La tierra, entonces, no es únicamente suelo; es una fuente de energía que fluye a través de un circuito de suelos, plantas y animales. Las cadenas alimentarias son los canales vivos que conducen la energía hacia arriba; la muerte y la putrefacción la devuelven al suelo. El circuito no está cerrado; algo de energía se pierde en la pudrición, algo se añade del aire por absorción, algo se almacena en los suelos, las turbas y los bosques de larga vida; pero es un circuito continuo[100], como un fondo de vida giratorio, que aumenta con lentitud. Siempre hay una pérdida neta a causa de las escorrentías colina abajo, pero suele ser pequeña y queda compensada por la erosión de las rocas. Los sedimentos se depositan en el océano y, en el curso del tiempo geológico, se alzan para formar nuevas tierras y nuevas pirámides.

La velocidad y el carácter del flujo ascendente de la energía depende de la compleja estructura de la comunidad de animales y plantas, igual que el flujo ascendente de la savia, en un árbol, depende de su compleja organización celular. Sin esta complejidad, probablemente no habría una circulación normal. La estructura implica una cuantía característica de las especies que la componen, además de clases y funciones características. Esta

interdependencia entre la estructura compleja de la tierra y su funcionamiento regular como una unidad de energía constituye uno de sus atributos básicos.

Cuando se produce un cambio en una parte del circuito, muchas otras partes deben ajustarse a él. El cambio no obstruye o desvía, necesariamente, el flujo de energía; la evolución es una larga serie de cambios autoinducidos, cuyo resultado neto ha consistido en elaborar el mecanismo del flujo y alargar el circuito. Sin embargo, los cambios evolutivos suelen ser lentos y locales. La invención de las herramientas ha capacitado al hombre para producir cambios de violencia, rapidez y alcance sin precedentes.

Un cambio es la composición de las floras y las faunas. Los depredadores más grandes han sido cercenados de la cumbre de la pirámide; por primera vez en la historia, las cadenas alimentarias se acortan en vez de alargarse. Especies domesticadas de otras tierras substituyen a las salvajes, y las salvajes son trasladadas a nuevos hábitats. En esta mancomunidad universal de faunas y floras, algunas especies, rebasando sus límites, se convierten en plagas y enfermedades, otras se extinguen. Tales efectos son pocas veces deseados o previstos; significan reajustes en las estructuras, impredecibles y, a menudo, imposibles de rastrear. La ciencia agrícola es, en gran medida, una carrera entre la aparición de nuevas plagas y la de nuevas técnicas para controlarlas.

Otro cambio afecta al flujo de energía en las plantas y animales y su retorno al suelo. La fertilidad es la capacidad del suelo para recibir, almacenar y soltar la energía. La agricultura, extrayendo demasiados nutrientes del suelo, o mediante una sustitución demasiado radical de especies nativas por otras domesticadas en la superestructura, puede averiar los canales de flujo o mermar el almacenaje. Los suelos que reducen su almacenaje, o la materia orgánica que lo ancla, son arrastrados por las aguas a un ritmo más rápido que el de formación de nuevo suelo. Esto es la erosión.

Las aguas, como el suelo, son parte del circuito de energía. La industria, al contaminar las aguas o al obstruirlas mediante presas, puede eliminar las plantas y animales necesarios para mantener la energía en circulación.

El transporte trae otro cambio básico: las plantas y los animales que se crían en una región ahora se consumen y retornan al suelo en otra. El transporte sangra la energía almacenada en las rocas y en el aire, y la utiliza en otra parte; así, fertilizamos el jardín con el nitrógeno que los pájaros, productores del guano, tomaron de los peces en los mares del otro lado del Ecuador. De ese modo, circuitos antes bien localizados y autocontenidos se entremezclan a escala mundial.

El proceso de alterar la pirámide favoreciendo la ocupación humana libera la energía almacenada, y, a menudo, esto origina, durante el periodo pionero, una exuberancia engañosa de vida animal y vegetal, tanto de especies domésticas como salvajes. Esa liberación de capital biótico tiende a enturbiar o aplazar las penalizaciones violentas.

* * *

Este esquema en miniatura de la tierra como un circuito de energía implica tres ideas básicas:

(1) Que la tierra no es únicamente el suelo.
(2) Que las plantas y animales nativos mantienen abierto el circuito de la energía; otras especies pueden mantenerlo o no.
(3) Que los cambios producidos por el hombre son de un orden diferente a los cambios evolutivos, y suelen tener efectos más completos de lo que se desea o se prevé.

Estas ideas, en conjunto, plantean dos cuestiones básicas: ¿puede la tierra ajustarse por sí misma al nuevo orden? Las alteraciones deseadas, ¿pueden llevarse a cabo con menos violencia?

Las biocenosis parecen diferir en su capacidad para admitir la transformación violenta. Por ejemplo, Europa occidental tiene ahora una pirámide muy diferente de la que se encontró César. Se perdieron algunos de los grandes animales; bosques pantanosos se han convertido en praderas o en tierras de labranza; se introdujeron nuevas plantas y animales, algunos de los cuales se desmandaron en forma de plagas; la distribución y abundancia de las especies nativas que aún quedan han sufrido grandes cambios. Con todo, allí sigue el suelo, y, con la ayuda de nutrientes importados, sigue fértil; las aguas fluyen normalmente; la nueva estructura parece funcionar y mantenerse. No se aprecia ninguna interrupción ni avería en el circuito.

Europa occidental tiene, por tanto, una biocenosis resistente. Sus procesos internos son duros, elásticos, y resistentes a la tensión. Sin importar la violencia de las alteraciones, la pirámide, hasta ahora, ha desarrollado un nuevo *modus vivendi* que preserva su habitabilidad para el hombre y la mayoría de las demás especies nativas.

Japón parece presentar otro ejemplo de conversión radical sin desorganización.

La mayoría de las otras regiones civilizadas, y algunas apenas tocadas por la civilización hasta ahora, presentan varios grados de desorganización, que varían desde los síntomas iniciales hasta el deterioro avanzado. En Asia Menor y en el norte de África, el diagnóstico es más difícil a causa de los cambios climáticos, que pueden haber sido la causa o el efecto del avanzado deterioro. En los Estados Unidos, el grado de desorganización varía localmente; es peor en el Suroeste, en los Ozarks, y en ciertas partes del Sur, y es menor en Nueva Inglaterra y en el Noroeste. Un uso mejor de la tierra podría detenerla en las regiones menos avanzadas. En partes de México, América del Sur, Sudáfrica y Australia, está en marcha un deterioro violento y acelerado, pero no puedo valorar sus perspectivas.

Esta desorganización de la tierra que hallamos casi en el mundo entero parecer semejante a la enfermedad de un animal, excepto que nunca culmina en la desorganización completa o en la muerte. La tierra se recupera, pero con un nivel de complejidad reducido, y mermada su capacidad para seguir sustentando gente, plantas y animales. Muchas biocenosis, consideradas actualmente como «tierras de la oportunidad», están ya subsistiendo a base de una agricultura de explotación; es decir, ya han excedido su capacidad de sustentación a largo plazo. La mayor parte de Sudamérica está superpoblada en ese sentido.

En las regiones áridas, intentamos contrarrestar el proceso de deterioro rescatando nuevos terrenos, pero es harto evidente que la longevidad de tales proyectos suele ser corta. En nuestro propio Oeste, los mejores puede que no duren un siglo.

El testimonio combinado de la historia y la ecología parece apoyar una deducción general: cuanto menos violentos sean los cambios debidos al hombre, mayor es la probabilidad de reajustes bien logrados en la pirámide. La violencia, a su vez, varía con la densidad de la población humana; una población densa requiere cambios más violentos. A este respecto, Norteamérica tiene más posibilidades de conservarse que Europa, si es capaz de limitar su densidad.

Esta deducción se opone a nuestra filosofía actual, que mantiene que si un pequeño aumento de densidad enriqueció la vida humana, entonces un aumento indefinido la enriquecerá indefinidamente. La ecología no conoce ni una sola relación de densidad que soporte un crecimiento indefinido. Todas las ganancias obtenidas a partir de la densidad están sometidas a una ley de rendimientos decrecientes.

Sea cual fuere la ecuación para los hombres y la tierra, es improbable que, hoy por hoy, conozcamos todos sus términos. Descubrimientos recientes en nutrición mineral y vitamínica revelan insospechadas dependencias en el circuito superior: cantidades diminutas de ciertas sustancias determinan el valor de los suelos para las plantas, de las plantas para los animales. ¿Y qué hay del circuito inferior? ¿Qué sucede con las especies que se extinguen, cuya preservación consideramos hoy un lujo estético? Ayudaron a formar el suelo; ¿de qué insospechadas maneras pueden ser esenciales para su mantenimiento? El profesor Weaver propone que utilicemos las flores de pradera para regenerar los suelos desgastados de la cuenca árida[101]; ¿quién sabe para qué propósitos podrían utilizarse un día las grullas y los cóndores, las nutrias y los osos pardos?

La salud de la tierra y la división A-B

Así pues, una ética de la tierra refleja la existencia de una conciencia ecológica, y ésta, a su vez, refleja la convicción de una responsabilidad individual respecto a la salud de la tierra. La salud es la capacidad de autorrenovación de la tierra. La conservación es nuestro esfuerzo para comprender y preservar esta capacidad.

Los conservacionistas son famosos por sus disputas. Superficialmente, éstas parecen superponerse sin otro resultado final que la confusión, pero un examen más cuidadoso revela un único plano de escisión, común a muchos campos especializados. En cada campo, un grupo (A) considera la tierra como suelo, y su función como producción de mercancías; otro grupo (B) considera la tierra como una biocenosis, y su función como algo mucho más complejo. ¿Cuánto más complejo? Hay que reconocer que esto sigue siendo motivo de duda y confusión.

En mi propio campo, la silvicultura, al grupo A le basta y sobra con cultivar árboles como si fueran berzas, con la celulosa como mercancía forestal básica. No se retrae ante la violencia; su ideología es agronómica. El grupo B, por otra parte, considera que la silvicultura es algo esencialmente diferente de la agronomía, porque emplea especies naturales y gestiona un medio ambiente natural, en vez de crear uno artificial. El grupo B prefiere la reproducción natural, en principio. Con respecto a la pérdida de especies como el castaño, o la amenazante pérdida del pino blanco, se interesa por las causas bióticas tanto como las económicas. Se preocupa por la serie completa de las funciones secundarias del bosque: vida silvestre, esparcimiento, cursos

de agua, áreas vírgenes. A mi juicio, en el grupo B despunta una conciencia ecológica.

En el campo de la fauna silvestre, hay una escisión paralela. Para el grupo A, las mercancías básicas son el deporte y la carne; los hitos de la producción son cifras de faisanes y truchas apresadas. Se acepta la reproducción artificial como un recurso tanto permanente como temporal, si lo permiten los costes unitarios. Por otra parte, al grupo B le preocupan toda una serie de cuestiones bióticas laterales. ¿Cuál es el coste en depredadores por cada cosecha de caza mayor? ¿Está justificado recurrir a las especies exóticas? ¿Cómo podría la buena gestión reponer las especies mermadas, como la perdiz de pradera, ya inexistente como especie de caza? ¿Cómo podría gestionarse la recuperación de rarezas amenazadas, como el cisne trompetero o la grulla americana? ¿Pueden extenderse los principios de gestión a las flores silvestres? Me parece claro que de nuevo se produce la división A-B, como en la silvicultura.

No soy especialista en el campo más amplio de la agricultura, pero se diría que hay divisiones semejantes. La agronomía estaba desarrollándose activamente antes de que naciera la ecología, así que hay que prever una penetración más lenta de los conceptos ecológicos. Además, el granjero, por la propia naturaleza de sus técnicas, tiene que modificar la biocenosis de un modo más radical que el ingeniero forestal o el experto en fauna silvestre. Con todo, en la agricultura hay muchos insatisfechos cuyos esfuerzos parece que podrían combinarse hasta dar un nuevo concepto de «cultivo biótico».

Tal vez aquí lo más importante sea las nuevas pruebas de que la cantidad, el tonelaje, no es medida adecuada del valor alimenticio de las cosechas agrícolas; los productos de un suelo fértil pueden ser superiores desde un punto de vista cualitativo, además de cuantitativo. Podemos aumentar las cantidades producidas por los campos empobrecidos echando fertilizantes importados, pero no aumentaremos necesariamente el valor alimenticio. Las ramificaciones últimas de esta idea son tan enormes que debo dejar su exposición a plumas más hábiles.

El descontento que alza la bandera de una «agricultura orgánica», aunque exhiba ciertos rasgos propios de un culto, no deja de tener un sentido biótico, sobre todo por su insistencia en la importancia del suelo, la flora y la fauna.

Los fundamentos ecológicos de la agricultura son tan poco conocidos por la opinión público como los otros aspectos del uso de la tierra. Por ejemplo, poca gente culta se da cuenta de que los maravillosos avances técnicos realizados en las últimas décadas son sólo mejoras en la bomba, no en el

pozo. Acre a acre, apenas han bastado para compensar el hundimiento del nivel de fertilidad.

En todas estas divisiones, vemos repetirse las mismas paradojas básicas: el conquistador *versus* el ciudadano biótico; la ciencia que afila su espada *versus* la ciencia que ilumina su universo; la tierra esclava y sirviente *versus* la tierra como un organismo colectivo. En esta coyuntura, bien podría aplicarse al *Homo sapiens*, como una especie en el tiempo geológico, aquella recomendación de Robinson a Tristán:

> «Lo quieras o no
> tú eres un Rey, Tristán, pues eres
> uno de esos pocos, curtidos por el tiempo, que al morir
> dejan atrás un mundo trasformado.
> Pon tu huella en lo que dejas».

Las perspectivas de futuro

Me resulta inconcebible que pueda haber una relación ética con la tierra sin amor, respeto y admiración por esa tierra, y una alta estima de su valor. Entiendo por valor, claro, algo más amplio que el mero valor económico; quiero decir valor en el sentido filosófico.

El obstáculo más serio que impide el desarrollo de una ética de la tierra quizás sea el hecho de que nuestro sistema educativo y económico le ha vuelto la espalda a una genuina conciencia de la tierra, en vez de encaminarse hacia ella. El hombre moderno está separado de la tierra por muchos intermediarios, y por innumerables artilugios. No tiene una relación vital con ella; es sólo un espacio entre ciudades donde crecen las cosechas. Llévale a pasar un día en plena naturaleza y, de no ser en un campo de golf o en una zona «pintoresca», se aburre soberanamente. Si las cosechas pudieran producirse mediante cultivos hidropónicos, en vez de en las granjas, le parecería muy bien. Los sustitutos sintéticos de la madera, el cuero, la lana y otros productos naturales de la tierra, los prefiere a los originales. Resumiendo, la tierra es algo que «se le ha quedado pequeño».

Un obstáculo igual de serio para una ética de la tierra es la actitud del granjero para quien la tierra sigue siendo un adversario, o un capataz que le tiene esclavo. Teóricamente, la mecanización de la labranza debería haber roto las cadenas del granjero, pero es discutible que haya sido así.

Uno de los requisitos para la comprensión ecológica de la tierra es un conocimiento de la ecología, y esto de ninguna manera corre parejas con la

«educación»; de hecho, la mayor parte de la enseñanza superior parece evitar deliberadamente los conceptos ecológicos. Una comprensión de la ecología no se produce, necesariamente, en cursos que lleven la etiqueta de ecológicos; podría igualmente darse en cursos de geografía, botánica, agronomía, historia o economía. Así tendría que ser; pero, más allá de las etiquetas, la preparación ecológica es escasa.

Abogar por una ética de la tierra parecería una causa perdida, de no ser por la minoría que se rebela contra esas tendencias «modernas».

El pivote que hay que mover para poner en marcha el proceso de evolución que conduciría a una ética de la tierra es simplemente éste: dejar de pensar que el uso adecuado de la tierra es sólo un problema económico. Examinar cada cuestión en términos de lo que es correcto desde el punto de vista ético y estético, además de lo que conviene económicamente. Algo es correcto cuando tiende a preservar la integridad, estabilidad y belleza de la comunidad biótica. Es incorrecto cuando tiende a otra cosa.

No hay ni que decir que la viabilidad económica limita el alcance de lo que se puede y no se puede hacer en favor de la tierra. Siempre ha sido así y siempre lo será. La falacia que los deterministas económicos nos ha atado alrededor del cuello colectivo, y de la que ahora nos tenemos que liberar, es la creencia de que la economía determina *todos* los usos de la tierra. Esto, simplemente, no es verdad. Una multitud de actos y actitudes, que acaso incluyan el grueso de las relaciones con la tierra, está determinada por los gustos y predilecciones del usuario de la tierra, más que por su bolsillo. El grueso de todas las relaciones con la tierra depende de las inversiones de tiempo, previsión, habilidad y fe, más que de las inversiones de dinero. Así como piensa el usuario de la tierra, así es él.

He presentado a propósito la ética de la tierra como el producto de una evolución social, porque nunca se ha «escrito» nada tan importante como una ética. Sólo el estudiante de historia más superficial cree que Moisés «escribió» el Decálogo: se desarrolló en las mentes de una comunidad pensante, y Moisés escribió un resumen provisional para un «seminario». Digo provisional porque la evolución no se para nunca.

La evolución de una ética de la tierra es un proceso intelectual tanto como emocional. La conservación está empedrada con buenas intenciones que resultaron ser inútiles, o incluso peligrosas, porque carecían del conocimiento crítico tanto de la tierra como de su uso económico. Es casi una perogrullada decir que cuando la frontera ética se desplaza del individuo a la comunidad, su contenido intelectual tiene que aumentar.

El mecanismo operativo es el mismo que para cualquier ética: la aprobación social para los actos correctos, la desaprobación para los incorrectos.

En general, el problema que tenemos ahora mismo es de actitudes y herramientas. Estamos remodelando la Alhambra con una excavadora, y todavía nos sentimos orgullosos de lo finos que somos al medir. Es muy difícil renunciar a la excavadora que, después de todo, tiene muchos aspectos positivos, pero necesitamos criterios más delicados y objetivos para su utilización provechosa.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

I. Obras de Aldo Leopold (1887-1948)[102]

A Sand County Almanac, and Sketches Here and There. Oxford University Press, New York 1949 (primera edición), con reediciones posteriores.

Aldo Leopold's Southwest (recopilación de ensayos y artículos escritos entre 1915 y 1948; edición a cargo de David E. Brown y Neil B. Carmony). University of New Mexico Press, Albuquerque 1995.

Game Management (manual de gestión de la fauna silvestre cuya primera edición se publicó en 1933). Hay edición reciente de 1986, con prólogo de Laurence R. Jahn, en University oí Wisconsin Press, Madison (Wisconsin).

Round River. Form the Journals of Aldo Leopold (selección de anotaciones entre 1922 y 1937; edición a cargo de su hijo Luna B. Leopold). Oxford University Press, New York 1953 (primera edición); reimpresiones posteriores.

The River of the Mother of God (and Other Essays) (edición a cargo de Susan Flader y John Baird Callicott). University of Wisconsin Press, Madison (Wisconsin) 1991.

The Sand Country of Aldo Leopold (edición de Anthony Wolff; antología de los escritos de Leopold, con un ensayo de Susan Flader y fotografías de Charles Steinhacker). Sierra Club, San Francisco 1973.

II. Sobre Aldo Leopold y su contexto

ALLIN, Craig W., 1982: *The Politics of Wilderness Preservation*. Creenwood Press, Westport, Connecticut.

ANDERSON, Peter, 1995: *Aldo Leopold: American Ecologist* Watts, New York.

BALDWIN, Donald M., 1972: *The Quiet Revolution: The Grassroots of Today's Wilderness Preservador Movement*. Pruett Publishing Co., Boulder, Colorado.

CALLICOTT, John Baird (ed.), 1987: *Companion to a Sand County Almanac. Interpretative and Critical Essays*. University of Wisconsin Press, Madison (Wisconsin).

El mismo, 1989: *In Defense of the Land Ethic. Essays in Environmental Philosophy*. State University of New York Press, Albany.

DUNLAP, Julie, 1993: *Aldo Leopold: Living with the Land*. Twenty-First Century Books, New York.

FLADER, Susan L., 1974: *Thinking Like A Mountain. Aldo Leopold and the Evolution of an Ecological Attitude Toward Deer, Wolves, and Forests*. University of Missouri Press, Columbia. (Reedición en University of Wisconsin Press, 1994).

FOX, Stephen S., 1981: *John Muir and His Legacy. The American Conservation Movement*. Little, Brown & Co., Boston.

HAYS, Samuel P., 1959: *Conservation and the Gospel of Efficiency: The Progressive Conservation Movement, 1890-1920*. Harvard University Press, Cambridge (Mass.).

HERMAN, A. L., 1998: *Community, Violence and Peace: Aldo Leopold, Mohandas K. Gandhi, Martín Luther King Jr. and Gautama the Buddha in the Twenty-First Century*. State University of New York Press, Albany.

LORBIECKI, Marybeth, 1993: *Of Things Natural, Wild and Free: A Story About Aldo Leopold*. Corolrhoda Books, Minneapolis.

La misma, 1996: *Aldo Leopold: A Fierce Green Fire*. Falcon Publishing Company, Helena (Montana).

MCCABE, Robert A., 1987: *Aldo Leopold, the Professor*. Rusty Rock Press, Madison (Wisconsin).

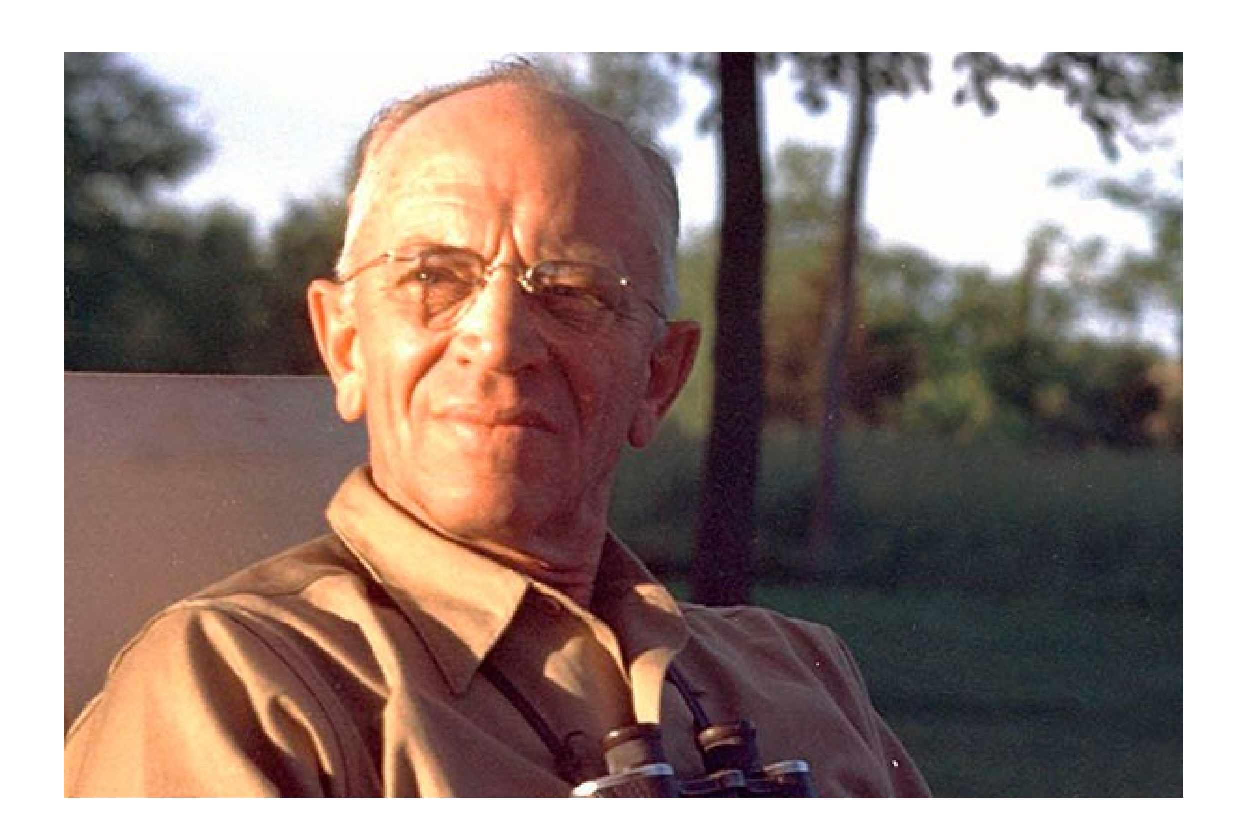
MCCLINTOCK, James I., 1994: *Nature's Kindred Spirits: Aldo Leopold, Joseph Wood Krutch, Edward Abbey, Annie Dillard, and Gary Snyder*. University oí Wisconsin Press, Madison (Wisconsin).

MEINE, Curt (ed.), 1988: *Aldo Leopold: His Life and Work*. University of Wisconsin Press.

NASH, Roderick, 1973: *Wilderness and the American Mind*. Yale University Press, New aven, Connecticut.

NORTON, Bryan G., 1991: *Toward Unity among*.

Environmentalists. Oxford University Press, Oxford/New York.
ROSS, John/Ross, Beth, 1998: *Prairie Time. The Leopold Reserve Revisited*. University of Wisconsin Press, Madison (Wisconsin).
TANNER, Thomas (ed.), 1987: *Aldo Leopold: The Man and His Legacy*. Soil & Water Conservation Society, Ankeny (Iowa).



ALDO LEOPOLD. Nacido en Burlington (Iowa), en 1887, cultivó desde niño un intenso interés por la naturaleza y desarrolló una larga vida profesional, primero como ingeniero forestal al servicio de la conservación de los bosques estadounidenses y después como profesor universitario especialista en la gestión de la vida silvestre.

Murió de un ataque al corazón, en abril de 1948, mientras intentaba apagar un incendio en la granja de una vecina que amenazaba sus propias repoblaciones forestales.

Su libro *Almanaque del Condado Arenoso* y *La primavera silenciosa* de Rachel Carson son sin duda las dos obras del siglo XX que más profundamente han influido en el desarrollo del movimiento ecologista en Estados Unidos.

Notas

[1] *Nota sobre la traducción*: Isabel Lucio-Villegas ha traducido «Un almanaque del condado arenoso» y «Una ética de la tierra». Jorge Riechmann ha traducido «Pensar como una montaña». «Escudilla», «Guacamayos» y «La canción del Gavilán», además de cuidar en general la edición del texto. <<

[2] Pese a precedentes como Jeremy Bentham, Charles Darwin. Albert Schweitzer, u otros que —como Henry David Thoreau o John Muir— abordaremos en este mismo ensayo. <<

[3] Fernando Parra: *Diccionario de ecología, ecologismo y medio ambiente*. Alianza Editorial. Madrid 1984, p. 99. <<

[4] Puede decirse que, en general, los estadounidenses valoran «la llamada de lo silvestre» y el contacto directo con la naturaleza más que el europeo promedio. A veces se ha relacionado este gusto por la naturaleza intacta con el desplazamiento progresivo de la población norteamericana hacia el oeste, tendencia constatable hasta en nuestros días (véase David Pepper, *The Roots of Modern Environmentalism*, Routledge, Londres 1986, p. 81).

El mismo Aldo Leopold hace interesantes observaciones sobre este rasgo cultural norteamericano en su ensayo «Estética de la conservación», contenido en este volumen. <<

[5] Fred Bultel y Luis Lemkow: *Los movimientos ecologistas*. Editorial Mezquita, Madrid 1983, p. 20-21. <<

[6] Jay Parini: «Introduction» a la *Columbia History of American Poetry*, Columbia University Press, New York 1993. p. XIV. <<

[7] Henry David Thoreau: *Caminar*. Árdora Eds., Madrid 1998, p. 7 <<

[8] Roderik Nash: «Aldo Leopold's Intellectual Heritage» en J. Baird Callicott: *Companion to «A Sand County Almanac»*, The University of Wisconsin Press, Madison 1987, p. 65. <<

[9] *The Wrítings of Henry D. Thoreau* (edición de Bradford Torrey), vol. 2, Houghton Mifflin, Boston 1906, p. 450. <<

[10] Thoreau: *Caminar*, op. cit., p. 33 y 42. <<

[11] La conexión entre el exterminio de los indios, la ocupación de la tierra «virgen» y la posibilidad de disfrute estético de los paisajes es explícita en un libro como *Discovery of the Yosemite, and the lndian War of 1851, Which Led to that Event*, de Lafayette Houghton Bunnell (1880; tercera y definitiva edición en 1892). <<

[12] Herbert Kitschelt: «Zur Dynamik neuer sozialer Bewegungen in den USA», en Karl Werner Brand (Hrsg.): *Neue soziale Bewegungen in Westeuropa und den USA*, Campus Verlag, Francfort-Nueva York 1985, p. 250 y ss. <<

[13] «El desperdicio de madera aprovechable en los EE. UU., por no mencionar la leña para fuego, apenas se empezará a apreciar hasta que nuestra población alcance los cincuenta millones de habitantes. Entonces, la estulticia y la miopía de esta época suscitarán un grado tal de censura y reproche que no será agradable de contemplar». Thomas Ewbank, *Report of the Commissioner of Patents for the Year 1849 (House of Representatives Executive Document Number 20)*. <<

[14] En 1889 se funda en Inglaterra la Real Sociedad para la Protección de las Aves, que un siglo después contará con nada menos que 700 000 miembros. En 1899 se crean la Liga Alemana para la Protección de las Aves y la Asociación de los Países Bajos para la Protección de las Aves. De 1912 data la Liga Francesa para la Protección de las Aves, y la primera federación proteccionista internacional —constituida en junio de 1922— será el Consejo Internacional para la Protección de las Aves. Puede verse al respecto Benigno Varillas: *Las Organizaciones No Gubernamentales de Medio Ambiente en Europa Occidental*, Asociación CODA/Quercus, Madrid 1991 <<

[15] Lewis Mumford calificará esta obra como «el manantial del movimiento conservacionista». En la estela de Marsh, otras obras que podemos considerar precursoras del trabajo de Aldo Leopold son *Man and the Earth* de Nathaniel Southgate Shaler (1905) y *The Holy Earth* de Liberty Hyde Bailey (1915). <<

[16] Ecología significa etimológicamente «ciencia del hábitat», y Haeckel lo empleaba como «totalidad de la ciencia de las relaciones del organismo con su medio ambiente, que comprende, en sentido amplio, todas las condiciones de existencia». La ciencia ecológica moderna se constituyó hacia 1930 aproximadamente, y su desarrollo en los decenios sucesivos será una condición previa para el nacimiento del ecologismo moderno en los años sesenta y setenta.

El término ecología designa una ciencia natural, que puede ser concebida de forma «naturalista» sólo como una parte de la biología (concretamente la *biología de los ecosistemas*, Ramón Margalef) o de forma más ambiciosa y globalista como *ciencia interdisciplinaria de la biosfera*. Los dos enfoques coexisten desde los orígenes de la ciencia ecológica. Para el más restringido y «naturalista» el concepto central es el de *ecosistema*, y su campo de estudios clásico la dinámica de las poblaciones; un «biólogo de los ecosistemas» en este sentido rechazará que estudiar la contaminación atmosférica, por ejemplo, sea asunto de los ecólogos (lo dejará en manos de los químicos especialistas en medio ambiente). En cambio, para el segundo enfoque más globalista el concepto central es el de *biosfera* (introducido por Eduard Suess en 1875, pero acuñado verdaderamente por Vladimir Vernadsky en los primeros años veinte), y el campo de estudio es sobre todo la bio-geoquímica de la Tierra, los grandes ciclos bio-geoquímicos dentro de la biosfera. Un ecólogo del primer tipo rechazará hablar de «crisis ecológica global», prefiriendo el término «crisis ambiental»; un ecólogo del segundo tipo insistirá en emplear el término «crisis ecológica». <<

[17] Para comparar, tengamos presente que los primeros parques nacionales españoles, en Covadonga y Ordesa, no se crean hasta 1918, y durante muchos años no habrá otros en España; y que el primer parque natural francés, el de La Vanoise, no se crea hasta 1963, es decir, noventa y un años después que el de Yellowstone. <<

[18] Viçenç Casals Costa: «De lo global a lo local: el caso de la Sierra de Collserola». *Mientras tanto* 42, Barcelona 1990, p. 141-142. <<

[19] Dos años antes, en 1913, se había fundado la British Ecological Society, primera asociación de ciencia ecológica del mundo. <<

[20] Véase Bryan G. Norton: *Toward Unity among Environmentalists*, Oxford University Press, Nueva York/Oxford 1991, p. 6 y ss. También Frank de Roose y Philippe van Parijs: *La pensée écologiste*. De Boeck, Bruselas 1991, p. 106. <<

[21] Gifford Pinchot: *Breaking New Ground*, Island Press. Washington D. C. 1987, p. 261. <<

[22] Daniel Faber y James O'Connor: «La lucha por la naturaleza: la crisis ambiental y la crisis del ambientalismo en EE.UU.». *Ecología Política* I. Barcelona 1990, p. 57. <<

[23] Muir, por su parte, consideraba este encuentro con Emerson como uno de los dos puntos culminantes de su evolución espiritual. El otro fue un encuentro… con unas orquídeas de la especie Calypso borealis, a finales de junio de 1864, cuando vagabundeaba por la zona de los Grandes Lagos. En tan extrema soledad, ver aquellas hermosas plantas enteramente independientes de cualquier manipulación o provecho humano sobrecogió a Muir: «Sentí como si estuviera en presencia de seres superiores que me amaban y me hacían señas para que acudiera. Me senté a su lado y lloré de alegría» (Stephen Fox, *John Muir and its Legacy*, Little, Brown, Boston 1981, p. 43). Muir explica que esta experiencia le condujo a cuestionar el antropocentrismo que había recibido de su educación cristiana. <<

[24] Gifford Pinchot: *Breakíng New Ground*, Island Press, Washington D. C. 1987, p. 103. <<

[25] Los argumentos de la polémica quedaron reflejados en materiales como: «Yosemite Against Corporation Greed: Shall Half of Yosemite National Park Be Destroyed by San Francisco?» de Isaac Branson (1909), «Let Everyone Help to Save the Famous Hetch Hetchy Valley and Stop the Commercial Destruction Which Threatens our National Parks» de John Muir (1911), o «Water and Power for San Francisco from Hetch Hetchy Valley in Yosemite National Park» (1915). <<

[26] El sistema de los *National Forests* en EE. UU. se había empezado a construir en 1891, con la aprobación por el Congreso de la *Forest Reserve Act*, que facultaba al presidente para crear reservas forestales. <<

[27] El patriarca de la familia, Solomon Luna, controlaba un verdadero imperio ovino, y hacía remontar su estirpe a la nobleza medieval española. <<

[28] Curt Meine: «Aldo Leopold’s Early Years», en J. Baird Callicott: *Companion to «A Sand County Almanac»*, The University of Wisconsin Press, Madison 1987, p. 29. <<

[29] Véanse sus ensayos «Pensar como una montaña» y «Escudilla» en este volumen. Véase también Susan Flader: Thinking Like A Mountain. *Aldo Leopold and the Evolution of an Ecological Attitude Toward Deer, Wolves, and Forests*. University of Missouri Press, Columbia. 1974. (Reedición en University of Wisconsin Press, 1994). <<

[30] Tiene interés recordar que inicialmente lo que buscaba la familia Leopold no era más que un refugio de caza, desde donde practicar la caza del ciervo con arco y flecha. Véase Leopold, prólogo de 1947 a *A Sand County Almanac*, en J. Baird Callicott: «*Companion to A Sand County Almanac*», op. cit., p. 287. <<

[31] Aunque el origen de muchos materiales es más antiguo (por ejemplo, «Estética de la conservación» se había publicado en 1938). Hay que entender *A Sand County Almanac* como la obra de toda una vida de experiencia, estudio y reflexión. <<

[32] Tras su muerte se creó una fundación, denominada primero The Aldo Leopold Sand County Trust, y a partir de 1983 The Aldo Leopold Foundation, con el objetivo de proseguir su trabajo y preservar la granja familiar junto al río Wisconsin (hoy convertida en la Aldo Leopold Memorial Reserve). La fundación desempeña tareas de educación ambiental, restauración ecológica e investigación científica. Su dirección: E-12 919 Levee Road, Baraboo, Wisconsin, 53913 USA. Correo electrónico: leopold@baraboo.com <<

[33] Un ejemplo puede hallarse en el libro seminal de Van Rensselaer Potter Bioethics: Bridge to the Future (1971), dedicado a Aldo Leopold. Por otro lado, hay que mencionar que en los años cuarenta Leopold tuvo dificultades al buscar editor para su manuscrito; sólo se vendieron unos veinte mil ejemplares hasta el despegue del moderno movimiento ecologista en los sesenta; y a partir de ahí tuvo lugar una verdadera explosión, con más de un millón de ejemplares de sus varias ediciones vendidos en los sesenta, setenta y ochenta. <<



[34] Esta posición inspiró el *biocentrismo holista* de autores como Ame Naess y John Baird Callicott, al que enseguida me referiré. <<

[35] Leopold: *A Sand County Almanac*, Oxford University Press, New York 1968, p. 205. <<

[36] Leopold, op. cit., p. 203-204. <<

[37] Leopold, op. cit., p. 203. <<

[38] J. Baird Callicott: *Companion to «A Sand County Almanac»*, The University of Wisconsin Press, Madison 1987, p. 10. <<

[39] Charles Darwin: *The Descent of Man*, Princeton University Press 1981, p. 100-101. <<

[40] Para estas definiciones véase por ejemplo Luc Bégin, en Gilbert Hottois/Marie-Hélène Parizeau (eds.): *Les mots de la bioéthique*, De Boeck, Bruselas 1993, p. 195-196. <<

[41] El vocablo *holismo* viene del griego holos: «todo, entero, completo». El holismo considera ciertas realidades —a veces, todas las realidades en cuanto tales— primordialmente como totalidades o «todos», y sólo secundariamente como compuestas de ciertos elementos o miembros: el todo prevalece sobre las partes. El holismo o colectivismo moral es la posición antitética del individualismo moral. <<

[42] Una distinción semejante a la que acabo de proponer es la que establece Andrew Dobson en el capítulo 2 de su magnífico *Green Political Thought* (Unwin Hyman, Londres 1990; hay traducción castellana de la segunda edición en eds. Paidos). Dobson distingue entre un *human-instrumental anthropocentrism*, que sólo considera el mundo no humano como un conjunto de medios para los fines humanos (negándole, por consiguiente, todo respeto moral), y un *human-centred anthropocentrism* que simplemente establece que los seres humanos consideran y juzgan el mundo desde el punto de vista de seres humanos, y que ellos son para sí mismos la especie animal más importante. En este último sentido «débil», hay que convenir con Dobson en que probablemente «el antropocentrismo *human-centred* es un rasgo inevitable de la condición humana» (p. 64), y oponerse a él nos hará incurrir por ello en contradicciones, inconsistencias o aporías más o menos insolubles. Por ejemplo: si no hay razones para preferir moralmente a la especie humana frente a otras especies, tampoco las habrá para preferir a otras especies. ¿Por qué preferir a los mamíferos superiores, o bien a los vertebrados en general, frente a las bacterias o los virus? Pero resulta que la presente crisis ecológica global no amenaza a las bacterias ni a los virus, y sí lo hace en cambio a los vertebrados y al propio ser humano.

Por mucho que nos empeñemos, es obvio que en sentido literal no podemos «pensar como una montaña» —o como un ecosistema— ni ver el mundo a través de los ojos de una lechuza. Ello no resulta especialmente problemático para un ecologista: lo esencial no es ver a través de los ojos de la lechuza, sino tener un punto de vista humano que nos impida tratar a este animal como una mera cosa indigna de cualquier respeto moral. Como bien ha visto Franz Hinkelammert, el problema no lo constituye tanto el antropocentrismo (en sentido débil) como otras cosas que a veces se confunden con él: «El ser humano no puede pensar sino en términos antropocéntricos. El antropocentrismo es una condición ontológica del pensamiento. Sin embargo, lo que en la tradición occidental aparece como antropocentrismo no pone al hombre en el centro del pensamiento sobre sí mismo y sobre la naturaleza. Sustituye al hombre por abstracciones, en especial por el mercado y el capital. Es un mercadocentrismo o un capitalocentrismo» (Franz Hinkelammert: «La simetría del neoliberalismo y el stalinismo». *Tercer Milenio* 1, julio de 1993, Argentina, p. 15). <<

[43] J. Baird Callicott: «Animal Liberation: A Triangular Affair». La versión original se publicó en *Environmental Ethics* 2 (1980), p. 311-338. Citaremos según la reimpresión en Robert Elliot (ed.). *Environmental Ethics*, Oxford University Press 1995, p. 29-59, con un prefacio de 1994 (p. 29-30) en el que Callicott se distancia de sus peores excesos en el texto original escrito tres lustros antes. <<

[44] Callicott, op. cit., p. 47. Desde luego, uno puede preguntarse si ésta es la perspectiva del biólogo o la del economista neoliberal. <<

[45] Callicott, op. cit., p. 55. <<

[46] Callicott, op. cit., p. 46. <<

[47] Lo mismo podría decirse del «místico panteísta» John Muir, por cierto. Lo ha argumentado convincentemente Bryan G. Norton en un libro interesantísimo: «Muir nunca negó que la naturaleza podía y debía ser utilizada para satisfacer necesidades humanas utilitarias. Como talentoso inventor de máquinas y hortelano productivo. Muir reconocía claramente la importancia de producir bienes para el uso humano. Observó que sus esfuerzos por preservar los paisajes de Dios más hermosos dependían de la protección del potencial productivo de las tierras que ya estaban en explotación» (Bryan G. Norton: *Toward Unity among Environmentalists*, Oxford University Press, Nueva York / Oxford 1991, p. 35). <<

[48] Leopold, *A Sand County Almanac*, op. cit., p. 225. <<

[49] Bryan G. Norton: *Toward Unity among Environmentalists*. op. cit., p. 53, 57 y 58. <<

[50] Leopold, prólogo a A Sand County Almanac, op. cit., p. VII. Los subrayados son míos (de J. R.). <<

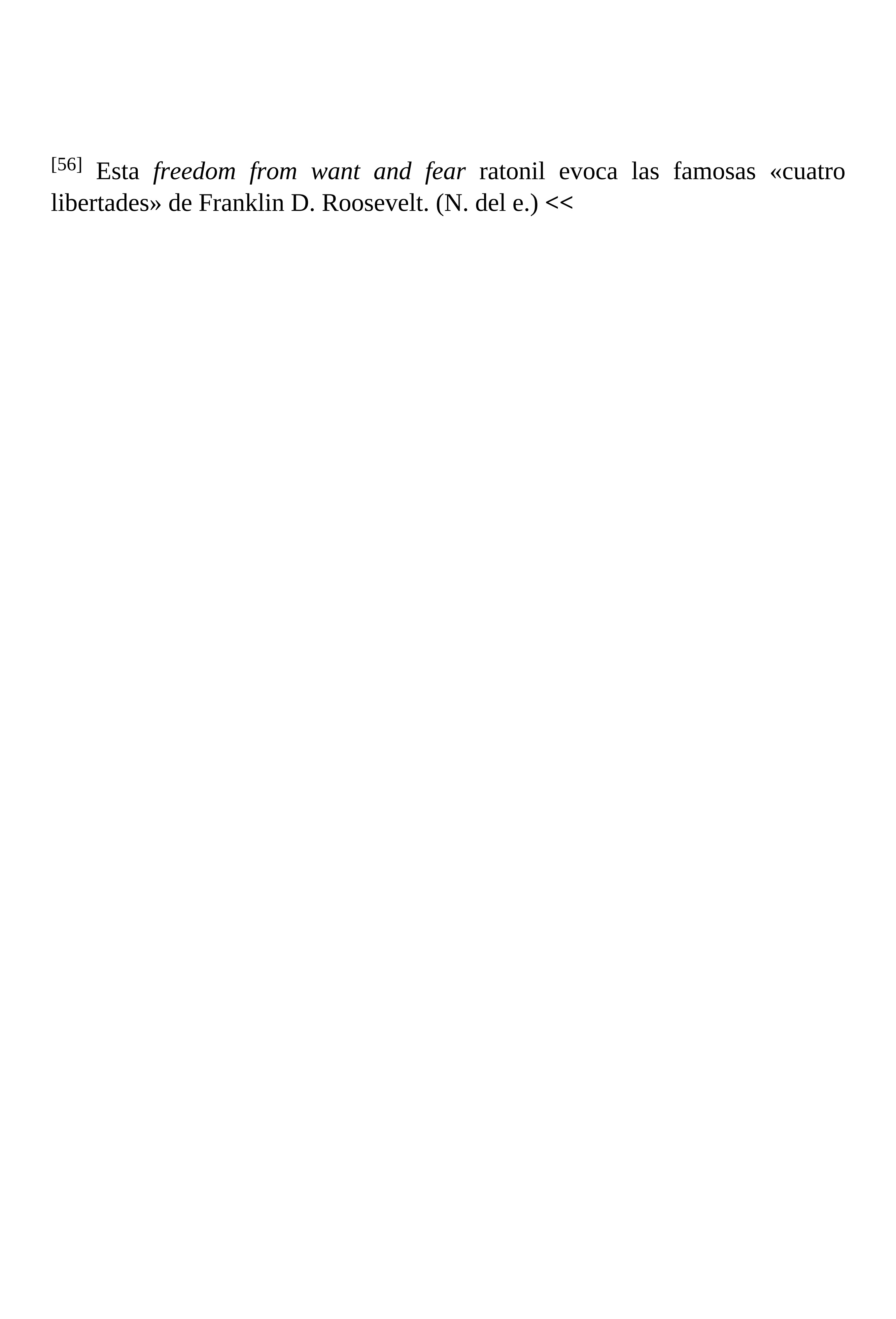
[51] Estella es la esposa de Aldo Leopold. Ambos tuvieron cinco hijos: las chicas Adelina y Estella, más los chicos Luna, Slarker y Carl. Nacieron todos entre 1913 y 1919, salvo Estella, la más joven, que vino al mundo en 1927. De la fortísima impronta que dejó Leopold entre quienes lo trataron da testimonio la vida de sus hijos: los cinco siguieron los pasos del padre al aunar una carrera científica con el activismo ecológico, y sobre todo Starker y Luna llegaron a ser figuras del movimiento ecologista estadounidense casi tan relevantes como su padre. (N. del e.) <<

[52] Traducidos íntegramente en esta edición. (N. del e.) **<<**

[53] De los «Sketches Here and There» sólo hemos traducido —por razones de espacio— cuatro textos como muestra. Fuera de nuestra edición han quedado «Marshland Elegy», «The Sand Counties». «Odyssey», «On a Monument to the Pigeon», «Flambeau», «lllinois Bus Ride», «Red Legs Kicking». «On Top», «The Green Lagoons», «Cheat Takes Over» y «Clandeboye». (N. del e.) <<

[54] De la parte III, THE UPSHOT, no hemos recogido en esta edición «Conservation Esthetic», «Wildlife in American Culture» ni «Wilderness». (N. del e.) <<

[55] Este prólogo sustituyó, en la fase final de la elaboración del libro, a otro fechado el 31 de julio de 1947 que puede consultarse en las páginas finales del *Companion to «A Sand County Almanac»* de J. Baird Callicott (The University of Wisconsin Press, Madison 1987). En el prólogo de 1947 Leopold escribió: “La conservación se vuelve posible sólo cuando el hombre asume el papel de ciudadano en una comunidad de la cual también forman parte los suelos y las aguas, las plantas y los animales, cada cual dependiente de los otros, y cada cual con derecho a su lugar bajo el sol” (p. 282). <<



[56] Esta *freedom from want and fear* ratonil evoca las famosas «cuatro libertades» de Franklin D. Roosevelt. (N. del e.) <<

[57] Leopold, ferviente cazador, tuvo perros durante toda su vida, (N. del e.) <<

[58] Por la novela satírica de Sinclair Lewis *Babbitt* (1922), cuyo protagonista, George F. Babbitt, director de una agencia inmobiliaria, es el prototipo del norteamericano de clase media-alta en la época de la Prohibición y de la prosperidad que acabó abruptamente con el *crack* bursátil de 1929. (N. del e.) <<

[59] *Agropyron repens*, conocida en EE. UU. por los nombres vulgares de *quack-grass, couch-grass* o *dog-grass*, se considera una mala hierba pese a que el ganado puede pacer donde crece. (N. del e.) <<

[60] En la Guerra de Secesión (1861-1865), o guerra civil de EE. UU., una confederación de estados del Norte se enfrentó contra otra del Sur, a raíz del problema esclavista y de la expansión del capitalismo industrial del Norte. 1860 es el año en que la elección del antiesclavista Lincoln a la presidencia de la República marca el punto sin retorno del enfrentamiento. (N. del e.) <<

[61] Sobre John Muir (1838-1914), uno de los «padres fundadores» del ecologismo norteamericano, ya se llamó la atención en la introducción. (N. del e.) <<

[62] Phi Betta Kappa es una sociedad honorífica académica en EE. UU., la más prestigiosa en su género. Se fundó como asociación secreta en 1776, salió a la luz a comienzos del siglo XIX, y sus siglas provienen de la frase griega *filosofia biou kybemetes* («la filosofía, guía de la vida»). (N. del e.) <<



[63] Leopold se refiere a la conferencia sobre la guerra contra Japón, en la que participaron Roosevelt. Churchill y Chang-kai-chek. (N. del e.) <<

[64] Hasta tal punto es humilde la plantita, que no se le concede una entrada en los treinta volúmenes de la *Encyclopedia Americana*, bastante exhaustivos en lo que se refiere a flora y fauna de los EE. UU. (N. del e.) <<

[65] *Quercus macrocarpa*, conocido por el nombre vulgar de *bur oak* árbol que medra en las zonas húmedas del este de EE.UU. A lo largo de esta obra hemos traducido *oak* (término genérico para cualquier árbol o arbusto del género *Quercus*) por *roble* cuando se trataba de un *Quercus* caducifolio, y por *encina* si era de hoja perenne (N. del e.) <<

[66] *Spruce*, que es el término inglés genérico para lodos los árboles del género *Picea*, el más familiar de los cuales es en Europa *Picea abies* (el abeto rojo). A lo largo del texto hemos traducido *spruce* por *abeto*. (N. del e.) <<

[67] Jonathan Carver (1710-1780), viajero y escritor, autor del libro de viajes más popular escrito en la época de la colonización: *Travels Through the Interior Parts of North America in the Years 1766, 1767 and 1768*. Publicado por primera vez en Londres en 1778, alcanzó más de treinta ediciones en cinco lenguas. (N. del e.) <<

[68] *Hickory* en el original, nombre vulgar para todos los árboles del genero *Carya* (17 especies. 13 de ellas nativas de Norteamérica) que en esta obra hemos traducido siempre por *nogal*. (N. del e.) <<

[69] *Foot-candle,* antigua medida de la intensidad luminosa. Una candela-pie es la iluminación que recibiría una superficie perpendicular a la luz procedente de una vela de cera estándar situada a un pie de distancia. Con más precisión, una candela es la intensidad luminosa que irradia en dirección normal una superficie de 1/600 000 metros cuadrados de un cuerpo negro a la temperatura de fusión del platino bajo una presión de 101 325 N por metro cuadrado. (N. del e.) <<

[70] *Pinus banksiana*, una especie sobre lodo canadiense que en EE. UU. se encuentra en Nueva Inglaterra y la zona de los Grandes Lagos. Es un buen colonizador natural después de incendios forestales. (N. del e.) <<

[71] Esta planta perenne norteamericana recibió el nombre popular de «planta brújula» (*compass plant*) porque las hojas de los brotes recientes se orientan según el eje Norte-Sur. (N. del e.) <<

[72] Black Hawk (1767-1838), indio norteamericano de la tribu Sauk que en 1832 dirigió a un grupo de sus compañeros en la lucha contra la pérdida de sus tierras en lllinois, Wisconsin y Missouri. Dictó su vida a un periodista, y esta autobiografía se publicó en 1833. (N. del e.) <<

[73] *Owl* es en inglés el término genérico que se emplea para denominar a más de 150 especies de aves de presa nocturnas, de las cuales una veintena viven en Norteamérica (familia de los estrígidos, orden de los estrigiformes: búhos, lechuzas, mochuelos, autillos, cárabos…). En concreto parece que el *barred owl* que hemos traducido por «búho barrado» es *Strix varia*. (N. del e.) **<<**

[74] *Fox sparrow* es el nombre común de *Passerella iliaca*, el mayor de los gorriones norteamericanos, melodioso cantor de los bosques septentrionales. (N. del e.) <<

[75] *Dark-eyed junco (Junco hymelis)*: pajarillo típico de los bosques de coníferas de Norteamérica. (N. del e.) **<<**



[76] *Horned owl* es el nombre común para *Bubo virginianus*, el mayor de los búhos norteamericanos. (N. del e.) <<

[77] Alusión a las Declaraciones de Derechos (*Bills of Rights*) que los revolucionarios norteamericanos, dentro de la tradición individualista del iusnaturalismo contractualista dominante (en la estela de John Locke y la Ilustración), fueron elaborando al mismo tiempo que sus constituciones, en la época de la independencia de los EE. UU. (1776. Declaración de Independencia; 1787, Constitución federal de la nueva nación). La célebre *Bill of Rights* del 12 de junio de 1776, «hecha por los representantes del buen pueblo de Virginia reunido en plena y libre convención», afirma en su artículo 1 que «todos los hombres son por naturaleza igualmente libres e independientes y que poseen ciertos derechos innatos, de los que, cuando entran en el estado de sociedad, no pueden mediante pacto privar o desposeer a sus descendientes: estos son el goce de la vida y la libertad mediante la adquisición y posesión de la propiedad, y la búsqueda y aseguramiento de la felicidad y la seguridad». Un mes después, el 4 de julio de 1776, el Tercer Congreso de Filadelfia proclamó la Declaración de la Independencia, la «unánime declaración de los trece Estados Unidos de América», en cuyo preámbulo se afirman como verdades evidentes «que todos los hombres han sido creados iguales y dotados por su Creador de ciertos Derechos inalienables, y que entre estos están la Vida, la Libertad y la búsqueda de la Felicidad». (N. del e.) **<<**

[78] *Cottonwood* es el nombre vulgar de *Populus deltoides*, chopo norteamericano de crecimiento muy rápido que cada primavera inunda el aire con la «lluvia de algodón» de sus semillas. (N. del e.) <<



[79] *Wahoo* o *burning bush* es el nombre vulgar (de origen indio) de *Evonymus atropurpureus*. (N. del e.) <<

[80] *Red dogwood*, nombre común de *Cornus florida*. (N. del e.) **<<**



[81] La paráfrasis irónica de la historia de la creación divina en el Génesis es evidente. (N. del e.) <<

[82] *Sparrow hawk* es el nombre común de *Falco sparverius*, el cernícalo americano. (N. del e.) <<

[83] Alusión al *Flatiron Building* de Nueva York, el más famoso entre los primeros rascacielos. De planta triangular, se halla situado entre la Quinta Avenida, Broadway y la calle 23, junto a Madison Square. Cuando se terminó en 1903 era el más alto del mundo. (N. del e.) <<

[84] La edición original de *A Sand County Almanac* incluye, en esta segunda sección del libro, ensayos breves que corresponden a diferentes regiones de EE. UU: Wisconsin (cinco textos), Illinois e Iowa (dos textos), Arizona y Nuevo Méjico (tres textos, de los cuales traducimos dos aquí), Chihuahua y Sonora (tres textos, de los cuales también traducimos dos aquí), Oregón y Utah (un texto) y Manitoba (un texto). Es lástima que por razones de espacio, no podamos ofrecer una edición íntegra del libro en esta ocasión. (N. del e.) <<

[85] Cita del ensayo de Henry David Thoreau *Walking* (1851), la obra más popular del topógrafo y escritor de Concord, originalmente concebida como conferencia y leída en numerosas ocasiones. Su arranque es célebre: «Quiero decir unas palabras en favor de la Naturaleza, de la libertad total y el estado salvaje, en contraposición a una libertad y una cultura simplemente civiles; considerar al hombre como habitante o parte constitutiva de la Naturaleza, más que como miembro de la sociedad. Desearía hacer una declaración radical, si se me permite el énfasis, porque ya hay suficientes campeones de la civilización; el clérigo, el consejo escolar y cada uno de vosotros os encargaréis de defenderla…» (*Caminar*, Árdora Eds., Madrid 1998). <<

[86] *Deer* es el término inglés genérico para la familia de los *cervidae* (32 especies). *White-tailed deer* (literalmente, «ciervo coliblanco») es *Odocoileus virginiana*, el ciervo de Virginia. (N. del e.) <<

[87] En la traducción se ha perdido la sugestiva aliteración del original: «beef, *bailes* and bear» (*bailes* en castellano en el original). (N. del e.) **<<**

[88] De nuevo, en la traducción se pierde una aliteración en -br- «The cowboys understood this breaker of roads; he talked the same breezy bravado as any breaker of bronchos». Hemos traducido *breaker of bronchos*, «domador de potros bravos», por rompepotros. (N. del e.) <<

[89] Francisco Vázquez de Coronado (1510-¿1554?), explorador español, que siguiendo las noticias de Cabeza de Vaca (1536) y fray Marcos de Niza (1539) sobre las supuestas riquezas que se hallaban al norte de Nuevo Méjico (las fabulosas «siete ciudades de Cíbola»), dirigió una importante expedición por aquellas tierras (1540-42), en zonas que se hallan en los actuales estados de Texas, Oklahoma y Kansas. Entre otros importantes hallazgos geográficos, los españoles de esta expedición fueron los primeros europeos que avistaron el Gran Cañón del Colorado. <<

[90] La pareja de conceptos *fenómeno* y *nóumeno* (etimológicamente: «lo que aparece» y «lo que es pensado»), contrapuestos como la *apariencia sensible* frente a la *esencia inteligible*, pertenece a diversas filosofías racionalistas elaboradas a partir de Platón, y particularmente a la filosofía kantiana. (N. del e.) <<

[91] En español en el original; hasta aquí Leopold había empleado el término inglés, *thick-billed parrot*. (N. del e.) <<

[92] En español en el original. (N. del e.) <<

[93] En español en el original. (N. del e.) <<



[94] En la traducción se pierde el juego de palabras entre *propriety* y *property*, voces cercanas en inglés. (N. del e.) <<

[95] Hierba sedosa y azulada, típica de Kentucky, donde forma los mejores pastos de Norteamérica. Su nombre científico es *Poa pratensis*. (N. del e.) **<<**

[96] Daniel Boone (1734-1820), colonizador estadounidense inmortalizado por Fenimore Cooper en sus novelas (con los nombres de *Carabina Larga, Ojo de Halcón*, etc.). En 1769 fundó en Kentucky, por entonces deshabitado, el primer establecimiento permanente, al que dio el nombre de Boonesborough. Al ser desposeído por el gobierno de la Unión, construyó una cabaña a orillas del Missouri, donde se retiró. <<

[97] Simon Kenton (1755-1836), explorador que combatió contra los indios. (N. del e.) <<

[98] 98]En español en el original. (N. del e.). <<

[99] Siglas de las *Civilian Conservation Corps*, Unidades Civiles de Conservación, una institución típica del *New Deal* para la cual el mismo Leopold desempeñó en los años treinta algunos trabajos de supervisión (en labores de control de la erosión). Las CCC fueron eliminadas en 1945. (N. del e.) <<

[100] Interesante la aparición del adjetivo *sustained*: «un circuito continuo» traduce *a sustained circuít*. (N. del e.) **<<**

[101] *The dust bowl*, una región de casi 400 000 kilómetros cuadrados que se extiende en parte de los estados de Kansas, Colorado, Nuevo Méjico, Oklahoma y Texas. Entre 1933 y 1939 fue devastada por la sequía, el sobrepastoreo y la erosión; más del 60% de la población tuvo que emigrar entonces. (N. del e.) <<

[102] Agradezco a la eficiente bibliotecaria de la Fundación 1.º de Mayo de CC. OO., Caridad Maroto, la ayuda que me prestó en la búsqueda bibliográfica necesaria para preparar esta edición. (N. del e.) <<